Seix Barral

Giuliano da Empoli

El mago del Kremlin

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
Agradecimientos
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Era conocido como el hechicero, el mago del Kremlin. El enigmático Vadim Baranov fue productor de *reality shows* antes de convertirse en el asesor más cercano a Putin. Tras su renuncia, las leyendas sobre él se multiplican, sin que nadie sea capaz de distinguir lo verdadero de lo falso. Hasta que una noche, le confía su historia al narrador de este libro.

Este relato ficticio nos sumerge en el corazón del poder ruso, donde aduladores y oligarcas se involucran en una guerra abierta, y donde Vadim, ahora el principal manipulador del régimen, convierte a todo un país en un escenario político de vanguardia. Sin embargo, no es tan ambicioso como los demás: enredado en el funcionamiento cada vez más oscuro y secreto del régimen que ha contribuido a construir, hará cualquier cosa para salir guiado por la memoria de su abuelo, un excéntrico aristócrata que sobrevivió a la revolución, y la fascinante y despiadada Ksenia, de quien se ha enamorado.

De la guerra de Chechenia a la crisis de Crimea pasando por los Juegos Olímpicos de Sochi, por *El mago del Kremlin* desfilan empresarios, Limonov y Kasparov, modelos y todos los símbolos del régimen en la que es la gran novela de la Rusia actual y una magnífica meditación sobre el poder y la fascinación por el mal y la guerra. Una obra que resulta una montaña rusa intelectual, antropológica y emocional en la que el autor no solo pone al servicio de la historia un gran conocimiento sobre la ciencia política y la Rusia contemporánea, sino que logra construir una apasionante novela que sumerge al lector en la mente de unos personajes que ejemplifican la violencia y el sinsentido de ciertas decisiones políticas y le permite acercarse y sentir la experiencia del poder.

El mago del Kremlin

Giuliano da Empoli

Traducción del francés por Adolfo García Ortega

Seix Barral

Para Alma

La vida es una comedia en la que hay que actuar seriamente.

ALEXANDRE KOJÈVE

1

Mucho tiempo después se dijeron de él las cosas más diversas. Había quien afirmaba que se había retirado a un monasterio del monte Athos para rezar entre piedras y lagartijas, otros juraban haberlo visto en una villa de Sotogrande mezclado con una multitud de modelos cocainómanos. Otros se empeñaban en sostener que habían encontrado su rastro en la pista del aeropuerto de Sarja, en el cuartel general de las milicias del Dombás o entre las ruinas de Mogadiscio.

Desde que Vadim Baranov había dimitido de su puesto de consejero del Zar, las historias sobre él, lejos de extinguirse, se habían multiplicado. Es algo que sucede a veces. La mayoría de los poderosos extraen su aura de la posición que ocupan. A partir del momento en que la pierden, es como si los hubieran desenchufado de la corriente. Se desinflan como esos muñecos que hay en la entrada de los parques de atracciones. Nos cruzamos con ellos por la calle y no logramos comprender cómo tipos así pudieron suscitar tantas pasiones.

Baranov pertenecía a una raza diferente. Aunque, en realidad, yo no sabría decir a cuál. Las fotos presentaban la imagen de un hombre fuerte, pero no atlético, casi siempre vestido con colores oscuros y ropa más bien demasiado ancha. Tenía un rostro anodino, quizá un poco infantil, de tez pálida, cabello negro, muy lacio, y un peinado de primera comunión. En un vídeo, rodado en el contexto de un encuentro oficial, se lo veía reír, algo muy raro en Rusia, donde una simple sonrisa es considerada como una señal de idiotez. En realidad, daba la impresión de no preocuparse en absoluto de su apariencia, lo que no dejaba de ser algo curioso si tenemos en cuenta que su oficio consistía precisamente en disponer espejos en círculo para transformar una chispa en un encantamiento.

Baranov avanzaba por la vida rodeado de enigmas. Lo único más o menos cierto era su influencia en el Zar. Durante los quince años en que había estado a su servicio, había contribuido de manera decisiva a

la construcción de su poder.

Lo llamaban el «mago del Kremlin», el «nuevo Rasputín». En aquella época no tenía un papel bien definido. Aparecía por la oficina del presidente cuando ya se habían despachado los asuntos ordinarios. No eran las secretarias quienes lo habían avisado. Tal vez el Zar lo llamaba personalmente por su línea directa. O bien él mismo adivinaba el momento exacto gracias a sus prodigiosas cualidades, de las que todo el mundo hablaba sin que nadie fuera capaz de decir con precisión en qué consistían. A veces alguien se les unía. Un ministro de moda o el dueño de alguna empresa estatal. Pero dado que en Moscú, por principio y desde hace siglos, nadie dice nunca nada, incluso la presencia de esos testigos ocasionales no llegaba a aclarar las actividades nocturnas del Zar y de su consejero. Sin embargo, lo más factible era que se supieran sus consecuencias. Así, una mañana Rusia se había despertado con la noticia del arresto del hombre de negocios más rico y más conocido del país, el mismísimo símbolo del nuevo sistema capitalista. En otra ocasión, todos los presidentes de las repúblicas de la Federación, elegidos por el pueblo, fueron cesados de repente. En adelante, sería el Zar y solo él quien los nombrara, según anunciaron los primeros informativos de la mañana a los ciudadanos aún medio dormidos. Pero, en la mayoría de los casos, los frutos de aquellos insomnios permanecían invisibles. Y hasta unos años más tarde no se notaban los cambios, que aparecían entonces como completamente naturales, aunque fuesen en realidad el resultado de una planificación meticulosa.

En aquella época, Baranov era muy discreto, no se lo veía en ninguna parte y la idea de conceder una entrevista ni se le pasaba por la cabeza. Tenía, eso sí, una singularidad: de cuando en cuando, escribía, ya fuera un pequeño ensayo que publicaba en una oscura revista independiente, ya fuera un estudio de estrategia militar destinado a las altas reuniones del ejército, otras veces incluso un relato en el que daba muestras de una inspiración paradójica en la mejor tradición rusa. Jamás firmaba esos textos con su nombre, pero los sembraba de alusiones en clave que servían para interpretar el nuevo mundo originado en los insomnios del Kremlin. En todo caso, eso era lo que creían los cortesanos moscovitas y las cancillerías extranjeras que rivalizaban por ser los primeros en descifrar las oscuras palabras de Baranov.

El seudónimo tras el cual se ocultaba en esas ocasiones, Nicolás Brandeis, añadía un elemento de confusión ulterior. Los más aplicados habían reconocido bajo ese nombre a un personaje menor de una novela secundaria de Joseph Roth. Un tártaro, especie de *deus ex machina* que hacía su aparición en los momentos decisivos de la narración para desaparecer de inmediato. «No hace falta ningún vigor para conquistar algo, lo que sea —decía él—, ya que todo está podrido y se deja someter; lo que importa es saber soltar, saber dejar ir.» Así, igual que los personajes de la novela de Roth se interrogaban sobre las acciones del tártaro cuya asombrosa indiferencia era la garantía de cualquier éxito, también los jerarcas del Kremlin y los que los rodeaban iban a la caza del menor indicio susceptible de revelar el pensamiento de Baranov y, por medio de este, las intenciones del Zar. Una misión tanto más desesperante cuanto que el mago del Kremlin estaba convencido de que el plagio era la base del progreso, razón por la cual era incomprensible hasta qué punto expresaba sus propias ideas o imitaba las de otro.

La apoteosis de este equívoco se produjo una noche de invierno, cuando la masa compacta de las berlinas del aparato, con su cortejo de sirenas y de escoltas, desembarcó en el pequeño teatro de vanguardia donde se representaba una pieza de un solo acto cuyo autor se llamaba Nicolás Brandeis. Se vio entonces a banqueros, a magnates del petróleo, a ministros y a generales del FSB, el antiguo KGB, hacer cola, con sus amantes cubiertas de zafiros y rubíes, para sentarse en las butacas desfondadas de una sala, de cuya existencia ni siquiera sospechaban, y asistir a un espectáculo que, de principio a fin, se burlaba de los hábitos y pretensiones culturales de los banqueros, los magnates del petróleo, los ministros y los generales del FSB. «En un país civilizado podría estallar una guerra civil —afirmaba en cierto momento el héroe de la obra—, pero no aquí, entre nosotros, porque aquí no hay ciudadanos, tan solo sería una guerra entre lacayos. Lo cual no es peor que una guerra civil, aunque sí un poco más repugnante y más miserable.» Aquella noche no se vio a Baranov en la sala, pero, por prudencia, los banqueros y los ministros aplaudieron a rabiar; algunos afirmaban que el autor observaba el patio de butacas a través de un minúsculo ojo de buey situado a la derecha del palco.

Sin embargo, estas distracciones un poco pueriles no lograban disipar el descontento de Baranov. A partir de un momento dado, el

reducido número de personas que tenía ocasión de encontrarse con él empezó a atribuirle un carácter cada vez más sombrío. Decían que estaba inquieto, fatigado. Que estaba pensando en otra cosa. Había despuntado demasiado pronto y ahora se aburría. De él mismo, sobre todo. Y del Zar. El cual, en cambio, no se aburría nunca. Y se daba cuenta. Y empezaba a odiarlo. ¿Cómo? ¿Te he traído hasta aquí y tienes la desfachatez de aburrirte? No hay que desestimar nunca la naturaleza sentimental de las relaciones políticas.

Hasta que un día Baranov desapareció. Una breve nota del Kremlin anunció la dimisión del consejero político del presidente de la Federación Rusa. Se perdió entonces todo rastro de él, salvo esas apariciones periódicas por el mundo que nadie había llegado a confirmar.

Cuando llegué a Moscú unos años más tarde, el recuerdo de Baranov, como una sombra vaga que, emancipada de un cuerpo por lo demás considerable, era libre de manifestarse a su antojo, planeaba cada vez que parecía útil evocarlo para ilustrar cualquier medida particularmente oscura del Kremlin. Y, dado que Moscú —indescifrable capital de una nueva época de la que nadie lograba definir los contornos— se había encontrado, de manera inesperada, en el primer plano de la escena, el antiguo mago del Kremlin tenía sus exégetas, incluso entre nosotros, los extranjeros. Un periodista de la BBC había rodado un documental en el que atribuía a Baranov la responsabilidad de importar a la política ciertos artificios del teatro de vanguardia. Uno de sus colegas había escrito un libro en el que lo describía como una especie de prestidigitador que hacía aparecer y desaparecer a personajes y partidos con un simple chasquido de dedos. Un profesor le había consagrado una monografía: «Vadim Baranov y la invención de la *Fake Democracy*». Todo el mundo se preguntaba sobre sus actividades más recientes. ¿Seguía ejerciendo una influencia sobre el Zar? ¿Qué papel había desempeñado en la guerra contra Ucrania? ¿Y cuál había sido su contribución a la elaboración de la estrategia de propaganda que había producido unos efectos tan extraordinarios sobre los equilibrios geopolíticos del planeta?

Personalmente, yo seguía todas esas elucubraciones con una cierta indiferencia. Los vivos siempre me han interesado menos que los muertos. Me sentía perdido en el mundo hasta que descubrí que

podía pasar la mayor parte de mi tiempo en su compañía, en lugar de hastiarme con mis contemporáneos. Esto se debe a que, en esa época, en Moscú, como en cualquier otro lugar, yo frecuentaba sobre todo las bibliotecas y los archivos, algunos restaurantes y un café donde los camareros se fueron habituando poco a poco a mi presencia solitaria. Hojeaba viejos libros, paseaba bajo la pálida luz del invierno y revivía al cabo de cada tarde entre los vapores de los baños de la calle Seleznevskaya. Luego, por la noche, un pequeño bar de Kitaï-Gorod cerraba generosamente para mí las puertas del descanso y del olvido. A mi lado, casi por todas partes, caminaba un magnífico fantasma en el que había reconocido a un aliado potencial para algunos razonamientos a los que solía entregarme.

Por lo visto, Yevgueni Zamiatin era un autor de principios del siglo XX, nacido en un pueblo de gitanos y ladrones de caballos, detenido y enviado al exilio por las autoridades zaristas por haber tomado parte en la revolución de 1905. Escritor apreciado por sus relatos, también había sido ingeniero naval en Inglaterra, donde había construido unos rompehielos. De regreso en Rusia, en 1918, para participar en la revolución bolchevique, Zamiatin había comprendido rápidamente que el paraíso de la clase obrera no estaba en el orden del día. Entonces se puso a escribir una novela: *Nosotros*. Y se produjo uno de esos fenómenos increíbles que nos hacen comprender de qué hablan los físicos cuando evocan la hipótesis de la existencia simultánea de universos paralelos.

En 1922, Zamiatin dejó de ser un simple escritor y se convirtió en una máquina del tiempo porque creía estar escribiendo una crítica feroz del sistema soviético en construcción. Así fue como la leyeron también sus censores y por esa razón prohibieron su publicación. Pero la verdad es que Zamiatin no se dirigía a ellos. Sin darse cuenta, se había saltado un siglo para dirigirse directamente a nuestra era. *Nosotros* describía una sociedad gobernada por la lógica, en la que cada cosa se convertía en cifras y la vida de cada individuo se reglaba hasta en los menores detalles para garantizar su máximo rendimiento. Una dictadura implacable pero cómoda que permitía a cualquiera producir tres sonatas musicales en una hora pulsando simplemente un botón, y en la que las relaciones sexuales estaban reguladas por un mecanismo automático que determinaba las parejas más compatibles y permitía su acoplamiento mutuo. Todo era transparente en el mundo

de Zamiatin, hasta en la calle, donde una especie de gigantesco tímpano decorado como una obra de arte registraba las conversaciones de los peatones. Asimismo, es evidente que en semejante lugar el voto también debía ser público: «Se dice que los ancianos votaban a hurtadillas, deprisa y corriendo, como ladrones —declara en un momento dado el personaje principal, D-503—. A qué venía todo ese misterio, nunca se ha aclarado exactamente (...). Nosotros no ocultamos nada, no nos avergonzamos de nada: celebramos las elecciones abiertamente, honestamente, a la vista de todos. Yo veo a todo el mundo votar por el Benefactor; todo el mundo me ve votar a mí por el Benefactor».

Desde que lo descubrí, Zamiatin se convirtió en mi obsesión. Me parecía ver en su obra una concentración de todas las cuestiones de nuestra época. *Nosotros* no describía solo la Unión Soviética, contaba sobre todo el mundo liso, sin asperezas, de los algoritmos, la matriz global en construcción y, frente a ella, la irremediable insuficiencia de nuestros cerebros primitivos. Zamiatin era un oráculo, no se dirigía únicamente a Stalin: señalaba a todos los dictadores venideros, de los oligarcas de Silicon Valley a los mandarines del partido único chino. Su libro era el arma definitiva contra el hormiguero digital que empezaba a extenderse por el planeta y mi deber consistía en desenterrarlo y encauzarlo en la buena dirección. El verdadero problema estribaba en que los medios a mi alcance no estaban precisamente en condiciones de hacer tambalearse a Mark Zuckerberg ni a Xi Jinping. Con el pretexto de que Zamiatin, después de haber escapado de Stalin, había terminado sus días en París, logré convencer a mi universidad para que financiara mis estudios sobre él. Una editorial había manifestado un vago interés en el proyecto de una reedición de *Nosotros* y un amigo productor de documentales no se había mostrado contrario a la idea de hacer algo al respecto. «Trata de encontrar material mientras estés en Moscú», me había dicho, sorbiendo un negroni en un bar del IX distrito.

Sin embargo, desde mi llegada a Moscú, me distrajo de mi misión el descubrimiento de que esa ciudad despiadada era capaz de causar delicados hechizos como los que experimentaba a diario al aventurarme por las callejuelas heladas de Petrovka y de Arbat. La morosidad emanada de las impenetrables fachadas estalinianas se difuminaba en los pálidos reflejos de las antiguas viviendas de

boyardos y en la nieve misma, convertida en barro por las ruedas de la interminable procesión de berlinas negras, que recuperaba de nuevo su pureza en los patios y los jardincillos escondidos, donde se oía el murmullo de historias de un tiempo pasado.

Todas esas temporalidades, los años veinte de Zamiatin y el futuro distópico de *Nosotros*, las cicatrices de Stalin grabadas en la ciudad y las huellas más amables del Moscú prerrevolucionario, se cruzaban en mí, produciendo el desajuste que constituía entonces mi condición de vida normal. Sin embargo, no estaba desenganchado del todo de lo que ocurría a mi alrededor. En aquella época había dejado de leer los periódicos, pero las redes sociales satisfacían de sobra mis limitadas necesidades de información.

Entre los perfiles rusos que yo seguía, estaba, de modo destacado, el de un tal Nicolás Brandeis. Se trataba probablemente de un estudiante apalancado en su cuarto en Kazán y no del mago del Kremlin, pero ante la duda yo le leía todo. Nadie sabe nada en Rusia, hay que aceptarlo o largarse. No es que fuera gran cosa, porque Brandeis solo publicaba una frase cada diez o quince días, nunca comentaba la actualidad, entremetía algunos fragmentos literarios, citaba estrofas de canciones o hacía referencia a *The Paris Review*, lo que contribuía a reforzar la tesis del estudiante de Kazán.

«Todo está permitido en el Paraíso, salvo la curiosidad.»

«Si tu amigo muere, no lo entierres. Quédate un poco al margen y aguarda. Llegarán los buitres y harás un montón de nuevos amigos.»

«No hay nada más triste en el mundo que ver cómo una familia sana y fuerte es despedazada por una estúpida nimiedad. Por ejemplo, por una manada de lobos.»

El joven en cuestión tenía un estado de ánimo un tanto sombrío, pero encajaba con el carácter local.

Una noche, en vez de dirigirme a mi bar habitual, me quedé leyendo en casa. Había alquilado dos habitaciones en el último piso de un bonito edificio de los años cincuenta, construido por prisioneros de guerra alemanes, una especie de signo de distinción: poder y confort burgueses, asentados, como siempre aquí, sobre una buena base de opresión. Por la ventana, los destellos anaranjados de la ciudad se veían amortiguados por los picotazos nerviosos de la nieve al caer. En el apartamento reinaba el ambiente de improvisación que tengo tendencia a reproducir allí donde voy: pilas de libros, cajas de cartón

de comida rápida y botellas de vino medio vacías. La voz de Marlene Dietrich daba un toque decadente a la atmósfera, aumentando el sentimiento de extrañeza que constituía, en aquel entonces, la fuente principal de mis placeres.

Había abandonado a Zamiatin por un relato de Nabokov, pero me dormía lentamente, como de costumbre: el huésped del Montreux Palace siempre ha sido demasiado refinado para mi gusto. Sin darme cuenta, cada dos minutos mi mirada se apartaba del libro en busca de algún alivio y caía de forma inevitable sobre la tableta maléfica. Y allí, perdida entre las indignaciones del momento y las fotos de koalas, apareció de repente esta frase: «Entre nuestros muros transparentes cual tejido de aire brillante, vivimos a la vista de todos, siempre inundados de luz. No tenemos nada que ocultarnos los unos a los otros». Zamiatin. Verlo surgir entre las noticias de actualidad me produjo el efecto de un martillazo. Casi automáticamente agregué al tuit de Brandeis la frase siguiente, sacada de *Nosotros*: «Además, eso aligera el trabajo noble y penoso de los Guardianes. Sin ellos, quién sabe lo que podría suceder».

Luego lancé la tableta lejos de mí en la habitación para obligarme a continuar la lectura del libro. Como venganza, al día siguiente por la mañana, mientras la recuperaba de entre unos cojines, el objeto infernal me indicó la recepción de un nuevo mensaje. «No sabía que en Francia se siguiera leyendo aún a Z.» Brandeis me había escrito a las tres de la madrugada. Contesté sin pensarlo: «Z es el rey secreto de nuestra época». Una pregunta apareció a renglón seguido: «¿Cuánto tiempo se quedará usted en Moscú?».

Breve momento de duda: ¿cómo conocía ese joven estudiante mis viajes? Luego caí en la cuenta de que se podía deducir que yo estaba aquí por algunos de mis tuits de las últimas semanas, bastaba con leer un poco entre líneas. Respondí que aún no lo sabía con exactitud, luego salí por la ciudad helada a proseguir con los rituales cotidianos de mi solitaria existencia. A mi vuelta, un nuevo mensaje me esperaba. «Si sigue estando interesado en Z, tengo algo que enseñarle.»

¿Por qué no? No tenía nada que perder. En el peor de los casos, conocería a un estudiante apasionado por la literatura. Un poco lúgubre a veces, pero ese no es problema que, por norma general, unos cuantos vasos de vodka no consigan aliviar.

2

El coche esperaba a un lado de la carretera con el motor encendido. Un Mercedes negro último modelo, la unidad básica de la locomoción moscovita. Dos tipos robustos fumaban en silencio fuera del vehículo. Cuando me vio, uno de ellos me abrió la puerta trasera y a continuación se sentó junto al conductor.

No hice ningún amago de conversación. La experiencia me había enseñado que no podría sacar más que monosílabos de mis acompañantes. La gente aquí los llama los sellos, porque deben estar pegados a sus protegidos. Son individuos poco habladores que transmiten una sensación de calma. Cenan en casa de mamá una vez a la semana y le llevan flores y una caja de chocolatinas. Acarician las cabezas rubitas de los niños siempre que hay ocasión. Algunos coleccionan chapas de botella o sacan lustre a su moto. Son las personas más pacíficas del mundo. Exceptuando las raras ocasiones en que dejan de serlo. Entonces es otra historia: más vale no estar cerca cuando eso sucede.

Por mis ojos desfilaban rápidamente las impresiones de mi ciudad preferida. Moscú. La más triste y la más hermosa de las grandes capitales imperiales. Luego aparecieron los bosques interminables y sombríos que, en mi cabeza, eran los mismos que se prolongaban sin interrupción hasta Siberia. No tenía la menor idea de dónde nos encontrábamos. Mi teléfono había dejado de funcionar cuando me subí al coche. Y el GPS señalaba obstinadamente nuestra posición en el punto opuesto de la ciudad.

En cierto momento, salimos de la carretera principal para adentrarnos por un camino que penetraba en el bosque. El coche apenas ralentizó la marcha, afrontando el sendero forestal con el mismo ardor con que había acometido la autopista anterior; que no se diga que un chófer ruso se deja amedrentar por una estúpida nimiedad, como una manada de lobos. Continuamos avanzando por la negrura no por mucho tiempo, pero lo suficiente para alimentar

oscuras premoniciones. La curiosidad juguetona que me había poseído hasta entonces estaba a punto de dar paso a una relativa aprensión. En Rusia, pensaba yo, las cosas van muy bien en general, pero cuando las cosas van mal, entonces van realmente muy muy mal. En París, lo peor que te puede pasar es un restaurante sobrevalorado, la mirada de desprecio de una chica guapa, una multa. En Moscú, la gama de experiencias desagradables es considerablemente más amplia.

Llegamos delante de un pórtico de entrada. Desde el interior de la garita, un guardia nos hizo una vaga señal de saludo. El Mercedes empezó entonces a circular con más lentitud. Entre los abedules se veía un pequeño lago en el que flotaban algunos cisnes como signos de interrogación dirigidos a la noche. Luego, el coche giró por última vez para detenerse ante un gran edificio neoclásico amarillo y blanco.

Me bajé del coche y me hallé frente a una de esas casas de Hamburgo, nidificadas sobre la cuenca del Alster, más que delante de la morada de un oligarca. Era la residencia de un médico, de un abogado, incluso de un banquero, pero calvinista, volcado en su trabajo y poco dado a la ostentación. En la entrada, el perfil titubeante de un anciano vestido de terciopelo ofrecía un singular contraste con los dos energúmenos que me habían llevado hasta allí. Si estos pertenecían sin duda alguna a la ciudad luminosa y cruel de la que veníamos, la figura del mayordomo, un poco fatigado, parecía haber sido escogida por su patrón para presidir un mundo privado y más antiguo.

Una vez traspasada la puerta, un vestíbulo tapizado de corcho acogía al visitante. Tampoco ahí había la menor concesión al estilo contemporáneo que estaba de moda en otras partes. Más bien al contrario, en las diferentes piezas que yo iba atravesando conducido por mi frágil Caronte había una profusión de muebles de abigarrada marquetería y de candelabros encendidos, de marcos dorados y alfombras chinas que creaban un ambiente cálido, al que contribuían los espejos deslustrados y las grandes estufas ornamentadas con loza. La impresión de severa armonía que había experimentado al cruzar el umbral de la mansión se incrementaba de sala en sala, hasta llegar a un despacho donde el mayordomo me indicó que me sentara en un pequeño diván suntuoso que podría haber pertenecido a la sala de espera de un personaje de *Guerra y paz*. En la pared que tenía enfrente, el retrato al óleo de un viejo ataviado como un bufón

cortesano me observaba con aire burlón.

Eché un vistazo a mi alrededor, fascinado y un tanto sorprendido. Si en cualquier otro lugar el lujo causaba un efecto de distracción, aquí producía un sentimiento de poderío y de recogimiento.

—¿Qué se esperaba usted, grifos de oro?

Baranov sonreía. No era sarcástico, sino más bien tranquilo, un hombre habituado a tomar posesión de los pensamientos ajenos. Se había materializado sin previo aviso, saliendo sin duda por alguna puerta lateral. Llevaba una chaqueta de estar por casa oscura, elástica, aparentemente cara. Yo balbucí una respuesta, pero el ruso no me prestó atención.

—Le ruego que me perdone por el horario. Tengo esa mala costumbre y no puedo evitarlo.

—No es el único por aquí —dije yo, pensando en la efervescencia de la vida nocturna moscovita, antes de darme cuenta de que esa frase habría podido sonar como una alusión a las costumbres del Zar.

Un pensamiento fugaz pareció cruzar por su mirada plomiza.

—De todos modos, es un placer estar aquí. Este lugar es magnífico.

Apenas había pronunciado yo esas últimas palabras, cuando sentí por primera vez posarse sobre mí la mirada de Baranov: ¿No habrás venido hasta aquí para aburrirme como los demás?

El ruso permaneció de pie.

—Así que usted es lector de Zamiatin —retomó él, dirigiéndose hacia la puerta por la que había entrado—. Venga conmigo, tengo algo que enseñarle.

Entramos en una sala cuyas paredes estaban cubiertas por completo por una vasta biblioteca que no habría desentonado en un monasterio benedictino. En los estantes relucían miles de volúmenes antiguos, iluminados por el resplandor del fuego que ardía en la imponente chimenea de piedra.

—No sabía que coleccionara libros antiguos.

Yo no dejaba de decir obviedades.

—No los colecciono. Los leo. Son dos cosas diferentes.

El ruso parecía enojado. Los coleccionistas eran personas mezquinas, gente que vivía en la obsesión de un control que no llegarían a alcanzar jamás. Baranov no se consideraba uno de ellos.

—La verdad es que no todos son míos. Muchos los he heredado

de mi abuelo.

Me costó reprimir un movimiento de sorpresa. Transmitir una biblioteca de libros antiguos en la Unión Soviética no era, estrictamente hablando, la cosa más natural del mundo.

—Pero esto lo he encontrado yo solo.

Baranov seguía sin ser proclive a las explicaciones. Había sacado unas hojas manuscritas de una cartera de cuero.

—Eche un vistazo —dijo mientras me tendía unas hojas amarillas.

Era una carta escrita en caracteres cirílicos, fechada el 15 de junio de 1931 en Moscú. Empecé a leerla.

> Querido Iósif Vissariónovich:
>
> El autor de la presente, condenado a la pena capital, se dirige a ti para pedirte que conmutes su pena. Probablemente mi nombre no te sea desconocido. Para mí, como autor, ser privado de la facultad de escribir equivale a una condena a muerte.

Alcé los ojos. Baranov fingía estar hojeando un libro para darme tiempo a reponerme.

—Es el original de la carta de Zamiatin a Stalin —dijo sin mirarme—. De cuando pide autorización para abandonar la URSS.

Seguí mirando fijamente al ruso un prolongado momento después de haber oído su explicación. No me podía creer lo que tenía en mis manos. Luego hallé la fuerza para proseguir la lectura.

> No pretendo pasar por inocente. Sé que tengo la mala costumbre de decir lo que considero que es la verdad, en vez de decir lo que me sería más provechoso en cada momento. No he ocultado nunca mi actitud en lo que concierne al servilismo literario, a la adulación y a los camaleones que cambian de color. Considero que son degradantes para el escritor y para la revolución.

Por un momento me quedé abstraído en la lectura. Cuando levanté de nuevo los ojos, Baranov estaba observándome.

—Es una de las más hermosas súplicas dirigidas por un artista a Stalin. Zamiatin no se rebaja nunca. Habla con sinceridad, como un exbolchevique. Se ha enfrentado a las tropas del Zar, ha sobrevivido al

exilio, ha vuelto para hacer la revolución. Su único problema es que lo comprendió todo demasiado rápido y cometió la imprudencia de escribir.

Dados mis conocimientos recientes sobre el autor, me sentía obligado a intervenir. Solté algunos tópicos sobre la irreductible tensión entre el arte y el poder, sobre el carácter nómada de Zamiatin y sobre su convicción de que, aunque revolucionaria, la victoria de una idea conducía al aburguesamiento automático. Baranov me miraba con la amable actitud del amigo de la familia obligado a asistir a la representación escolar de fin de curso. Cuando consideró que yo había agotado mi exposición, prosiguió él:

—Sí, en efecto. Pero pienso que hay algo más. Zamiatin trató de frenar a Stalin, comprendió que no era un político, sino un artista. Que el futuro no se jugaba en la competición de dos visiones políticas, sino de dos proyectos artísticos. En los años veinte, Zamiatin y Stalin son dos artistas de vanguardia que rivalizan por la supremacía. Las fuerzas enfrentadas son desproporcionadas, no cabe duda, pues la materia de Stalin son la carne y la sangre humanas; el lienzo, una nación inmensa; el público, todos los habitantes del planeta que murmuran con reverencia su nombre en más de cien lenguas. Lo que el poeta lleva a cabo en la imaginación, el demiurgo pretende imponerlo en el escenario de la historia mundial. En esa lucha, Zamiatin está casi aislado por completo y, sin embargo, se empeña en resistir al nuevo orden. Sabe que el arte de Stalin lleva inevitablemente al campo de concentración, porque en el plan destinado a reglar la vida del Hombre Nuevo no hay lugar para la herejía. Esa es la razón por la que, aunque es ingeniero, Zamiatin se bate con las armas de la literatura, del teatro, de la música; ha comprendido que si el poder aplasta la disonancia, el gulag es solo cuestión de tiempo. Si las armonías ilícitas son reprimidas, no tardará en haber pronto espacio tan solo para las marchas uniformes y acompasadas. La tonalidad menor, no conforme a los ideales de la nueva sociedad, se convertirá en una enemiga de clase. ¡La mayor! ¡Solo la mayor! ¡Todos los caminos conducen a la mayor! La música, incluso sin palabras, será estrictamente subordinada a la palabra. Y no se compondrá nunca más otra sinfonía que no sea a la gloria del marxismo-leninismo.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, una punzada de

emoción se había deslizado por primera vez en la voz del ruso, como si no estuviera analizando simplemente un acontecimiento histórico.

—Cuando Zamiatin convence a su amigo Shostakóvich para que componga *Lady Macbeth de Mtsensk* —prosiguió—, lo hace porque sabe que el futuro de la URSS depende de esa representación. Que la única manera de acabar con los procesos políticos y las purgas es reintroducir la singularidad del individuo que se rebela contra el orden planificado. Y si Stalin se levanta, furioso, y sale del Bolshói al término del tercer acto, es porque sabe que la libertad del compositor y de sus personajes supone un desafío directo a su poder, a su proyecto artístico global. Por eso hace escribir en el *Pravda* el famoso artículo que acusa al compositor de haber dado demasiado espacio a la sensualidad de los personajes, que se comportan de un modo «bestial». En la obra estaliniana, no hay lugar más que para los instintos bestiales de uno solo. Se aplica literalmente el mandato de Lenin: «Es necesario soñar», pero el único sueño permitido es el de Stalin; todos los demás deben ser suprimidos.

Baranov hizo una pausa. El confort de la habitación en la que estábamos producía un contraste singular con la aspereza de los hechos que él evocaba.

—Si lo pensamos bien —reanudó—, la primera mitad del siglo XX solo habrá sido eso, un enfrentamiento titánico entre artistas. Stalin, Hitler, Churchill. Luego llegaron los burócratas, el mundo necesitaba descansar. Pero hoy los artistas han vuelto. Mire a su alrededor. A cualquier lado que mire, no verá más que artistas de vanguardia que pretenden, no ya describir la realidad, sino crearla. Lo único que ha cambiado es el estilo. Hoy, en vez de los artistas de antaño, están los personajes de los *reality-shows*. Pero el principio sigue siendo el mismo.

—¿Es usted uno de ellos?

—Por supuesto que no. Hice de alto funcionario un tiempo, ahora estoy retirado.

—¿No echa de menos la adrenalina?

—Créame, no hay mayor apuesta que despertarte por la mañana, tomarte tu café y llevar a tu hija al cole. En serio, no creo haber deseado otra cosa más de tres o cuatro veces en mi vida. Pero, cuando llegó la ocasión, casi siempre obtuve lo que quería. Le aseguro que lo que deseo ahora no es más que esto.

Baranov hizo un gesto para indicar la biblioteca, el viejo globo terráqueo de madera y el fuego que ardía en la chimenea.

—¿Y cómo se lo han tomado los demás?

—¿Cómo quiere usted que se lo tomen? Mal, por supuesto. En el acuario se perdona todo: los ladrones, los asesinos, los traidores. Pero no la deserción. ¡Cómo! ¿Que no quieres eso por lo que todos estaríamos dispuestos a matar? Los cortesanos no pueden perdonártelo.

—¿Y el Zar?

—El Zar es otra historia. Lo ve y lo perdona todo.

Un asomo de ironía cruzó por la mirada opaca del ruso.

—¿Está escribiendo sus memorias?

—Ni se me ocurre.

—Sin embargo, usted tendría mucho que contar.

—Ningún libro estará nunca a la altura del verdadero juego del poder.

—También se podría decir lo contrario.

Se le ensombreció la mirada. Baranov sonrió.

—Tiene usted razón. Permítame, entonces, formular la frase de otro modo. Ningún libro escrito por mí estará nunca a la altura del juego del poder.

—¿Qué es el poder para usted?

—Su pregunta es demasiado directa. El poder es como el sol y la muerte, no se les puede mirar de frente. Sobre todo en Rusia. Pero ya que ha venido usted hasta aquí, si tiene un poco de tiempo, me gustaría contarle una historia.

Baranov se levantó para servir dos vasos de whisky de una botella de cristal. Me tendió uno y volvió a sentarse en su sillón de cuero. Me miró fijamente a los ojos, con intensidad, durante unos instantes y luego posó su mirada sobre su vaso.

—Mi abuelo era un cazador extraordinario —dijo lentamente.

3

—Mi abuelo era un cazador extraordinario. Cuando estaba en casa, nunca se cambiaba de ropa sin la ayuda de un criado, pero, para abatir a un lobo, era capaz de pasarse noches enteras al raso en el bosque. Antes de la revolución, era solo un pasatiempo. Había estudiado Derecho y podría haber hecho cualquier carrera en la Administración zarista. Cuando los bolcheviques tomaron el poder, a él solo le quedó la caza. En el fondo lo liberaron, por mucho que él, evidentemente, nunca lo hubiera admitido. Odiaba a los comunistas. Había puesto a sus perros los nombres de sus líderes. «¡Ven, Molotov!», «¡Échate, Beria!». Por suerte, vivía aislado y nadie lo denunció jamás. Pero mi padre, de niño, se daba perfecta cuenta de lo extravagante que era el abuelo. Le daba vergüenza. Sobre todo, creo yo que tenía miedo. Y con razón, habida cuenta de lo que ocurría en aquella época. Al abuelo eso lo traía sin cuidado. Es más, era ajeno a todo. En un momento dado se puso a escribir libros sobre caza: cómo adiestrar a los perros, cómo reconocer las huellas de las presas, ese tipo de cosas. Añadía anécdotas, describía a extraños personajes con los que compartía su pasión, metía algunas citas de Turguéniev. Los lectores lo adoraban. Había en sus libros un poco de la ligereza de otras épocas, pero circunscrita a un terreno limitado, lo cual era tolerado por el poder. Con el tiempo, el abuelo acabó convirtiéndose en una especie de autoridad. En 1954, cuando los lobos se extendieron por el Cáucaso, lo pusieron a la cabeza de una expedición gubernamental encargada de abatirlos. Prácticamente se había vuelto un funcionario, pero no cambió nunca de actitud. Mantenía la típica insolencia del aristócrata ruso. Se habría dejado colgar antes que renunciar a una frase ingeniosa.

Recuerdo cómo se burlaba de mi padre cuando yo era pequeño: «¡Bravo, Kolia, si sigues así, Brézhnev te pondrá en sus rodillas durante el desfile del 9 de mayo!». O: «¿Sabes que los funcionarios del Partido se dividen en dos categorías, verdad?». «Sí, papá, ya me lo has

dicho.» «Los buenos para nada y los dispuestos a todo. Me pregunto a cuál de esas categorías perteneces, Kolia.»

Papá se ponía de los nervios. Era todo lo contrario. Desde su infancia creo que su principal preocupación había sido mantenerse apartado de los problemas. En cuanto pudo, entró a formar parte de los pioneros, luego del Komsomol. Supongo que quería hacerse perdonar un padre tan excéntrico y sus orígenes aristocráticos. Quería ser como todo el mundo. Puedo entenderlo. A su manera, era también un rebelde. Cuando creces junto a un personaje tan fuera de lo común, la única revuelta posible es el conformismo.

Sea como fuere, todos los veranos me mandaban al campo a casa de mi abuelo. Vivía en una especie de isba hecha con troncos de álamo, justo a las afueras del pueblo. El exterior era muy rústico: la casa estaba rodeada por un huerto con pepinos, patatas, matas de bayas y algunos manzanos. También había una pequeña mesa en torno a la cual se disponían unas sillas de hierro forjado tan roñosas que daban la impresión de haber pasado varios siglos en el fondo del Nevá. Pero cuando entrabas, te dabas cuenta de que, no sé cómo, el abuelo había logrado recrear un poco la atmósfera del pasado. No es que el saloncito o el comedor estuvieran amueblados de manera lujosa, sino que una sensación de tranquila prosperidad, completamente extraña en aquella época, flotaba en el ambiente, con un aroma a té proveniente del samovar siempre encendido. Abundaban los trofeos de caza y las pieles, pero su presencia estaba dulcificada por un toque más delicado al combinarlos el dueño de la casa, por algún motivo, con unos objetos inesperados: pequeñas figuritas chinas, un bezoar, unos cuantos libros de elaborada encuadernación abandonados descuidadamente sobre la mesa de abedul. Rastros de una gracia que no dudaría en calificar de femenina, si olvidaba hasta qué punto mi abuelo aborrecía la sola idea de una coexistencia con el otro sexo. Su mujer, la madre de mi padre, había muerto de una peritonitis a la edad de veintitrés años y este suceso parecía haber cerrado de una vez por todas el capítulo de su vida sentimental. Había, por supuesto, algunas amigas más o menos presentables que iban a visitarlo de vez en cuando. Pero ninguna se quedaba más de unas horas en ese templo consagrado a los dioses de la caza, de la literatura y de las amistades viriles alimentadas con socarronerías sarcásticas y grandes borracheras.

Sin embargo, de la casa se encargaban Zajar y Nina, un matrimonio de campesinos que trabajaban oficialmente en el koljós, aunque en realidad hacían de criados. El abuelo era un gran jinete, pero no sabía conducir un coche. Cuando tenía que ir a alguna parte, Zajar sacaba su viejísimo Volga y le hacía de chófer. La única concesión que el abuelo se permitía con un mínimo de prudencia consistía en sentarse democráticamente en el asiento del copiloto, en vez del de atrás. Acompañarlo era siempre una experiencia, aunque solo se tratara de dar una vuelta por el pueblo. Siempre pasaban cosas que solo le sucedían a él. Como si hubiera desarrollado una especie de aura nostálgica y desenvuelta que lo protegía del paso del tiempo y creaba, en cualquier momento, las condiciones de un regocijo improvisado. Podía aparecer en el más siniestro de los cafés del Estado y, de inmediato, a su alrededor surgía la magia de otras épocas. Aunque estuviera sobre una silla de plástico puesta sobre un suelo de linóleo gris, algo en él evocaba la imagen de bailes y botellas de champán degolladas a sablazos. La gente, a menudo perfectos desconocidos, sentía su calidez y se acercaba a él sin saber muy bien por qué, atraídos por el carisma de ese anciano elegante, siempre tan cortés, que relataba historias de antaño como si se encontrara en un salón de San Petersburgo. Yo entreveía a veces, sentado en otra mesa, a un *apparátchik* malhumorado que le echaba una torva mirada. Pero nadie se habría atrevido a tocarlo. Nadie sabía cómo el abuelo había sobrevivido a las purgas del estalinismo, y luego, al cabo del tiempo, el régimen había perdido su apetito carnívoro. Lo toleraron, principalmente porque la política parecía no interesarle en absoluto.

Sus amigos eran sobre todo cazadores. Los había muy variados. Unos eran aristócratas venidos a menos como él, pero también había campesinos y bandidos siberianos. Hasta algunos comunistas «domesticados», como llamaba a los miembros del Partido a los que había logrado pervertir a base de chácharas nostálgicas y grandes cogorzas. Al principio del invierno, dispersaban botellas de vodka por el jardín de la casa para encontrarlas en primavera, cuando la nieve se fundiese. Mientras tanto, se refugiaban en el interior y al menos dos veces por semana jugaban a las cartas. Se contaban unos a otros historias de caza y comentaban la actualidad a su manera, especialmente a golpe de chistes.

«¿Sabes lo que es un dúo soviético? Un cuarteto de rusos que ha

vuelto del extranjero.»

«Una comisión de inspectores visita un manicomio. Los internos los reciben cantando: "¡Qué bueno es vivir en tierra soviética!". Pero la comisión observa que hay uno que permanece callado. "¿Por qué no cantas tú?", le preguntan. "Yo solo soy el enfermero y no estoy loco."»

«El camarada Jrushchov visita un criadero de cerdos y le hacen fotografías. En el *Pravda*, los diseñadores gráficos discuten sobre la leyenda que hay que poner debajo de la imagen: ¿"El camarada Jrushchov entre los cerdos", "El camarada Jrushchov y los cerdos", "Los cerdos alrededor del camarada Jrushchov"? Todas las frases son rechazadas una tras otra. Por fin, el director toma una decisión. La leyenda escogida es: "Tercero por la derecha, el camarada Jrushchov".»

Y se echaban a reír a carcajadas, dándose manotazos en la espalda y vaciando jarras y más jarras. Sin embargo, hay que aclarar que la casa del abuelo no rebosaba siempre de vitalidad. Le gustaba estar solo. Él decía que era porque no soportaba a los comunistas. En realidad, habría sido un misántropo en cualquier régimen. Creo que yo he heredado una parte de su carácter...

Baranov sonrió. Cogió la botella de whisky y llenó hasta arriba su vaso de cristal.

—Una noche en que estábamos sentados junto a la chimenea, el abuelo me contó las aventuras de las tropas del zar que ocuparon París después de la caída de Napoleón. En particular las de un tal Yurko, compañero de regimiento de uno de nuestros antepasados en la guardia imperial, alcoholizado al máximo nivel. Por lo visto, apenas llegado a París, el tal Yurko corrió a una botica y, después de haber olisqueado una botella de alcohol medicinal, se la bebió acompañándola de dos pepinos que llevaba consigo justo para eso. Ante ese espectáculo, el boticario se quedó aterrado y ya se veía delante de un pelotón de fusilamiento por haber envenenado a un militar ruso. Se precipita hasta el campamento más próximo, aborda al primer oficial con pinta más o menos civilizada, Vassili Baranov, y empieza a contarle muy expresivamente que él no tiene nada que ver con la muerte inminente de Yurko, que el ruso se ha soplado una botella antes incluso de que él tuviera tiempo de decir ni una palabra.

En ese momento, nuestro antepasado lo interrumpe. «¿No conoce usted mucho a los soldados rusos, verdad?» El boticario niega con la cabeza. «¿Pero el concepto de inmunidad le suena, no?» El boticario lo mira sin comprender. «Verá usted, caballero, la vida en Rusia presenta varios inconvenientes en comparación con la de París. Nuestros quesos son menos numerosos, nuestras mujeres sonríen poco y nuestras carreteras están casi siempre cubiertas de hielo. Pero la ventaja estriba en que todo lo que no nos mata nos hace más fuertes: a lo largo de los siglos, el metabolismo de los rusos ha tenido tiempo de habituarse a muchas cosas.» Y con un gesto le señala a Yurko, tranquilamente sentado jugando a las cartas con dos camaradas y con una botella de vodka medio vacía en la mesa.

El abuelo se tronchó de risa y continuó: «Cuando tenía dieciocho años, también yo entré en la guardia del zar. Estaba muy orgulloso, pero, como bien sabes, no era una gran proeza: antes que yo, mi padre y mi abuelo habían servido en el mismo regimiento y, por lo que yo sé, todos los Baranov que les habían precedido. Sea como fuere, yo me sentía orgulloso cual Artabán[1] y todo el mundo me lo celebraba mucho: "Es un gran privilegio, Kolia, haber entrado en la guardia del zar, qué suerte tienen tus padres", y cosas así. Luego, un buen día, en el curso de unos ejercicios matutinos me caí del caballo y me rompí la pelvis. No es nada del otro mundo romperse la pelvis. Entonces todos mis amigos me decían: "Pero qué mala suerte, Kolia, justo ahora que la temporada de bailes acaba de empezar". Estaba desesperado, mis compañeros de regimiento iban de fiesta en fiesta, pavoneándose con sus uniformes de gala, y yo en mi cama, jugando a las cartas con la *bábushka*. Pero de repente estalla la guerra y todos parten para el frente. Al primer asalto, todos fueron masacrados por las ametralladoras alemanas, los pobres, mientras que yo seguía en mi casa, convaleciente, con sentimiento de culpa, pero también con todas las chicas de Petersburgo, que se peleaban por consolarme.

»Fue entonces cuando conocí a tu abuela. Era una época difícil, pero teníamos grandes proyectos, o al menos eso creíamos nosotros. El rango de nuestra familia y los estudios de Derecho que yo acababa de comenzar me abrían las puertas de los niveles más altos de la Administración. Empezaba a ser recibido en la Corte y mi suegro se estaba construyendo un palacete en la avenida Nevski. El camino parecía trazado, de una vez por todas, pero de pronto un hatajo de

cretinos decide que la cosa no funciona, que nuestra santa madre Rusia debe convertirse en una república. ¡Y la jugada triunfa y toman el poder! Luego aparecen los bolcheviques y masacran a todo el mundo, zaristas y republicanos.

»La revolución fue una catástrofe sin precedentes. Pero es cierto que, sin ella, no cabe duda de que yo habría acabado de funcionario, o en el mejor de los casos, de cortesano. Jamás diré que el comunismo es algo bueno, pero en realidad se puede ser feliz bajo cualquier régimen, ya sabes... ¿Y, sobre todo, qué es lo que sabes, Vadia? Nunca se sabe nada. No controlas las cosas que suceden, o lo que es peor: ni siquiera eres capaz de saber si esas cosas son buenas o malas. Tú estás ahí, esperas algo, lo deseas con todas tus fuerzas. Por fin se produce e, inmediatamente después, te das cuenta de que has malgastado tu vida. O lo contrario. El cielo cae sobre tu cabeza y un poco más tarde compruebas que es lo mejor que te podía haber pasado. Créeme, lo único que puedes controlar es tu manera de interpretar los acontecimientos. Si partes de la idea de que no son las cosas sino el juicio que nos hacemos de ellas lo que nos hace sufrir, entonces puedes aspirar a tomar las riendas de tu vida. Si no, estás condenado a matar moscas a cañonazos».

Todavía me acuerdo de la expresión de mi abuelo mientras pronunciaba esas palabras. Hablaba con seriedad, pero tenía también un punto de ironía, como si le costara representar el papel de viejo chocho. Pero tenía que hacerlo. Los hombres de su generación tenían que transmitir lo que sabían de la vida, sentían que eso era importante. Creo que son los últimos en haber pensado así. A partir de la generación de mi padre, nadie ha vuelto a pensar que podría valer la pena transmitir alguna enseñanza, la que sea. Nos hemos hecho demasiado *cool*, demasiado modernos. Encima vivimos en el terror al ridículo. Nadie quiere pasar por un viejo gilipollas.

Mi abuelo no era un patriarca del XIX, era ya un hombre moderno. Había leído a Kafka y Thomas Mann, pero estaba dispuesto a correr el riesgo del ridículo para decirme lo que tenía que decirme. Siempre le estaré agradecido porque, desde entonces, he conservado la idea de que vamos a tientas por la oscuridad. No sabemos lo que es bueno o malo para nosotros, pero podemos decidir libremente qué sentido darle a las cosas que suceden. Y esto, en el fondo, es nuestra sola y única fuerza.

4

—Quién sabe cómo mi abuelo había conseguido poner en lugar seguro la biblioteca familiar. Supongo que nadie tuvo valor jamás para hurgar en sus asuntos. Ni siquiera a nosotros nos estaba permitido subir al desván. De vez en cuando bajaba de la buhardilla con un libro en la mano. «Toma, aquí tienes las *Memorias* de Casanova. Pero no se lo digas a tu padre.» Al principio eran libros más o menos para niños. Las *Fábulas* de La Fontaine o las novelas de la condesa de Ségur. Luego perdió la paciencia. Quería poder hablar de libros con alguien, aunque ese alguien fuera solo un niño. Entonces empezó a bajar con cosas diferentes. No creo que tuviera yo más de diez años cuando me dio a leer las *Memorias* del cardenal de Retz. Para mí era una novela de capa y espada. En aquella época, el Gran Condé y la duquesa de Longueville me eran más familiares que Mickey o el osito Misha.

Baranov sonrió e hizo un gesto para señalar una sección bastante grande de la biblioteca.

—Buena parte de estos libros era suya. Casi todos en francés, como habrá observado. La cima de la civilización, decía el abuelo. De hecho, el mundo que había sido el suyo se había formado mirando hacia París. Copiando hasta el ridículo los comportamientos, las modas, los tics. ¿Sabía usted que Nesselrode, el célebre negociador ruso del Congreso de Viena, no hablaba ruso? Dirigió durante cuarenta años la política exterior del Imperio y no hablaba nuestra lengua. ¡Cuánto amor, cuánta pasión por no ser quien se es, sino otro! ¿Y con qué moneda le pagaron a cambio todo ese amor? Con el desprecio. Siempre, en no importa qué época, el mismo jodido desprecio.

—Mire a este hijo de puta de Custine —dijo Baranov tomando otro libro—. El zar lo acoge como a un hermano, lo recibe en la Corte,

se salta el protocolo para permitirle asistir al casamiento de su hija. ¿Y cómo se lo agradece? Cuatro volúmenes, mil ciento treinta páginas en las que no deja de describir a Rusia como un infierno. Lea usted: «Por grande que sea este imperio, no es más que una enorme prisión y es el emperador el guardián que tiene las llaves, pero los guardianes no viven mucho mejor que los prisioneros». O esto otro: «Los rusos tienden mucho menos a ser civilizados que a hacer creer que lo son».

El abuelo detestaba el «Viaje a Rusia». Y, sin embargo, lo fascinaba. «Ese maldito francés es el mejor intérprete de Rusia —decía —, porque aquí la Corte ha sido siempre la única manera de llegar al poder y a la riqueza. Apoyarse en las pasiones populares no sirve de nada en Rusia; al final, gana siempre quien basa su poder en la Corte. Para eso, el mejor medio es la adulación, no el talento; el silencio, no la elocuencia. Custine ve a los nobles de Petersburgo pasearse sin abrigo de invierno para adular al zar. Y se mueren. No hay cafés donde comentar periódicos que no existen y las noticias cambian constantemente según quién las cuente a media voz. País de mudos, país de la bella durmiente, maravilloso pero sin vida, porque en él falta el soplo de la libertad. Hoy como ayer.»

Cuando el abuelo hacía estos razonamientos, mi padre se echaba a temblar. Tenía miedo de la biblioteca del desván, la consideraba un lugar potencialmente subversivo, pero he de decir en su favor que nunca fue capaz de prohibírmela. Aunque es cierto que él no aparecía por casa muy a menudo. Siempre estaba de viaje dando conferencias, yendo a simposios o a cosas así. En cierto momento lo nombraron director de la Academia de Ciencias Sociales del Partido, su nombre figuraba en la *Gran Enciclopedia Soviética*, el mayor honor en aquel entonces. Sin embargo, en el fondo no dejó nunca de ser un hombre precavido. Creo que su objetivo principal era que no lo despertaran nunca en mitad de la noche los golpes dados en la puerta por unos agentes de la seguridad. No se puede usted ni imaginar el elevado número de personas con talento que fueron sacrificadas en Rusia en el altar de ese objetivo único.

—Eso me parece una muestra de sensatez.

—Sí, tal vez. Mi padre no carecía de sensatez, es evidente. Aunque, pensándolo bien, me parecía, ya en aquella época, que se comportaba de una manera catastróficamente ingenua: puedes cumplir con tu deber, pero también precipitarte en una espiral de

deberes que algún día pueden hundirte, y en vez de verlos multiplicarse, puedes ser enterrado finalmente por ellos. Si uno se tomaba la molestia de observarlo de cerca, mi padre daba siempre la impresión de estar aplastado por ese fardo que, al fin y al cabo, él mismo se había echado a los hombros. El abuelo lo llamaba «el pequeño guardia rojo». Eso me hacía reír cuando era niño, pero he de admitir que solo gracias a mi padre, a su trabajo y a su precaución pude beneficiarme de los privilegios en los que se basaba la vida soviética de aquella época. Los economatos especiales con productos importados del extranjero; las escuelas donde enseñaban inglés, alemán o francés; las butacas reservadas en el teatro, donde más valía no ir demasiado a menudo para que no te tomaran por artista o por un espíritu libre.

En esa época, el privilegio más ansiado en Moscú era la *kremliovka*, la cesta de víveres reservada para los miembros y altos funcionarios del Comité Central del Partido. A diario, el chófer de mi padre, Vitali, iba a recogerla en el número 2 de la calle Granovskovo. Cada vez que se me permitía, yo lo acompañaba. El chófer se detenía frente a un establecimiento como cualquier otro, pero todos sabían que en su interior pasaba algo distinto, porque fuera había, casi siempre, otros coches oficiales parados con el motor en marcha. Vitali y yo entrábamos en el edificio y, después de atravesar un largo pasillo, llegábamos ante una puerta acristalada en cuya parte superior había un letrero: DESPACHO DE PERMISOS. Vitali llamaba y entraba sin esperar respuesta. Dentro, detrás del mostrador, una empleada vestida de gris le sonreía. Eso también era un privilegio inaudito: en aquel entonces, los funcionarios de la Unión Soviética no sonreían jamás. Luego, le preguntaba a Vitali qué deseaba ese día. En ese momento, se volvía hacia mí y me decía: «A ver, Vladenka, ¿qué comemos hoy?». Y yo podía escoger lo que quisiera: *pirozhkí* de salmón y costillas de cordero, caramelos Lenov y naranjas de Azerbaiyán. Creo que nunca en mi vida he experimentado una sensación más absoluta de bienestar y de poder como aquella.

Baranov miró a su alrededor, como para decir que toda esa opulencia, la marquetería de las estanterías y el estucado del techo no eran nada comparado con la cesta de *pirozhkí* que comía de niño.

—En el fondo, el problema es que tuve una infancia feliz. Y esto me ha marcado, creo yo. Nunca he tenido el menor resentimiento ni tengo nada de lo que vengarme contra el mundo, grave hándicap este para alguien que lleve la vida que yo llevo. En Rusia, esto no es algo normal. Aquí, todo el mundo se acuerda de la vida de antes, de los sacrificios. La élite rusa está unida por un fondo común de miseria que cada uno de sus miembros ha tenido que atravesar antes de llegar a las villas en la Costa Azul y a las botellas de Petrus. Hay unos que la reivindican y otros se avergüenzan de ella, pero cuando se ven cara a cara, con sus trajes de treinta mil dólares, saben que comparten la misma rabia y el mismo estupor, un tanto infantil, con respecto a lo que se han convertido las cosas. Incluso el Zar. Aunque esté convencido de su destino, de la fuerza inexorable que lo ha conducido hasta donde ha llegado, no siempre logra disimular un gesto de incredulidad: «Yo, el crío de la *kommunalka* de la calle Baskov, estoy hoy en el palacio de Buckingham y la reina de Inglaterra me sirve el té». Para mí no era igual. En casa, unos criados con guantes blancos servían pink gin en bandeja. No había dinero, es verdad, pero en esa época no lo necesitábamos.

—A diferencia de hoy.

—A diferencia de hoy, en efecto. Aunque eso es relativo. Los extranjeros creen que los nuevos rusos están obsesionados con el dinero. Pero no es así. Los rusos juegan con el dinero. Lo lanzan al aire como si fuera confeti. Ha llegado tan rápido y tan abundantemente. Ayer no había ni un céntimo. Mañana, quién sabe. Mejor pulírselo cuanto antes. Entre ustedes, el dinero es esencial, todo se basa en él. Aquí le aseguro que no es así. En Rusia lo único que cuenta es el privilegio, la proximidad al poder. Todo lo demás es secundario. Era así en los tiempos del zar y lo fue mucho más durante los años comunistas. El sistema soviético estaba basado en el estatus. El dinero no importaba. Había poco en circulación y de todos modos no servía para nada: nadie hubiera pensado en juzgar a una persona por su dinero. Si, en vez de procurarte la dacha por medio del Partido, te la comprabas —algo que se podía hacer incluso entonces—, eso quería decir que no estabas seguro de ser lo suficientemente importante como para que te la dieran. Lo que contaba era el estatus que tuvieras, no el dinero en metálico. Por supuesto, aquello era una trampa. El privilegio es lo contrario de la libertad, más bien una forma de esclavitud. ¿Sabe

usted lo que es la *vertushka*?

—No.

—Un teléfono. Durante el comunismo era el objeto más codiciado. Porque no era un teléfono como los otros. Era un aparato especial que permitía comunicarse directamente con todos los capitostes del régimen. Los números de las *vertushkas* tenían tan solo cuatro cifras. Si te instalaban uno en el despacho de tu oficina significaba que habías triunfado. Una vez al año se publicaba un directorio en cuero rojo con los nombres de los afortunados poseedores. Cada titular debía marcar el número directamente y contestar personalmente a quien lo llamara. Los más poderosos lo tenían también en su casa, en la dacha y en el coche. Los titulares de una *vertushka* podían comunicarse exclusivamente por medio de ella. Utilizar un teléfono normal habría sido visto como un signo de falsa modestia y de poca consideración hacia el privilegio concedido. Algo propio de librepensador potencialmente subversivo.

Baranov se interrumpió y esbozó una sonrisa.

—Por supuesto, todas las conversaciones estaban interceptadas por el KGB, pero nadie habría renunciado a las *vertushkas* por ello. Es curioso cómo los cortesanos aspiran, por encima de todo, al instrumento de su sumisión. Yo lo comprendí una noche, por casualidad. De vez en cuando, mi padre, que era un apasionado del cine, organizaba proyecciones privadas en la Academia. Invitaba a algunos colegas, a uno o a dos funcionarios del Comité Central, como mucho a una decena de personas. Naturalmente, había que elegir la película con sumo cuidado. No se podía proyectar cualquier cosa. Pero las reglas de la censura se habían relajado y mi padre conseguía, más o menos, ponernos las películas que le daba la gana. Al fin y al cabo, era el director de la Academia y, por tanto, quién mejor que él para estudiar las manifestaciones de la decadencia burguesa. En fin, el caso es que recuerdo que una vez, cuando yo debía tener doce o trece años, mandó proyectar *La toma del poder por parte de Luis XIV*, de Rossellini. ¿Conoce usted esa película?

Asentí con el gesto vagamente culpable de quien se ha prometido varias veces verla, sin reunir nunca las fuerzas para hacerlo.

—En ella se cuenta cómo el Rey Sol, al construir Versalles y obligar a los nobles a seguirlo a la Corte, los encerró en una jaula cada vez más estricta de ceremonias y pequeños privilegios, con el fin de privarles, casi sin que se dieran cuenta, de su libertad e incluso, en la mayoría de los casos, de la dignidad más elemental. En la escena final se ve al rey despojarse de todos sus ornamentos y sus objetos lujosos: las suntuosas vestimentas no eran más que un artificio, un instrumento que le permitía afirmar su poder, con el fin, como le dice a su ministro, de que cada uno, en el reino, dependiera absolutamente del monarca, como la naturaleza depende absolutamente del sol.

Aquella noche, cuando las luces se volvieron a encender en la sala, tuve la impresión de cierta turbación entre los espectadores. No eran estúpidos, al contrario. Tenían estudios y se habían aupado a la cima de la pirámide a costa de sacrificios, de esfuerzos y de intrigas. Pero esa vez, después de la proyección, se miraban entre sí de manera extraña. Como si experimentaran un malestar del que no habrían sabido explicar realmente la causa. Luego se separaron más rápido que de costumbre y cada uno volvió a su casa en el coche de servicio que el Partido ponía a su disposición las veinticuatro horas del día.

Como puede ver, la élite soviética, en el fondo, se parecía mucho a la vieja nobleza zarista. Un poco menos elegante, un poco más instruida, pero con el mismo desprecio aristocrático por el dinero, la misma distancia sideral con el pueblo, la misma propensión a la arrogancia y a la violencia. Nadie escapa de su propio destino y el de los rusos es ser gobernados por los descendientes de Iván el Terrible. Se podrá inventar todo lo que se quiera —la revolución proletaria, el liberalismo desenfrenado—, pero el resultado es siempre el mismo: en la cumbre están los *opritchniki*, los perros guardianes del zar. Hoy al menos ha vuelto a aparecer un poco de orden, un mínimo de respeto. Esto ya es algo, aunque ya veremos cuánto dura.

El ruso se levantó bruscamente, como impulsado por una idea repentina, y se dirigió hacia su escritorio.

—Las *vertushkas* siguen existiendo. Son los teléfonos fijos protegidos del FSB. Quien quiera comunicarse con el Zar debe poseer una. Como esta, mire.

Baranov señalaba un auricular con aspecto anticuado que había en un extremo del escritorio.

—Me lo imaginaba rojo.

—No, es gris, como todo lo demás.

—Si cree usted que Moscú es gris, debería pasar unos días en Europa. O ir a Washington.

—¡Dios me libre! Allí no están grises, están muertos.

Mostró una sonrisa afilada.

—Como usted sabe —prosiguió—, no tengo la libertad de visitar esos lugares...

—Lo sé, incluso ha declarado que lo que más valora de Estados Unidos es a Tupac Shakur, a Allen Ginsberg y a Jackson Pollock, y que para apreciarlos no es necesario ir allí...

—A veces se dicen tonterías.

—¿Qué pasó con su padre?

—Ya se lo he dicho. Era un hombre amable, meticuloso, siempre sumido en la compilación de algún volumen sobre «La dialéctica de la época contemporánea» o «Los problemas teóricos de la lingüística soviética». Durante cierto tiempo, todo eso le fue muy bien. A los cincuenta años ya había obtenido el Premio Lenin, todas las bibliotecas de la Unión estaban obligadas a poseer sus obras encuadernadas, con tiradas de miles de ejemplares. ¡Luego llega Gorbachov, con su vaso de leche!

—¿Su vaso de leche?

—Sí. Mire usted, para entender que Gorbachov iba a destruir la Unión Soviética, no hacía falta ni escucharlo, bastaba con mirarlo. Se subía a la tribuna y enseguida le llevaban un vaso de leche. La gente no daba crédito. Dobló el precio del vodka. Quería que todo el mundo bebiese leche. En Rusia. ¿Se da usted cuenta? Luego nos sorprendemos de que todo haya caído en picado.

En cualquier caso, eso fue el fin de mi padre. Lo perdió todo: su trabajo, los privilegios, los honores. Todo lo que había logrado construir en medio siglo. La única cosa que le dejaron fue el piso, atestado de libros ilegibles de crítica marxista. Al final se vio obligado a venderlos también.

Lo más grave es que todos los criterios sobre los que había fundado su vida saltaron por los aires. En esa época, yo estaba en el

instituto, pero no tenía demasiadas ganas de estudiar. Me las apañaba, hacía pequeños trabajos. Conseguía televisores o magnetófonos y los revendía. Cosas así. Al cabo de cierto tiempo, ganaba más que él. La gente venía a verme a mí y no a él. Yo era un chaval de dieciséis años que no sabía nada, pero justo por esa razón me había adaptado al mundo nuevo mejor que él, que lo sabía todo.

En un momento dado dejó de salir de casa. De vez en cuando, otro vestigio de la época soviética iba a hacerle una visita. Pero se avergonzaban hasta de sus recuerdos. Entonces se quedaban allí, en silencio, como las ruinas de un templo abandonado.

Cuando cayó enfermo, eso casi fue un alivio. «Por fin tengo una buena razón para quedarme en la cama», decía. Y allí estaba tan tranquilo, fumando en pipa mientras releía a los clásicos: Gógol, Pushkin, Tolstói.

Durante ese periodo casi se volvió alegre, como si se hubiera quitado un peso de encima. Puede parecer paradójico, pero la enfermedad no tiene por qué ser forzosamente algo serio. Lo serio, el esfuerzo, el trabajo son prerrogativas de las personas sanas; los que están muriéndose no tienen nada que hacer, pueden por fin disfrutar de todo el día. En el caso de mi padre, al menos, fue así. Sus ambiciones se agotaron, como los niños cuando están cansados de jugar. Ahora tenía tiempo para pasear por la orilla del estanque del Patriarca, tomar el sol, leer un libro. No uno de esos que usaba para sus conferencias, no, sino un buen libro completamente inútil. Al final tuvo un ataque y hubo que hospitalizarlo en la clínica del Kremlin. Seguía siendo un privilegio, pero los tiempos habían cambiado. La estrella entre los enfermos, la que concentraba todas las atenciones, no era él, miserable sombra del pasado, sino una vulgar cotilla gordinflona con acento de Sarátov que se pasaba el día describiendo sus vacaciones en Cerdeña, sus compras por Londres, sus veladas en Montecarlo. Los demás pacientes, las enfermeras y hasta los médicos estaban como hipnotizados. Sonreían como tontos ante las descripciones de jets privados y piscinas de agua salada. Las joyas que colgaban de su grueso cuello de arpía y de sus orejas, el reloj Cartier y los dispositivos electrónicos último modelo que exhibía con displicencia atestiguaban la veracidad de sus relatos. Mi padre no lo tomaba a mal. Por primera vez, parecía completamente indiferente al juicio de los demás. Era como si la proximidad de la muerte le hubiera

proporcionado un sentimiento de control sobre su propia vida, un control que nunca había tenido antes. Los médicos y las enfermeras se desvivían por asegurarle que de ninguna manera estaba muriéndose y que en pocas semanas podría volver a hacer su vida normal. Pero él sabía que ese no era el caso y tiraba de su singular orgullo. «¿Ves? Les da vergüenza, les gustaría ocultarme la verdad. Pero yo sé que voy a morir y ¿puedo decirte algo? Estoy preparado, más de lo que hubiera creído.»

Llegado al término de su vida, parecía como si rectificara por primera vez, dando prueba de un valor que ni él mismo sospechaba. Fue entonces cuando tuvimos las únicas verdaderas conversaciones de nuestra vida. Yo me ponía a su derecha, en una de esas espantosas sillas de plástico del hospital, y nos pasábamos las tardes enteras charlando de historia y de filosofía, de cosas sin importancia, de nuestro pasado y de los viejos libros franceses del abuelo, como si estuviéramos en el campo, en la isba, hundidos en nuestros sillones de cuero con el olor a leña de abedul flotando en el ambiente. Había adoptado un tono desconocido para mí hasta entonces, cáustico, mordaz, quizá un poco desencantado. Era brillante, tenía el mismo tipo de ironía que el abuelo. No me podía creer que lo hubiera estado disimulando durante tanto tiempo. De golpe, su carrera de burócrata del conocimiento asumía una dimensión trágica y absurda.

Luego un día murió. No se puede decir que el entierro fuera un asunto muy notorio. Cuatro desgraciados seguían el féretro en un coche abollado, adelantados por los Mercedes de los nuevos ricos que circulaban a toda velocidad.

¿Sabe lo que pensé entonces? Que, en el fondo, ese hombre había vivido toda su vida para asegurarse un bonito funeral. Los honores, el respeto de la gente, el saludo militar, la corona de flores del secretario general del Partido, el desfile de dignatarios, la necrológica en el *Pravda*. No tuvo nada de eso. Pero, si lo hubiera tenido, ¿qué habría cambiado? No se hace usted idea de cuánta gente vive así. Para asegurarse un bonito entierro. Algunos lo consiguen, otros no. Sin embargo, ¿dónde está la diferencia?

Yo no quiero eso. Lo he pensado muchas veces y sigo pensándolo aún. Creo que después de la muerte de mi padre tomé el camino opuesto al que él había trazado para mí.

5

Cuando somos jóvenes, no nos basta con hacer algo, tenemos que justificarlo. Mi padre quería que yo me hiciera diplomático. Ya me veía él en un salón de Viena o de París, ocupado en diseccionar la literatura rusa en compañía de algún viejo embajador. En cambio, lo que yo quería era librarme de una vez por todas del mundo de las intenciones, los deberes y los proyectos. Por eso me inscribí en la Academia de Arte Dramático de Moscú y empecé a vivir la vida desordenada de la gente del teatro.

Al principio de los años noventa, Moscú era una ciudad electrizante. Teníamos veinte años y el mundo nuevo se abría ante nosotros, era el momento en que por fin nos sentíamos con fuerza para conquistarlo. Las calles de Moscú, los gigantescos edificios de Stalin, las aceras embarradas y el gran relumbrón del metro eran los mismos, pero de repente todo parecía estar dentro de una burbuja de energía. Estábamos tan excitados que apenas si dormíamos más de tres o cuatro horas por las noches. Me acuerdo de los cursos de la Academia. Por primera vez, se podía asistir a producciones que venían de Occidente, incluso conocer a actores y directores, debatir con ellos hasta altas horas de la madrugada...

Estábamos convencidos de que nuestra generación había venido a refundar la sociedad sobre unas bases nuevas, prisioneros como éramos de la vieja idea rusa según la cual el arte no es solo cultura, sino construcción, profecía, verdad. Procedíamos de un mundo hecho de palabras muertas o susurradas, en cuyo seno las pocas personas que tenían la valentía de pronunciarlas abiertamente eran unos locos o unos héroes. Todavía no estábamos habituados a la idea de que carecían de valor y de que lo único que contaba era la acción. Durante aquellos años, los periódicos que se ocupaban de arte y de literatura vendían millones de ejemplares. La gente no podía creer que por fin era posible leer todas esas palabras, libres, sin filtros. Nunca nos saciábamos. Imagínese en qué estado estábamos, que vivíamos en el

mito del arte redentor. Incluso yo, en esa época, fingía creérmelo. Ya sabe usted cómo son los jóvenes, lo toman todo endiabladamente en serio, es la maldición de esa edad.

Y además estaba Ksenia. La había conocido en una fiesta, una de esas veladas en las que, a partir de cierto momento, la mitad de los asistentes empieza a darse de hostias mientras la otra mitad folla en los cuartos de baño. En medio de todo eso, una chica sublime estaba allí tan tranquila, como si estuviera jugando al backgammon en una placita de una isla griega.

Me acerqué a ella con cualquier excusa y traté de contarle una anécdota que me había parecido espiritual en ese momento. Me dirigió una sonrisa gélida, de una crueldad meridiana: «¡Pero qué historia tan fascinante! ¿Tienes otras más por el estilo?».

Al observarla de cerca, lo que desconcertaba era que no tenía el menor defecto, ni un lunar que perturbara la simetría perfecta de sus rasgos, y de la expresión de sus ojos emanaba una luz casi violeta.

«No, esa era la mejor.»

Su sonrisa se había ablandado imperceptiblemente. No sé cómo, pero acababa de establecer un primer contacto con el planeta Ksenia.

Sus padres eran dos jipis. Nosotros también teníamos de eso, ya ve. Su madre venía de Estonia. Allí se cogía la televisión finlandesa y las modas llegaban más rápidas. Conoció a un músico en un concierto, por la zona de Smolensk; se gustaron y concibieron a Ksenia. Una hija del amor, le había dicho. Luego, cada uno tiró por su propio camino. Ksenia había crecido siguiendo a su madre de un lugar a otro, en autoestop, de un campamento a una concentración, de una escuela a otra escuela, después a ninguna escuela, siempre bajo la mirada desaprobadora de la gente, con el sentido común por enemigo. Los únicos momentos de estabilidad eran cuando su madre la dejaba en casa de sus abuelos para ser más libre de proseguir a su antojo. Esa educación discontinua había generado en Ksenia un alto grado de indiferencia, un estilo nómada y el hastío habitual por cualquier tipo de transgresión. En la vida diaria daba la impresión de patinar sobre hielo, mostrando de vez en cuando un brillo inaccesible para el común de los mortales. Como no se sustentaba más que en el exceso, las situaciones más banales tenían el poder de sacarla de quicio. Muy inteligente, aunque demasiado perezosa para seguir un proceso lógico,

y casi siempre distraída, podía penetrar, gracias a su intuición fulgurante, en el meollo de un problema que desconcertaba a sus interlocutores. Pero en otros momentos se perdía en un cálculo que un niño de cuatro años habría resuelto sin titubear. Tenía la facultad de leer en los ojos de una persona todo lo que le había ocurrido, pero estaba tan concentrada en sí misma que lo olvidaba al instante y era como si no la hubiera visto jamás. Al negarse a considerar la vida en términos de carrera o de proyecto, siempre decía que hablar del futuro volvía automáticamente aburridos a los hombres. Su ideal era pasar la tarde en un sofá leyendo y dormitando. Pero también podía explotar en un torbellino de actividades insensatas. Cuando eso ocurría, de repente organizaba fiestas masivas o excursiones al bosque, montaba obras de teatro o le daba por aprender a hablar japonés. Todo lo conseguía porque tenía mucho talento, pero nunca lo usaba demasiado tiempo seguido.

A veces me daba por pensar que, si viviera mil años, no encontraría jamás a otra persona como ella. Sin embargo, no se puede decir que ella me hiciera la vida fácil. Después de cada separación, por breve que fuera, había que recomenzarlo todo desde el principio. Ksenia escrutaba el más mínimo descuido, una mirada que se baja, una gota de sudor que brilla en la frente, un imperceptible titubeo en la voz, cual tigresa dispuesta a devorarte a la primera señal de inferioridad. Sus ojos seguían sonriendo mientras sus labios ya temblaban de cólera. Después, los ojos también cambiaban de color. Del gris que tenían se volvían cada vez más claros hasta llegar a ser casi blancos. Era la señal de que una tormenta estaba a punto de abatirse sobre ti. En esos momentos, drásticamente, se imponía pasar revista a los acontecimientos de las últimas horas en busca de una posible causa. La mayoría de las veces no la encontraba, porque la verdad es que la crisis podía haber sido provocada por una nimiedad, una impresión pasajera, el recuerdo de un hecho que había ocurrido un mes antes o un pequeño contratiempo.

El guion era siempre el mismo: Ksenia, con los ojos achinados, empezaba profiriendo insultos feroces, vertiendo sobre mí la rabia impotente que había acumulado desde el día en que nació. Mi reacción le era indiferente. Si me quedaba tranquilo, el flujo de insultos continuaba, se hinchaba, se nutría de mi pasividad como prueba definitiva de mi pusilanimidad. Si reaccionaba intentando

responder, totalmente desquiciado, el resultado era el mismo y Ksenia utilizaba mis respuestas como materia para nuevas invectivas. Luego, la cólera cesaba como pasa un chaparrón y no quedaba en Ksenia el más mínimo recuerdo de lo que había dicho. Me veía contrariado y me preguntaba la razón. A veces me gratificaba con un abrazo. Necesitaba que la consolasen, era una niña aterrada a la que nada, nunca, podría serenar.

La fuerza del terror que implantaba Ksenia provenía de su lado imprevisible. Como sucede con los grandes dictadores de la historia, Ksenia sabía por instinto que nada inspira un mayor espanto entre las personas que un castigo aleatorio. El castigo que puede golpear de improviso, sin ningún motivo aparente, es lo único capaz de mantener a un individuo en un estado de alerta constante. La gente sabe que basta con cumplir determinado número de reglas para estar tranquilo, lo cual acaba por madurar un sentimiento de seguridad que puede llegar a ser peligroso, pues empuja a la rebelión. En cambio, quien es mantenido en un estado de permanente incertidumbre vive desasosegado por el pánico. La idea de revuelta no pasa por su cabeza. Está demasiado ocupado en esquivar los rayos que pueden caer sobre él sin el menor preaviso.

De este calibre era el poder que Ksenia ejercía sobre mí. Pero siendo como era una fiera frívola y despiadada, también carecía por completo de defensas. Torturada por los celos, siempre lista para desenmascararte: «¡No eres quien dices ser, eres tan mezquino y tan traidor como los demás!». Lo curioso es que al final las cosas se desarrollaron totalmente al revés.

6

Con el paso del tiempo, Ksenia y yo nos fuimos encerrando en una burbuja; desde nuestro punto de vista, el mundo exterior solo servía para reforzar nuestro aislamiento. Y sin embargo, ahí fuera había una ciudad desbordante de posibilidades. Casi a diario, un antiguo compañero de clase venía a verte con alguna idea para emprender un negocio. Y aunque la mayor parte de esas iniciativas era más bien absurda, el caso es que alguna funcionaba. Así, en apenas un abrir y cerrar de ojos, el tipo aquel pasaba de la zapatería donde le ponían suelas nuevas al Falcon privado que había comprado para llevar a su familia a esquiar en los Alpes. Un día, fulano acudía a una cita contigo en la bicicleta de su abuelo y, al día siguiente, lo veías llegar en un Bentley blindado, rodeado de guardaespaldas.

Más o menos, eso fue lo que le ocurrió a un tipo al que yo veía de tarde en tarde, cuando salía de mi reserva india para encontrarme con algunos viejos amigos del instituto reencarnados en hombres de negocios. Mijaíl había sido el jefe de las Juventudes Comunistas en la Facultad de Ingeniería. No vaya usted a imaginárselo como un *apparátchik* del Partido, no. En su última fase, el Komsomol solo atraía a los muchachos más cínicos y ambiciosos, dispuestos a todo y ansiosos de dinero. Al final de los años ochenta, el único tipo de empresa autorizada en la Unión Soviética era la cooperativa de estudiantes y esta fue la *business school* del capitalismo ruso. Allí fue donde se formó la mayoría de oligarcas.

Mijaíl pertenecía a esa raza temeraria. Aunque entonces trató varias veces de explicármelo, nunca comprendí con claridad a qué se dedicaba. Había desarrollado un sistema de pagos entre las empresas estatales. No sé cómo, pero básicamente hacía de intermediario y agilizaba los intercambios comerciales, tomando prestado dinero de unos y adelantándoselo a otros. Una especie de pequeño banco, años antes de que los verdaderos bancos fuesen autorizados.

Por supuesto, la actividad de Mijaíl difería bastante de la de un

mero contable helvético. Con el capital a su disposición invertía en toda clase de transacciones. Importaba ordenadores, producía suvenires para turistas, abría fábricas de vaqueros descoloridos. Una vez me contó que le había echado mano a un lote de botellas de coñac. A cincuenta dólares la botella no conseguía venderlas. Entonces decidió fijar el precio unitario a quinientos dólares y la gente se abalanzó a comprarlas.

Moscú era así en aquellos años. Y Mijaíl estaba en su elemento. Había pasado en poco tiempo de las chaquetas sin forma de los almacenes soviéticos a los trajes granates de Hugo Boss, y más tarde a la ropa hecha a medida en Savile Row, y su rostro de buen chico con gafas había empezado a aparecer en las páginas de las nuevas revistas consagradas a la élite rapaz de la capital.

Nos veíamos de vez en cuando en el bar del Radisson, el único hotel de lujo de entonces. Escuchaba sus aventuras, con la vaga idea de poder utilizarlas en un momento dado en la obra de teatro que quería escribir sobre la gente como él. Una tarde, Ksenia pasó a recogerme para ir no me acuerdo adónde. Era la primera vez que se encontraba con Mijaíl. Después de las presentaciones habituales, ella lo miró fijamente en silencio unos instantes: pequeño rostro satisfecho, mirada penetrante a través de las finas gafas de titanio, terno que contrastaba llamativamente con mi jersey desaliñado.

«¿De dónde has sacado esa horrible corbata?», le preguntó a continuación, a quemarropa.

Tendría que haberme dado cuenta en ese momento, desde aquel primer intercambio, de que mi destino estaba sellado. De que Ksenia iba a escoger a Mijaíl, con su vulgaridad, su energía, sus relojes sofisticados y sus zapatos ingleses. Él lo entendió enseguida. Le contestó con una sonrisa sarcástica y creo que le dio el nombre de una tienda de Nápoles. Te llevaré allí cuando seas mía, le prometía con los ojos.

Lo vi todo. Lo vi todo al instante. Pero me negué a creerlo durante mucho tiempo. Ksenia era mi diosa, caprichosa y vengativa, vivía aterrorizado por sus cambios de humor y jamás habría imaginado que un bolso de cocodrilo y una suite en el Crillon fueran suficientes para garantizar su aquiescencia. Cada día, ponía a sus pies las perlas que extraía de mis dolorosas elucubraciones poéticas, sin ver que una pulsera de diamantes habría producido unos efectos más

duraderos. Es curioso constatar cuánto se esfuerza nuestro cerebro algunas veces por ocultarnos la verdad. Tenemos ante los ojos todos los indicios y, sin embargo, nuestra mente se niega a juntar las piezas. A partir de aquel primer encuentro, Mijaíl empezó a frecuentar nuestra casa con asiduidad. Se presentaba solo o acompañado de chicas seleccionadas en los cuatro rincones del Imperio por la luminosidad de su tez y la geometría de sus rasgos. Nos montaba en su Bentley o en su Jaguar o en un enorme Mercedes, y nos llevaba al mejor restaurante georgiano de la ciudad. O bien, llegaba a casa con dos camareros, que plantaban sobre la mesa de nuestro pequeño apartamento de extrarradio bandejas con ostras y caviar. Un día incluso vino con un maestro de sushi, traído directamente de Japón, que se pasó la velada cortando trozos de atún y de pez limón sobre la pequeña encimera de nuestra cocina de tres metros cuadrados.

Mijaíl ponía a nuestros pies todas esas maravillas, con un aire vagamente culpable de comerciante que enciende un cirio en la iglesia. Y yo que creía que era gracias a no sé qué antigua deferencia para con el arte al que Ksenia y yo habíamos decidido entregar nuestras vidas... Como si la cultura, en esos años, tuviera todavía la capacidad de ejercer cierto dominio sobre el mundo real. Naturalmente, yo estaba equivocado y Mijaíl lo había comprendido desde hacía mucho tiempo. Fingía admirar nuestras miserables alhajas de fango, como se hace con los dibujos de los niños. Yo estaba ciego y no veía la condescendencia que se ocultaba detrás de esos galimatías. Como siempre, Ksenia se daba cuenta de todo y no lo sufría. Había empezado ya a sospechar que la cultura se transformaba en un ornamento barato, uno de esos chismes que los dueños del mundo compran sin darles más importancia. Y ahora la llegada de Mijaíl y su actitud se lo confirmaban. En otra época, eso la habría irritado. Habría sentido mucho antes que yo la amenaza existencial que representaba Mijaíl. No solo para nuestra relación, sino también para nuestro mundo. Todas esas pequeñeces insignificantes, esos arabescos hechos con tanto esmero, destinados a ser barridos por los sueños y las aspiraciones de millones de hombres y de mujeres sin rostro en la corriente de la nueva Rusia. Éramos como esos marajás aún apegados a un lujo oriental hecho de elefantes amaestrados y blusas bordadas, de jarabe de cereza y sorbetes de pétalos de rosa, cuando ya aparecen por el horizonte navíos enteros cargados de coches de carreras y jets

privados, vacaciones en heliesquí y hoteles de cinco estrellas. Nosotros, con nuestras lecturas estadounidenses y nuestras relaciones berlinesas, nos sentíamos a la vanguardia del movimiento, cuando en realidad éramos los últimos epígonos de una estrella muerta, la de nuestros padres, a quienes habíamos despreciado tanto por su cobardía, pero que sin embargo nos habían transmitido la pasión por los libros y las ideas y por las interminables discusiones sobre estas y aquellos. Mijaíl era perfectamente consciente de eso. Vivía con naturalidad en el mundo luminoso y liso del dinero, conocía el poder del fuego y nada podría hacerle volver atrás. Pero quería a Ksenia. Y por eso aceptaba perder el tiempo en nuestra compañía, entre las ruinas de la ciudad de los muertos.

Con el paso de los meses, Ksenia fue haciéndose cada vez más sensible a sus tributos. No me hablaba abiertamente de ello, pero yo la notaba más nerviosa que de costumbre. Mis defectos, las timideces que ella al principio había atribuido a una especie de romanticismo desusado, se transformaron en un sinfín de cadenas que limitaban su desarrollo, aprisionándola en un mundo estrecho, precisamente en el momento en que ella habría querido aprovechar hasta el final las posibilidades ofrecidas por la nueva era. Casi a diario, Mijaíl se presentaba con nuevos regalos y nuevas propuestas. Y aunque se esforzaba por mantener la actitud de respetuosa humildad con que había irrumpido en nuestra existencia, yo notaba que su proceder era cada vez más seguro. Las lecturas, los conciertos, los debates nocturnos que habían marcado la primera fase de nuestra relación habían desaparecido prácticamente, para dar paso a actividades de una densidad monetaria más elevada, en las que me era muy difícil mantener un nivel aceptable. Las inauguraciones de galerías y de discotecas, las cenas en el White Sun o el Ermitazh o las tardes de compras se sucedían a un ritmo frenético y mi verdadero problema empezó a ser el implacable hastío que todas esas piruetas me infligían.

Paralelamente, Ksenia estaba cada vez más intoxicada por el estilo de vida de Mijaíl, hasta el punto en que se volvió difícil para nosotros renunciar a la cita más insignificante. Todos mis intentos por reducir el ritmo de salidas generaban comentarios sarcásticos y peleas furibundas. «A Vadia nunca le ha gustado salir —decía Ksenia con una mueca de asco—, lo que más le gusta es quedarse en casa.»

La verdad es que en eso tenía razón, pero Ksenia no era ya lo

bastante pura ni estaba aún lo suficientemente corrompida como para comprenderme.

Recuerdo haberme despertado una noche y haberla estado mirando largo tiempo, echada a mi lado, con la impresión de que ya se había ido muy lejos. A un lugar del que solo regresaría para lanzarme todavía algún improperio. Me habría gustado tanto traerla de nuevo hacia mí. ¡Mira, soy yo! Sin embargo, ¿qué podía ofrecerle a la diosa vengativa que yacía a mi lado y que, con su respiración regular, recobraba fuerzas para el combate de la mañana siguiente? Yo cruzaba por la vida tomando notas como para un examen que nunca tenía lugar. Me sentía muy cansado y, sin embargo, no había hecho nada todavía. Tenía tantas ideas que toda acción me parecía irrisoria. Mi imaginación me arrastraba a diario por quince existencias diferentes, pero nada de lo que emprendía en una de ellas servía para la de después. Entonces, el único lugar digno de mis ambiciones al que ir era el sofá de terciopelo verde de nuestro apartamento. Algunas veces me había hecho la ilusión de que Ksenia percibía mi grandeza. Pero, día tras día, veía crecer en ella un sentimiento que al principio había adoptado la forma de la ironía y que luego se fue transformando en desprecio.

Me sentía como uno de esos días de otoño de cuando era niño, en el campo, en que la niebla se formaba tan espesa que me impedía ver mi propia mano puesta ante mis narices. «Ve a buscar el sol», me decía el abuelo. Entonces salía y caminaba por los bosques, trepando por una colina que dominaba el valle. Cuanto más avanzaba, más luminoso se volvía el aire, hasta que —oh, milagro— el sol se abría paso entre aquellos velos blancos para dejar ver un mundo donde los árboles y los arbustos recubiertos de escarcha relucían en miles de diamantes. Cortaba entonces algunas de esas ramas enjoyadas para llevármelas a casa, pero, sin yo saber cómo, el hielo se fundía por el camino y, una vez de vuelta, todo lo que quedaba en mi mano era un manojo insignificante de ramitas pardas. No tengo nada que demostrar, pensaba yo. Mentía. Huía. Y Ksenia se daba perfecta cuenta de ello. Mi aspiración a la paz era sincera, pero aún no me la había merecido. Ni mucho menos.

De repente, Ksenia abrió sus ojos cenicientos y me miró fijamente. No dio muestras de sorpresa, como si lo más natural fuera

encontrarme allí, volcado sobre su sueño cual buitre al alba. Pero tampoco dio muestras de simpatía. Eres más fuerte que yo porque no me amas, pensé entonces. Mi sufrimiento no hacía más que incrementar su fastidio.

Un sábado por la mañana estábamos fuera de Moscú. Mijaíl había organizado una salida para ir a visitar una vieja dacha que tenía la intención de comprar. Arrastraba tras de él a su última conquista, creo que se llamaba Marylène. Era francesa y trabajaba para un gran fondo de inversiones, muy mona, menos vistosa que las bellezas circasianas que solían acompañarlo. Esta vez parecía una relación más seria que las habituales. En todo caso, ella parecía creerlo así.

Aquel día el problema era que Marylène no estaba acostumbrada a las carreteras de provincia rusas. Ni a la conducción a lo cosaco de Mijaíl. Al cabo de media hora de acrobacias por las pistas de tierra de la región de Vladímir, ella se puso mala. Pese a sus protestas, obligó a Mijaíl a pararse, amenazándolo con volver a Moscú en autoestop si no me cedía el volante del Porsche. Intenté oponerme, pero fue imposible, tuve que coger el volante, con Marylène desfalleciente a mi lado, mientras que Mijaíl y Ksenia se sentaron en el asiento de atrás.

Al no estar en absoluto habituado a conducir un bólido de cien mil dólares por caminos pedregosos, iba un poco nervioso, me arrepentía de haberme metido, por enésima vez, en una situación en la que iba a salir perdiendo, en comparación con la desenvoltura de Mijaíl. Él se burlaba de mí:

—Venga, Vadia, demuéstranos de lo que eres capaz. Me apuesto que en cinco minutos Marylène me suplicará que vuelva a coger el volante.

—Para, Mijaíl —Ksenia fingía defenderme—, Vadia conduce muy bien. Deberías verlo con el tractor de su abuelo.

—Quieres decir el carruaje de su abuelo.

Se lo pasaban bien allí atrás. Mientras tanto, el Porsche avanzaba más o menos en la dirección por la que yo lo conducía sin demasiada convicción. Había algo en la caja de cambios que no llegaba a entender y había decidido no pasar de cuarta. Hubo un momento en que quise enderezar el retrovisor. Mientras lo ajustaba con precisión, vi el habitáculo trasero. Mijaíl había posado su mano sobre la rodilla de Ksenia. La tenía allí, sin moverla, como uno de esos grandes

cangrejos de las nieves.

Me causó una sensación extraña. No sabría cómo explicarla. Era a la vez un impacto y la confirmación de algo que ya sabía. Casi, en cierto sentido, satisfactoria. En todo caso no dejé que se me notara. Continué conduciendo e hice como si no pasara nada el resto del día. Cuando regresamos a casa, le dije a Ksenia que me iba. Ella trató de montar una escena. Si no recuerdo mal, debió de romper uno o dos vasos. Pero en el fondo se sentía aliviada, como yo, aunque por razones diferentes.

7

Me mudé a una pequeña habitación, en el último piso de un modesto edificio que un amigo arquitecto había transformado en una especie de cápsula blanca suspendida sobre el lodazal turbulento de Moscú. Me imaginaba que me esperaba una época de sufrimiento. Sin embargo, me sentía de nuevo ligero y fuerte. Era evidente que estaba menos dotado de lo previsto para las penas de amor. Como decía no sé quién, no existe una sola mujer que sea tan valiosa como la verdad que nos revela al hacernos sufrir.

El teatro, ahora lo sabía con certeza, no podía satisfacer la ambición que el abandono de Ksenia había despertado en mí. Ya no soportaba por más tiempo la tristeza mortífera del hombre de letras incapaz de producir la menor alegría, su ineptitud de cara a la realidad contemporánea, la profunda pena que lo acompaña allí a donde va, el duelo por la pérdida de su cultura y el intento patético de salvaguardar las últimas baratijas. Sin hablar de la «vida cultural», de las academias, los premios y todas esas minúsculas intrigas fraguadas por artistas mediocres con el fin de mantener la ilusión de poder sobrevivir, pese a carecer de verdadero talento.

Quería formar parte de mi época, no ser su exégeta. Cuanto más me alejaba de los estantes de la biblioteca, más maduraba en mí la convicción de estar a la altura de mi destino, cualquiera que fuese. Me hallaba buscando únicamente el instante en el que basar toda mi vida.

Por primera vez, me dejé llevar por la oscura energía que atravesaba la ciudad en ese periodo. Trabé conocimiento con un vecino, Maksim, un publicitario clavado a Groucho Marx, con ceñidos e impecables ternos italianos y rodeado de mujeres espléndidas. «Mi fealdad desaparece al cabo de una semana —decía—, diez días máximo.» Había desarrollado una técnica de pequeñas atenciones continuas que pillaban totalmente por sorpresa a sus víctimas, acostumbradas a plazos más bien expeditivos. Además, era ingenioso, en particular en lo que a él le concernía; otro don era la capacidad de

reírse de sí mismo, muy poco extendida en nuestro medio.

El resultado era que, al cabo de cierto tiempo, las presas de Maksim no solo cedían a sus invitaciones, sino que acababan enamorándose de él. Una vez superado el obstáculo físico, caían rendidas a su fantasía, a su inteligencia y a su delicadeza. Intuían que, bajo la gentileza de sus maneras, se ocultaba un carácter fuerte, mucho más inaccesible de lo que parecía. Los roles acababan así por invertirse y las cortejadas se volvían pretendientes, cubrían a Maksim de atenciones y buscaban por todos los medios penetrar el secreto de su suave indiferencia. Sin embargo, él no se aprovechaba de la situación. Cuando los roles se invertían, mantenía siempre una actitud generosa con las guerreras vencidas que habían depuesto las armas a sus pies. Era la señal que estaba esperando para lanzarse a una nueva conquista, lo que inevitablemente producía una cadena de explosiones más o menos devastadoras. Por mi parte, me beneficiaba del incesante torbellino de féminas que lo rodeaban. Desde el fracaso con Ksenia, necesitaba renovar las ideas y he de admitir que, en este aspecto, Moscú, a mediados de los noventa, era el lugar adecuado. Podías salir de casa una tarde para ir a comprar cigarrillos, encontrarte casualmente con un amigo sobreexcitado por alguna razón y despertarte dos días más tarde en una cabaña en Courchevel, medio desnudo, rodeado de bellezas dormidas, sin tener la menor idea de cómo habías llegado allí. O bien, ibas a una fiesta privada en un club de estriptís, empezabas a hablar con un desconocido, atiborrado de vodka hasta las orejas, y al día siguiente te encontrabas dirigiendo una campaña de comunicación de varios millones de rublos.

Lo imprevisto ha sido siempre una de las grandes cualidades de la vida rusa, pero en aquella época había alcanzado su paroxismo. Imagínese a todos esos hombres y mujeres jóvenes, llenos de vitalidad, a menudo brillantes, a veces geniales, que creían estar condenados a una vida gris y que, de improviso, veían abrirse ante ellos el mundo entero. Podían ser lo que ellos quisieran, enriquecerse, cruzar el planeta, acostarse con modelos. Hacer todo eso que unos años atrás ni siquiera sospechaban que existiera. Era fácil perder la cabeza. De hecho, muchos la perdieron, literalmente. El nivel de violencia era increíble. Como si por la ciudad, entre los alumnos de preescolar, al mismo tiempo que sus babis, se hubiera distribuido un arsenal de fusiles semiautomáticos. Disparaban desde todos los sitios y por los

motivos más fútiles. Se veía por todas partes milicias privadas, pequeños ejércitos que escoltaban a hombres insignificantes, y de vez en cuando nos enterábamos de que uno de ellos había saltado por los aires. Una bomba, una ráfaga de kaláshnikov. Todo contribuía a alimentar la burbuja radiactiva de Moscú. Las aspiraciones acumuladas de todo el país, inmerso desde hacía decenios en el senescente letargo comunista, convergían aquí. Pero el centro carecía de cultura, pese a lo que creían los intelectuales convencidos de heredar el cetro y que, en realidad, no habían heredado nada en absoluto. En el centro solo estaba la televisión. El corazón neurológico del nuevo mundo que, con su poder mágico, doblegaba el tiempo y proyectaba por todas partes el reflejo fosforescente del deseo.

Convertir mi experiencia teatral en una carrera de productor de televisión fue como pasar del carruaje a vapor a un Lamborghini. Un día estaba sentado a la mesa de la cocina, disertando sobre Maiakovski y bebiendo un té ardiente en una atmósfera saturada de humo de cigarrillos sin filtro, y al día siguiente sorbía capuchinos en un *open-space* diseñado por unos arquitectos holandeses, recopilando presentaciones en PowerPoint y saboreando mis futuras vacaciones en Marrakech. En los estudios de la ORT, la primera cadena de la televisión rusa, recientemente privatizada, no se hacían simples emisiones, se experimentaban formas de vida que adoptaría más tarde el conjunto de los nuevos rusos. Las jornadas transcurrían a golpes de *«Oh my God»* y de *«Whatever...»*, y acabábamos debatiendo sobre las virtudes comparadas del Sassicaia y del Château-Margaux en una vinoteca de moda. Las chicas iban de *Sexo en Nueva York* y los tíos eran todos como Johnny Depp. La proverbial capacidad mimética de los rusos estaba al servicio de todo aquello que pudiera ser considerado *cool*, propagar un *buzz* o generar un *hype*. El efecto global era, en definitiva, ridículo. Y aun así, fuimos nosotros quienes, en esa fase, reconstruimos la imagen colectiva del país. Como todas las demás instituciones se estaban viniendo abajo, la televisión era la que señalaba el camino. Habíamos cogido los escombros del viejo sistema, las viviendas sociales del extrarradio, las flechas de los rascacielos estalinianos, y habíamos hecho de ellos las bambalinas de nuestros *reality-shows*. A continuación escogimos a los ejemplares más típicos de la población rusa —el padre de familia alcoholizado, la *bábushka* provinciana, la putilla ambiciosa, el estudiante nihilista— y les

indicamos a cada uno la mejor manera de entrar y formar parte del nuevo mundo.

Primera regla: no ser aburrido. Todo lo demás era secundario. Los notables soviéticos habían tratado de asfixiar el país bajo un manto de tedio impenetrable. Ahora todo estaba permitido salvo la monotonía. Esa era la razón por la que cada día paríamos alguna idea nueva, un poco más absurda que la del día anterior: ¿un *reality-show* sobre dos bandas de matones que luchan por el control de una pequeña ciudad de provincias? ¡Por qué no! ¿Un documental sobre las escuelas que enseñan a las chicas a echarle el guante a los nuevos ricos? ¡Muy bueno! ¿Y el astrólogo que prevé lo que va a pasar? ¿Y la decoradora especializada en el estilo María Antonieta? ¡También, que salgan en antena!

Hacíamos una televisión salvaje y vulgar, como pide la naturaleza misma del medio. Los estadounidenses no tenían nada que enseñarnos, de hecho éramos nosotros quienes ampliábamos las fronteras del *trash*. Pero, algunas veces, la inmemorial alma rusa emergía de las profundidades. En un determinado momento se nos ocurrió la idea de un gran *show* patriótico. Cuando le pedimos a nuestro público que nos indicara quiénes eran sus héroes, los personajes sobre los que se funda el orgullo de la madre Rusia, nos esperábamos los nombres de las grandes mentes: Tolstói, Pushkin, Andréi Rubliov o yo qué sé, un cantante o un actor, como ocurría donde ustedes. Pero ¿qué nos dieron los espectadores, la masa informe del pueblo habituada a inclinarse sumisa y bajar la mirada? Solo nombres de dictadores. Sus héroes, los fundadores de la patria, coincidían con la lista de autócratas sanguinarios: Iván el Terrible, Pedro el Grande, Lenin, Stalin. Nos vimos obligados a falsear los resultados para hacer ganar a Alexander Nevski, un guerrero, sí, pero no un exterminador. El que recibió más votos fue Stalin. ¡Stalin! ¿Se da usted cuenta? Entonces comprendí que Rusia nunca se convertiría en un país como los demás. No me cupo la menor duda.

8

En aquel entonces, el propietario de la ORT era un millonario que se llamaba Boris Berezovski. A primera vista, no parecía ser un oligarca particularmente al uso. No tenía aspecto de transmitir autoridad o inspirar respeto. Era bajo, gordo, miope, siempre nervioso, riéndose o haciendo reír. Todo el mundo conocía su poder y, pese a ello, él sentía la exigencia constante de tener que reafirmarlo. Le encantaba ser interrumpido durante la comida por una llamada telefónica. «Es Tatiana —decía con brillo en los ojos—, la hija del presidente.» O bien: «¡Ah! Es Anatoli», refiriéndose al viceprimer ministro. No lograba estar más de cuatro minutos en una conversación sin ponerse a hablar de sus fantasiosas hazañas, como la vez en que se plantó en Chechenia y liberó a unos rehenes, dando como pago el reloj de ochenta mil dólares que llevaba en la muñeca, o como cuando, después de haberse hecho con el control de Aeroflot, había dibujado en el mantel de un restaurante los nuevos uniformes de las azafatas.

Había comprado un viejo palacio en la Novokuznetskaia, un largo edificio blanco, achatado, pegado a la iglesia de San Clemente. En principio, esa debería haber sido la sede de su compañía, pero Berezovski hizo allí algo diferente, una especie de club, la mansión Logovaz, como él la llamaba, abierta a sus socios en los negocios y, en general, a cuantas personas él quería frecuentar por una u otra razón. Podías pasar por allí a cualquier hora del día y seguro que te encontrabas con un buen puro y un empresario bielorruso o un general kazajo con el que arreglar el mundo. Había un gigantesco acuario a lo largo de la pared, una chimenea directamente traída de un castillo bávaro y una acumulación insensata de iconos, figuras de marfil y mesas de abigarrada taracea. Desde los adornos hasta las alfombras, se veía que cada objeto había sido seleccionado más por su precio que por su valor estético. Sin embargo, el efecto del conjunto no carecía de cierto encanto, como si fuese el fruto de una aventura

que había acabado bien, el atraco a un banco o una velada triunfal en una mesa de blackjack. La casa del Tío Vania redecorada por James Bond. No es que fuese el *summum* del buen gusto, pero la mayoría de los que acudían tenía un solo deseo: quedarse allí el mayor tiempo posible.

Hay que decir que el club era muy frecuentado. Podía encontrarse en él a lo más granado que la política, el comercio, el espectáculo y el crimen de la capital eran capaces de producir en esa época. Además, a partir de cierta hora hacían su aparición unas criaturas femeninas que parecían llegar de otra galaxia. Todo el mundo rivalizaba por concertar una cita con Boris lo más tarde posible, porque hallarse en el club a partir de las ocho de la tarde significaba automáticamente estar invitado a la velada más entretenida de la capital. Pasada esa hora, el trabajo y el placer se fundían totalmente y una reunión sobre un proyecto de negocios podía degenerar fácilmente en una orgía. El poder en Moscú es así, jamás se ha separado de la vida. En los países de ustedes, los hombres que lo ejercen no son más que unos contables. Personajes grises que se levantan temprano, desayunan cereales integrales y se chupan diez, doce, catorce horas en su despacho haciendo lo que tengan que hacer. Luego se montan en sus coches y le piden al chófer que los lleve de nuevo a casa, o a cenar con otros tipos tan aburridos como ellos, o, en el mejor de los casos, a casa de su amante. Fin de la historia. En Rusia, eso sería inconcebible: tenemos un concepto holístico del poder.

En aquella época, mis pequeños logros como productor de televisión se me recompensaban con una invitación, de vez en cuando, a la mansión Logovaz. Por lo general, Berezovski me convocaba para que le diera noticias de tal o cual proyecto televisivo, a veces para recomendar a un primo o a una mantenida. Pero una noche la conversación tomó un cariz inesperado. Estábamos sentados en el despacho del primer piso con su viejo socio georgiano. Los dos me habían felicitado por la audiencia de la última idiotez que yo había producido y me pidieron vagamente que les adelantara los próximos programas, pero enseguida me di cuenta de que tenían otra idea en la cabeza. En cierto momento, Berezovski empieza a hablar de política. Alude a la suerte de un ministro amigo suyo al que acababan de echar del Gobierno recientemente. «La política rusa es como la ruleta rusa —dice—. Lo único que hay que saber es si uno está dispuesto a apostar o

no.»

A continuación, se vuelve hacia mí: «Mira, Vadia, lo hermoso de este país es que, aunque no juegues, corres los mismos riesgos. Un día estás tan tranquilo en tu parcela, gestionando tus negocios, y de pronto llega un tipo que intenta quitarte lo que posees. Si tiene un poco de poder, o bien algo de fuerza, es probable que lo consiga. Y de repente te ves en la casilla de salida otra vez, sin haber hecho nada para merecerlo. Así que mejor jugar a la ruleta, ¿no?».

El tono que empleaba Boris dejaba en el aire una duda. ¿Se limitaba a expresar una observación de carácter sociológico o había en sus palabras un componente ligeramente menos abstracto de amenaza?

«Es lo que me pasa a mí, ¿sabes? Yo estaba tan tranquilo en mi parcela, haciendo mis negocios, había construido un emporio de categoría superior, legítimo, moderno, una cosa así como muy occidental, con mi red de concesionarios que vendían coches a paladas por las cuatro esquinas del país, y mira por dónde un día me encuentro con un hijoputa que quiere birlarme el negocio. ¿Y qué es lo que fabrica ese cabrón? ¿Abre otro concesionario para competir? ¿Intenta superarme en el mercado, como harían en Estados Unidos o en Europa? ¡No! Ese burdo imitador va y llena de explosivos a tope un viejo Opel y lo pone en mi camino. Así, cuando una tarde yo paso junto al coche, él aprieta el botón a distancia y ¡bum!, adiós Berezovski. O eso es lo que él se cree. Pero no le ha funcionado, porque Berezovski tiene más vidas que un gato. ¿Sabes lo que pasó? Me encontré con la cabeza de mi chófer en los brazos: un trozo del jodido Opel lo había decapitado, como una guillotina. Yo, en cambio, nada. Algunos rasguños, nada más. La gente miraba mi coche carbonizado y no daba crédito a lo que veía.»

Boris sacudía él mismo la cabeza en señal de incredulidad. «Qué quieres que te diga, Vadia. Aquel día comprendí que si tú mismo no te ocupas del poder, el poder se ocupará de ti. Me fui a Suiza un par de semanas para recuperarme. Cuando regresé a Moscú, ¿sabes lo que hice? Me apunté al club de tenis.»

Conocía el resto de la historia. Todo el mundo en Moscú la conocía. En la época del atentado, el viejo presidente estaba ya en declive. Se lo veía poco por el despacho. Había mandado construir un

club deportivo en la colina de los Gorriones y se pasaba el tiempo jugando al tenis. O en casa, bebiendo. A su alrededor había una pequeña corte de politicastros y de chorizos como ranas en una charca. Gente que había sacado una gran tajada de su proximidad con el poder, pero que empezaba a temblar con la idea de que ese poder pudiera desaparecer. Para esos hombres, personajes mediocres cuyo único talento consistía en halagar la vanidad y las debilidades del jefe, Boris había surgido como una especie de mesías. Su inteligencia, su ambición, su frenesí habían conquistado enseguida la simpatía de la hija del presidente y, a través de ella, la del viejo oso en persona. Hay que decir que para ellos Berezovski supuso, en realidad, un maná caído del cielo. Fue él quien los convenció de que no todo estaba perdido, de que, incluso lleno de abolladuras, el presidente todavía estaba en condiciones de ganar. «Padrecito —me figuro murmurándole al oído—, Rusia te necesita todavía, necesita tu valor, tu integridad. ¿No querrás dejar a la madre patria en manos de los comunistas?»

Con esos argumentos, Berezovski logró que le concedieran el control de la televisión del Estado y con ella montó una campaña electoral colosal. En dos meses consiguió resucitar a Yeltsin en los sondeos, o más bien acabó con todos sus rivales dando la impresión de que su elección habría supuesto la inmediata reapertura de los gulags siberianos y la vuelta a las colas del pan. El único problema era que, a dos semanas de las elecciones, al viejo le dio un infarto. Ese día, en teoría tendría que haber grabado su último mensaje a la nación. La grabación fue anulada, pero al cabo de unos días, con los rumores disparados por todas partes, se imponía a toda costa una aparición pública del presidente. Entonces, como Yeltsin no estaba en un estado que le permitiera volver a su despacho, Boris dio la orden de trasladar los muebles del Kremlin a la residencia del presidente, de manera que pareciese que estaba plenamente operativo. En el momento de grabar su alocución, Yeltsin estaba tan débil que no era capaz de permanecer erguido sobre la silla y tuvieron que ponerle una tabla en la espalda para sostenerlo. Quedaba el problema del discurso: el presidente no podía articular las palabras de modo comprensible. Se le pidió, entonces, que moviera los labios como si hablase y todo el llamamiento fue confeccionado en la sala de montaje, ensamblando partes de otros de sus discursos anteriores.

El día de las elecciones, Yeltsin estaba tan mal que era incapaz de introducir su papeleta en la urna. Las cámaras de Berezovski lo filmaron en el momento del voto y luego, al montarlo, hicieron desaparecer a los dos médicos con bata blanca que sostenían al presidente. Por supuesto, como sucede siempre en Rusia cuando se aplica la dosis de resolución necesaria, aquella absurda manipulación funcionó y Yeltsin salió elegido con una amplia mayoría. Luego, el viejo oso volvió a su letargo y Berezovski se convirtió en el verdadero dueño de Rusia.

Ese hombre se encontraba ahora delante de mí: «La política rusa es como la ruleta rusa, ¿estás dispuesto a correr el riesgo o no?».

Evidentemente, yo tenía ganas de jugar. De alguna manera, hasta entonces, no había hecho otra cosa que prepararme.

—No sé, Boris, me gusta mi trabajo.

—Es cierto, te las apañas muy bien. Lo que te propongo es pasar al nivel superior.

Berezovski me escrutaba con toda la intensidad de la que eran capaces sus gafas de présbita.

—¿Qué te parece dejar de crear ficciones y empezar a crear la realidad?

No tenía ni la menor idea de lo que me hablaba. A su lado, el georgiano sonreía con la actitud benevolente del primo del pueblo.

—Sabes que tengo algunas relaciones dentro del Kremlin.

Ante la evidente modestia de esa afirmación, tuve la impresión de que esperaba una reacción por mi parte, pero no sucedió nada.

—En el pasado, de vez en cuando hice algunos favores —prosiguió un poco decepcionado—. Ahora el guion ha cambiado completamente. Ya no se trata de mantener algo que ya existe, sino de inventar algo que todavía no existe.

—Y a alguien... —intervino el socio.

—Y a alguien, sí, por supuesto, pero este no es el problema. Lo que hay que crear es una nueva realidad. El asunto no es ganar unas elecciones, de lo que se trata es de construir un mundo.

Aunque Berezovski se ciñera a las generalidades, yo empezaba a comprender adónde quería ir a parar. Faltaba todavía un año para las elecciones presidenciales y, después de dos mandatos y cinco infartos, el viejo oso estaba ya fuera de juego. Pero le había tomado gusto. Y, aunque esta vez la amenaza comunista era menos inminente que la

vez anterior, él se veía de nuevo en el papel de salvador de la patria. O en el del titiritero que pliega la realidad a sus intereses. Lo cual, por otra parte, en su cabeza era exactamente lo mismo.

—Lo primero que necesitamos es un partido. Ya he hablado de ello con Tatiana. Tenemos que crear el partido de la Unidad. Es lo que aquí hace falta. Mucha gente de derechas, de izquierdas, comunistas, liberales quiere volver a encontrar un sentimiento de unidad. La nostalgia que sienten no es por el comunismo en sí, es por el orden, por el sentido de comunidad, por el orgullo de pertenecer a algo verdaderamente grande. Los rusos ni son ni serán jamás como los estadounidenses. No es solo cosa de ahorrar para comprarse un lavavajillas. Quieren ser parte de algo único. Están dispuestos a sacrificarse para lograrlo. Tenemos el deber de ofrecerles otra vez una perspectiva que vaya más allá del próximo plazo mensual para pagar el coche. Lo que hace falta es la unidad. Un movimiento que devuelva la dignidad a la gente. He puesto ya a los diseñadores gráficos a trabajar en la imagen, mira, Vadia, ¿qué opinas?

Berezovski me pasó una hoja en la que se podía ver el perfil estilizado de un enorme oso pardo.

—Hay zorros liberales, mamuts comunistas y luego están los osos, el símbolo del alma rusa, salvaje, poderoso y noble. Es lo que nos hace falta, Vadia: si a la gente no le interesa más la política, ¡le ofreceremos una mitología!

Recuerdo que Boris estaba tan excitado que volcó con un gesto torpe el portaplumas que tenía delante. Lo cierto es que su razonamiento no estaba falto de sentido. A comienzos de los años noventa, Gorbachov y Yeltsin habían hecho la revolución, pero al día siguiente la gran mayoría de los rusos se había despertado en un mundo irreconocible para ellos, en el que no sabían ni cómo vivir. Antes del hundimiento del sueño americano o del europeo, tuvo lugar el hundimiento del sueño soviético. Entre ustedes, nadie se dio cuenta porque les parecía algo imposible que un sueño estuviera hecho de cosas tan pobres y grises: una profesión de funcionario o profesor respetada, un pequeño Lada Zhiguli, una dacha con su huerto, vacaciones en Sochi o, de tarde en tarde, en Varna, remojando las piernas en el mar Negro y la perspectiva de una buena parrillada entre amigos. Y, sin embargo, ese modelo tenía su fuerza y su dignidad. Sus héroes eran el soldado y el maestro de escuela, el camionero y el

infatigable obrero, a quienes estaban siempre dedicados los carteles en las calles y en las estaciones de metro. En pocos meses, todo eso se desbarató. Los nuevos héroes, los banqueros y las *top models* impusieron su dominio y los principios sobre los que estaba fundada la existencia de los trescientos millones de habitantes de la URSS se vinieron abajo. Los rusos habían crecido en una patria y se hallaban de pronto viviendo en un supermercado. El descubrimiento del dinero fue el acontecimiento más devastador de aquellos años. Y luego vino el descubrimiento de que el dinero podía no valer absolutamente nada, con la caída de la Bolsa y la inflación al tres mil por ciento.

La intuición de Berezovski era correcta: el clima estaba cambiando, la gente estaba harta y necesitaba encontrar un poco de orden. El problema consistía en dar una respuesta a esa demanda antes de que otro se adelantara.

9

Berezovski me había citado en la sede del FSB. Me recibió todo sonriente en el sombrío sepulcro del vestíbulo de entrada como si estuviera en un salón de la mansión Logovaz. Parecía moverse a sus anchas por ese lugar siniestro y, al mismo tiempo, no se resistía a la tentación de tratar de meterme un poco de miedo. «¿Sabes lo que decían los moscovitas de la Lubianka en los tiempos de la URSS? Que era el edificio más alto de la ciudad porque desde sus sótanos se veía Siberia...»

Me hizo reír, era el típico chiste que habría contado mi abuelo y que a mi padre no le habría hecho ninguna gracia. En cuanto a mí, yo vivía en otro planeta: en esa época creía que ya habíamos dejado atrás aquel mundo, no había comprendido todavía que nada se deja atrás de verdad. Atribuía nuestra visita a una forma de cortesía; en Rusia, mantener unas relaciones cordiales con los servicios de seguridad siempre es buena idea. Pero, mientras recorríamos el largo pasillo sin ventanas del tercer piso, Boris me lo desmintió: por lo visto, la cita estaba relacionada con nuestra conversación de la otra noche.

—El jefe del FSB sería un buen candidato. Nadie lo conoce, pero el viejo confía en él, ha demostrado su valía en los momentos decisivos. Es joven, competente, moderno; exactamente lo que Rusia necesita. Verás también que es un hombre modesto. No ha querido ocupar el despacho de sus predecesores, lo ha convertido en museo, como para decir: esa época ha pasado para siempre.

En efecto, después de un breve paso por la secretaría, nos llevaron a un despacho que habría podido ser el lugar de trabajo de un jefe de servicio del Ministerio de Correos. El ocupante del gabinete, un rubio pálido de rasgos desvaídos, vestido con un traje beis acrílico, tenía cara de estar atareado, veteada de una imperceptible punta de sarcasmo.

—Vladímir Putin —dijo al estrecharme la mano.

En aquel entonces, el Zar no era todavía el Zar; de sus gestos no

emanaba la autoridad inflexible que adoptarían después y, aunque en su mirada ya se adivinaba esa peculiaridad mineral que hoy le conocemos todos, la mirada de entonces estaba velada por el esfuerzo consciente de tenerlo todo bajo control. Pese a ello, su presencia transmitía una sensación de calma.

Como era su costumbre, Boris lo anegó con un torrente de palabras que iban todas más o menos en la misma dirección: aquel hombre, Putin, era quien tenía que tomar las riendas de la situación para conducir a Rusia al nuevo milenio.

El jefe del FSB intentaba resistirse.

—Mira, Boris, los servicios secretos tienen las ventajas de la política sin ninguno de sus inconvenientes. Yo estoy aquí en el centro del sistema, oigo y veo todo lo que hay que saber y estoy en condiciones de intervenir sin demasiadas complicaciones para proteger al presidente y a su familia. Lo he hecho en el pasado y sabes que lo seguiré haciendo cada vez que sea necesario. Si me quitáis de aquí para ponerme en el Gobierno, estaré delante de los focos y no podré hacer nada. Acabaré triturado como los demás primeros ministros de estos últimos años y perderéis al más fiel guardián de vuestra tranquilidad en este palacio.

—Comprendo lo que quieres decir, Volodia. Pero has de tener en cuenta una cosa: si no nos movemos rápidamente, dentro de un año no habrá ya ni presidente ni familia que proteger. Y dime entonces, ¿qué será lo primero que hará el nuevo dueño del Kremlin cuando tome posesión de su despacho? Reemplazar al jefe del FSB, eso será lo primero que haga.

Encogido detrás de su escritorio de palisandro, Putin pareció estremecerse de verdad.

—Es posible, pero tiene que haber otra solución. Stepashin es primer ministro desde hace apenas tres meses, ¿por qué no apostáis por él?

—Sería una locura, Volodia. Tiene el tres por ciento en los sondeos. Tú sabes cómo funciona la opinión pública, necesita muy poco tiempo para formarse un juicio y luego es casi imposible modificárselo. La gente ha visto ya cómo actúa Stepashin y está convencida de que no está a la altura de la situación. Además, francamente, con razón. ¿Ves a Stepashin liderar nuestras tropas en el Cáucaso? Sería como poner un kaláshnikov en las manos de un ganso

de granja. Rusia necesita a un hombre, Volodia. A un verdadero jefe que la guíe en el milenio que viene.

—Te entiendo perfectamente, Boris, pero ¿qué te hace creer que ese jefe sea yo? Yo soy un funcionario, nunca he hecho otra cosa toda mi vida que ejecutar órdenes y cumplir con mi deber. He hablado en público tres o cuatro veces y, te lo aseguro, con resultados muy decepcionantes. He visto muchas veces cómo se desenvuelve el presidente: entra en una sala, olfatea el ambiente y en un segundo ha conquistado a todo el mundo. Los hace reír, los hace llorar, conecta con ellos como si estuviera sentado con cada uno a la mesa de la cocina. A pesar de su estado, todavía hoy es capaz de hacerlo. La gente lo ve y se emociona. Yo no estoy hecho de esa madera.

—Si me permite que le diga, Vladímir Vladímirovich, se trata precisamente de eso.

La mirada glacial de Putin se posó por primera vez en mí. Al mismo tiempo, noté que Berezovski me animaba a proseguir.

—El presidente está dotado de una personalidad única que no tendría ningún sentido querer repetir. Sus cualidades humanas han sido fundamentales para hacer pasar nuestro país de la vieja Unión Soviética a la Rusia en la que vivimos hoy en día. Pero, al cabo de ocho años de Gobierno y considerando su condición física, su perfil está agotado. Los sondeos nos dicen que los rusos se sienten abandonados por un hombre al que siguen amando, pero al que han dejado de valorar.

El asunto era delicado, pero el jefe del FSB no puso ninguna objeción.

—Por eso consideramos necesaria una figura diferente, que contenga en sí mismo los elementos de la continuidad y los de una ruptura con el pasado. Al convertirse en primer ministro, Vladímir Vladímirovich, usted asumirá automáticamente el papel de la autoridad legítima, lo cual es fundamental para los rusos, que no tienen ganas de aventuras y que desean, sobre todo en estos momentos, estabilidad y seguridad. Por otra parte, su figura producirá de inmediato un acusado contraste con la del actual presidente. Usted es joven, deportista, energético, transmite la sensación de poder asumir toda la responsabilidad del mando. Su paso por los servicios de seguridad constituye una garantía de fiabilidad. Ser hombre de pocas palabras jugará a su favor. Los rusos están cansados de charlatanes.

Quieren que los guíe una mano firme que restablezca el orden en las calles y restaure la autoridad moral del Estado. Por esta razón, la campaña electoral que tenemos pensada no consistirá en concentraciones ni en promesas. Más bien lo que pensamos es justo lo contrario de ese tipo de campañas. La apuesta será no aparecer como un político como los otros. Mire, Vladímir Vladímirovich, no conozco mucho de política, pero sé qué es un espectáculo. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Sabe usted quién es la mayor actriz de todos los tiempos?

Putin, inexpresivo, negó con la cabeza.

—Greta Garbo. ¿Y sabe usted por qué? Porque el ídolo que se resiste a serlo refuerza su poder. El misterio genera energía. La distancia alimenta veneración. El imaginario de la sociedad rusa, de cualquier sociedad en realidad, se articula sobre dos dimensiones. El eje horizontal corresponde a la cercanía a lo cotidiano, y el vertical a la autoridad. En estos últimos años, la política rusa se ha representado por entero en el primer eje, el horizontal, porque esa dimensión era desconocida casi completamente en tiempos de la URSS: lo han hecho tanto Gorbachov, que se paraba para hablar con la gente, algo que ningún líder soviético habría hecho jamás, como Yeltsin, quien algunas veces parecía más bien un compañero de borrachera que un jefe de Estado. Pero hoy no cabe duda de que el péndulo ha empezado a moverse en la dirección contraria. El exceso de horizontalidad ha traído el caos, los tiroteos en las calles, la bancarrota del Estado, nuestra humillación en el plano internacional. Si me perdona el juego de palabras, se podría decir que el exceso de horizontalidad ha vuelto invisible el horizonte. Para poder trazar una perspectiva, es preciso elevarse nuevamente. Todos los datos de que disponemos nos dicen que los rusos abrigan hoy un deseo de verticalidad, es decir, de autoridad. Si recurrimos a las categorías del psicoanálisis, podríamos decir que los rusos esperan a un jefe que haga olvidar el lenguaje de la madre y restablezca el lenguaje del padre. Ya lo ha dicho el alcalde de Moscú en el momento del *default*: «El experimento ha terminado».

—Solo que no será él el beneficiario —añadió Boris, que tenía una serie de partidas abiertas con el primer ciudadano de la capital.

—Sobre esto, creo que Berezovski tiene razón. Tanto Luzhkov como el ex primer ministro Primakov van en cabeza en las encuestas porque, comparados con Yeltsin, representan una oportunidad de renovación. Pero ambos llevan muchos años sobre el escenario y su

imagen está casi tan desgastada como la del presidente.

Y esto lo decía, ahí a mi lado, opinando fervorosamente sobre el jefe, uno de los pocos hombres cuya imagen pública estaba aún más desgastada que la de los políticos en cuestión. Traté de ignorarlo para proseguir con mi razonamiento.

—Como puede ver, los rusos tienen muy mala imagen de sus dirigentes. Y cuando la política está tan desprestigiada, en vez de ser una ventaja, la experiencia se convierte en un obstáculo. Por eso su falta de experiencia política será una virtud, Vladímir Vladímirovich. Usted es nuevo, los rusos no lo conocen y no pueden relacionarlo con ninguno de los escándalos ni ninguno de los errores que imputan a quienes los han gobernado estos últimos años. Si es cierto, como decía Boris, que la opinión pública se forma en muy poco tiempo, tendrá usted tan solo unos meses para convencer a los rusos de que es el hombre adecuado. Y nosotros estamos convencidos de que posee las cualidades necesarias para lograrlo.

—Así es, Volodia, estamos convencidos —intervino Berezovski—. No olvides que no estarás solo. Yo estaré a tu lado en todo momento para aconsejarte y ayudarte cada vez que lo necesites.

Quizá me equivoque, pero, ante esas palabras, me pareció ver pasar por los ojos de Putin, completamente inmóviles desde el principio de la conversación, un imperceptible destello de ironía. Sea como fuere, aquella noche Boris volvió al club enteramente satisfecho.

«Está en el bolsillo —repetía a quien quisiera oírlo—, hemos encontrado nuestro caballo ganador. No es que se diga un Premio Nobel de ciencia, pero lo que hay que hacer lo hará muy bien. El empleo le viene que ni pintado. Bastará con ponerlo en las manos de nuestros pequeños genios de la comunicación y lo transformarán en un nuevo Alexander Nevski. O en Greta Garbo, ¿no crees, Vadia?»

Se echó a reír como un chiquillo.

Que le hubiera propuesto al jefe de la antigua KGB adoptar como modelo a una vieja actriz norteamericana le parecía hilarante. Yo también asentía y reía con él, pero la verdad es que ese primer encuentro con el Zar me había dejado un extraño sabor de boca. No habría sabido definirlo con exactitud, pero me parecía que las cosas eran un poco más complicadas que como las pintaba Berezovski.

Durante toda nuestra visita, Putin había hecho gala de una cortesía impecable frente a Boris. De deferencia, incluso, mientras

escuchaba los consejos del hombre de negocios. Y, en cambio, cuando Berezovski se dirigía a él, con la familiaridad que le caracterizaba, me parecía percibir una sombra de fastidio en la mirada del funcionario. Y estaba ese destello de ironía, al final, cuando Boris le había prometido guiarlo paso a paso. Como si la sola idea de que lo pudiera guiar un hombre como ese le hubiera parecido de lo más cómico al jefe del FSB.

Berezovski, evidentemente, no se había dado cuenta de nada, pero no tuve que esperar mucho tiempo para ver confirmadas mis dudas. Unos pocos días más tarde, me encontraba en la sala de montaje cuando sentí la imperiosa vibración de mi móvil: «¿Vadim Alexéievich? Soy Igor Sechin, secretario de Vladímir Putin. El director querría invitarlo a comer el martes que viene». Pese a la cortesía de la fórmula, la voz al otro lado del teléfono no daba la impresión de poder contemplar la hipótesis de una negativa. Secretario masculino, noté yo de paso: un signo de distinción de la vieja nomenclatura soviética que, al contrario que Berezovski, yo sí era capaz de reconocer.

10

El lugar de la cita fue un restaurante francés que acababa de abrir en una calle perpendicular a la de Arbat. Me había sorprendido un poco esa elección, no encajaba con la idea más bien austera que me había hecho de Putin durante nuestro último encuentro. Cuando llegué, Sechin, el secretario, estaba en la puerta. «¡Dese prisa, Vadim Alexéievich, Vladímir Vladímirovich ya está dentro!» Lo irritaba visiblemente la idea de que un personaje insignificante como yo pudiera hacer esperar a su jefe.

Al entrar en el restaurante encontré a Putin solo, sentado a una gran mesa arrinconada, un poco retirada con respecto a las otras. Su expresión era distendida; sus gestos, serenos. Emanaba de él una fría impresión de poderío que, evidentemente, no había optado por manifestar la vez anterior.

Me estrechó la mano sin levantarse y se dirigió al *maître*, que lo observaba muy atento como un roedorcito hipnotizado por una serpiente:

—Aconséjenos, Pavel Ivánovich.

—Si les gusta el pescado, les recomiendo la vieira a la salsa holandesa con coliflor o el lenguado cardenal al cangrejo flambeado. Si prefieren carne...

—Un bol de *kasha*,[1] por favor.

—Dos.

El *maître* reprimió un escalofrío y se alejó rápidamente. Por primera vez noté la absoluta indiferencia de Putin hacia la comida, como más adelante pude constatar la perfecta insensibilidad del Zar con otros placeres que endulzan la vida. Como dice Fausto, «quien manda debe hallar su felicidad en el mando».

Mientras esperábamos, el jefe del FSB entró de lleno en el meollo del asunto:

—Respeto mucho a Berezovski y le estoy muy agradecido por su oferta. Una empresa como la que estamos a punto de empezar

necesitará un inmenso esfuerzo y Boris ya ha demostrado que es capaz de hacer milagros. Es verdad que yo no soy un viejo de sesenta y ocho años con cinco infartos a la espalda. Si tuviera que decidir lanzarme a esta aventura, lo haría contando con mis propias fuerzas, no con las de otro. Estoy habituado a ejecutar órdenes y, en ciertos aspectos, me parece que es el estado más cómodo para un hombre. Pero el presidente de Rusia ni puede ni debe estar sometido a cualquiera. La idea de que sus decisiones estén condicionadas por un interés privado, el que sea, es para mí totalmente inconcebible.

La mirada de Putin, aquel día, era mucho más penetrante que cuando nos vimos con Berezovski. Se clavaba en la mía para escrutar el efecto que sus palabras producían en mí.

—Dada la manera como usted ha sido educado, Vadim Alexéievich, creo que podrá comprender de qué estoy hablando.

Estaba obviamente en lo cierto. La idea de que el Estado posee una forma de superioridad ética sobre lo privado estaba profundamente enraizada en mí. El espectáculo de Boris y sus colegas irrumpiendo a toda velocidad por los carriles reservados, con las luces giratorias encendidas, me ofendía violentamente, como creo que ofendía a la mayoría de moscovitas.

—Su análisis del otro día me ha impactado —continuó Putin—. Conozco su trayectoria. Creo que usted podría aportar una considerable contribución a mi trabajo, sea este el que sea, ahora o más adelante. Pero antes que nada debemos aclarar una cosa: a pesar de lo mucho que respeto a Berezovski, no estoy dispuesto a ponerme en sus manos. Si usted acepta mi proposición, Vadim Alexéievich, ha de trabajar exclusivamente para mí. La Administración le garantizará un salario, inferior, me temo, al que percibe actualmente, y tendrá que procurar arreglárselas con él. No toleraré ninguna bonificación, ningún dividendo que proceda de Boris o de cualquier otro. Si lo que le interesa es el dinero, siga trabajando en la empresa privada. Quien está al servicio del Estado debe privilegiar el interés público por encima de todo, incluido el suyo propio. Si usted adquiere este compromiso, creo que no hará falta que le diga que dispongo de medios para asegurarme de que lo mantendrá.

No se puede decir que se anduviera con rodeos. A lo largo de mi breve carrera de productor de televisión, estaba acostumbrado a que trataran de seducirme y con mucho gusto le habría devuelto al

remitente la desabrida propuesta del jefe del FSB. Pero el problema radicaba en que su análisis era correcto. Había comprendido que el dinero me interesaba menos que otras cosas, desde luego mucho menos que la posibilidad de participar en una empresa como la que Putin parecía tener en mente. Así que evitó andarse por las ramas y fue a lo esencial. Más adelante constataría que el Zar actúa siempre así. Capta el fondo del problema más rápidamente que los demás y no duda en quemar etapas. La educación y las fórmulas de cortesía son poca cosa para él.

—He reflexionado sobre su concepto de verticalidad. Es interesante, pero no puede quedar suspendido en el aire como un globo de feria. Hay que ponerlo en el suelo y aplicarlo a un caso concreto. El país está en pleno caos y pide un guía seguro, pero imaginar que puedan resolverse todos los problemas de una sola vez sería de ilusos. Necesitamos un escenario bien definido en el que restaurar la verticalidad del poder de manera inmediata y específica. Si no, corremos el riesgo de perdernos y de parecer tan impotentes como los demás.

—En efecto, Vladímir Vladímirovich, pero están las circunstancias, los imprevistos.

—Créame, Vadim Alexéievich, los imprevistos son siempre el resultado de la incompetencia. Por otra parte, ¿no fue su Stanislavski quien dijo que la técnica no basta y que para llegar a la verdadera creación hace falta lo imprevisto?

En los ojos de Putin brillaba de nuevo la luz irónica que había creído entrever en la Lubianka, pero más sincera esta vez. Yo, en cambio, estaba atónito. Hasta la semana anterior habría jurado que ni siquiera conocía el nombre de Stanislavski.

—Estamos ante el escenario ideal —reanudó Putin—. La patria está bajo presión. Los integristas islámicos no se contentan con Chechenia, aspiran a apoderarse de Daguestán, después de Ingusetia, de Baskiria y así hasta el corazón del país. Si los dejamos hacer, en pocos años no quedará ni rastro de la Federación.

—Perdóneme, Vladímir Vladímirovich, yo me lo pensaría dos veces antes de meterme en ese avispero. Estos últimos años, Chechenia ha matado más carreras políticas en Moscú que a enemigos en el campo de batalla.

—Porque ninguno de esos políticos ha afrontado el asunto con

energía. Querían hacer la guerra sin declararla, una guerra humana, a la norteamericana, y mire cómo ha terminado. Se han dejado masacrar por los islamistas. Yo le estoy hablando de otra cosa. Ganar el Premio Nobel de la Paz no me interesa. Lo que me interesa es vencer a los separatistas y la amenaza que representan para la integridad de la Federación Rusa.

—No discuto las razones geopolíticas, Vladímir Vladímirovich, no entiendo nada al respecto. Lo que puedo decirle, en cambio, es que políticamente es un suicidio.

—Es ahí donde usted se equivoca, Vadim Alexéievich, se ha dejado convencer por los occidentales de que una campaña electoral consiste en dos equipos de economistas que se pelean en torno a un dosier en PowerPoint. Ese no es el caso: en Rusia, el poder es otra cosa.

Aquel día, no comprendí con exactitud a qué hacía alusión Putin. Pero salí de aquella comida con una certeza: Berezovski había cometido un grave error. El hombre con el que yo acababa de comer no consentiría jamás que nadie le marcara el rumbo. Tal vez se le podía acompañar, y esa era mi intención, pero no cabía la menor duda de que no se lo podía dirigir. Y a Boris le convenía darse cuenta de ello cuanto antes.

11

El que habita en el Kremlin posee el tiempo. Todo cambia alrededor de la fortaleza, mientras que en el interior la vida parece haberse detenido, pautada tan solo por las solemnes campanadas del reloj de la torre Spassky y las rondas de centinelas de la guardia presidencial. Desde hace siglos, quien cruce el umbral del gigantesco fósil que Iván el Terrible quiso como centro de Moscú siente sobre él la mano de un poder sin límites, habituado a estrujar los destinos de las personas con la misma facilidad con que se acaricia la cabeza de un recién nacido. Esa fuerza se expande en círculos concéntricos por las calles de la ciudad, confiriendo a Moscú esa aura de amenaza permanente que constituye una gran parte de su encanto. La fea mole de la Lubianka, las siete torres que delimitan las céntricas avenidas y, hoy en día, el rascacielos de la City de Moscú y las villas rococó de la Rublevka no son más que el reflejo de la oscura energía que proviene del corazón de la fortaleza.

Pero, durante el verano de 1999, el encanto se rompió. De las salas del palacio presidencial no procedía más que el aliento alcohólico de un oso siberiano, grueso y cansado, rodeado de una pequeña corte de familiares cubiertos de diamantes, cada vez más espantados por asistir a la descomposición del hombre al que debían su fortuna. Yeltsin se había convertido en una carga. No solo ya no era capaz de protegerlos, sino que corría el riesgo de precipitarlos a todos en el abismo.

En el exterior, la ciudad animal sentía que la mordedura de la autoridad había aflojado. Moscú ya no era la capital del Imperio. Había pasado a ser la metrópolis de los teléfonos móviles que sonaban en medio de las representaciones del Bolshói y de los fusiles automáticos que se usaban en los ajustes de cuentas entre mafiosos imponiendo la ley de la selva. Ya no era el Kremlin quien marcaba la pauta, sino el dinero. Y los Mercedes blindados de los oligarcas recorrían las calles del centro como en tiempos de los zares los

cocheros de los nobles se abrían camino a través de la muchedumbre a golpes de fusta. Mientras, la gente del pueblo, el insignificante dócil populacho de Moscú, cuando volvía a su casa después del trabajo, no tenía suficiente dinero para encender la calefacción.

Los primeros días de agosto, el viejo oso designó a un nuevo primer ministro, desconocido para la mayor parte de la gente. El nombramiento de Vladímir Putin fue acogido con un escepticismo general. Se trataba del quinto jefe de Gobierno que Yeltsin entronizaba en poco más de un año. «No vale la pena ratificarlo en el cargo —había declarado el jefe de la Duma—, dentro de un par de meses otro lo sustituirá.» Putin veía el asunto de otro modo. Sabía que tenía pocas semanas para imprimir su huella sobre la opinión pública y no tenía intención de perder el tiempo.

Nuestras oficinas no estaban en el Kremlin, sino en el interior del antiguo palacio de los Sóviets, conocido como la Casa Blanca: un enorme bloque de naftalina plantado a orillas del Moscova que, sin embargo, no había librado al país de las polillas. En su origen, se reunía allí el Sóviet Supremo del Imperio soviético, en el presente, con más modestia, lo hacía el Gobierno de la Federación Rusa. Después de que el viejo oso le lanzara unos cuantos cañonazos en un momento de irritación, una empresa suiza lo había restaurado en pocos meses, pero no se podía decir que rezumara la menor eficiencia alpina. Los corredores estaban llenos de personajes anodinos, con aspecto arcaico, vestidos de gris o de marrón. Figuras fuera del tiempo que parecían de cera; residuos de un mundo basado en la longevidad, exactamente lo contrario de lo que sucedía fuera, el alocado torbellino de los dólares y las cámaras de donde yo provenía.

En el piso del primer ministro se habían habilitado unas veinte habitaciones para los recién llegados. Nos habíamos instalado allí: Putin, su secretario, los asesores económicos y militares, el *staff* de la comunicación. Trabajábamos día y noche; aquellas asépticas paredes apenas podían contener la violencia de lo que ambicionábamos. A pocos metros de distancia, en cambio, la vida de los empleados transcurría plácida como la mecedora de una *bábushka* del XIX. Más adelante me daría cuenta de que siempre es así en cualquier ministerio. Un pequeño grupo trabaja frenéticamente en una habitación y todos los demás no dan ni golpe. Hay muy poca relación entre unos y otros. Algunas miradas respetuosas, a veces cargadas de

ironía, mientras esperan que pase también esta enésima invasión tras la cual la hierba, tarde o temprano, volverá a crecer.

No creo que hubieran comprendido que nosotros éramos los buenos, los que estábamos destinados a permanecer. Pero ¿cómo habrían podido saberlo? Nos parecíamos a todos los demás. Los profesionales de traje hecho a medida, los ordenadores portátiles, la soberbia de los que tienen respuesta para todo porque saben inglés. Para ellos, sin embargo, yo era diferente. A veces, uno de esos espectros ministeriales me paraba en un pasillo y me decía:

—¿Puedo molestarlo un momento, Vadim Alexéievich?

—Claro, lo escucho.

—Quería decirle que conocí a su padre. Un gran hombre. ¡Qué buenos tiempos aquellos! ¡Ya no hay personas como él!

Es cierto que algunos lo decían para adularme, pero la mayoría de las veces esas sombras que interrumpían mi camino por un instante lo hacían tan solo por entablar un contacto. Les tranquilizaba saber que entre nosotros hubiera alguien que había conocido el antiguo mundo. ¿Y sabe qué? Eso me tranquilizaba a mí también. Cada vez que uno de esos personajes que parecían salidos de un libro de Gógol pronunciaba el nombre de mi padre, yo me sentía penetrado por una calidez que me remitía a mis años de infancia, a los abrigos de piel y a los coches con chófer, a los *pirozhkí* y a las chuletitas de la calle Granovskovo. Leía en sus ojos esa misma nostalgia, me habían visto de niño, y si no a mí, a alguien como yo, tal vez a sus propios hijos. En aquella época tenían motivos para estar orgullosos. Trabajaban en el Sóviet Supremo, en el Comité Central. Volvían a su casa y les contaban a sus hijos: «Hoy he visto al camarada Gromiko, volvía de Kabul, parecía satisfecho, parece que las cosas van mejor en Afganistán».

Todo eso ya había quedado atrás, pero ellos habían seguido creyéndoselo, o en todo caso podían fingírselo sin que nadie pensara en desmentirlo. Ahora, sin embargo, habían perdido hasta el derecho a fingir. Les quedaba el orgullo de la longevidad, el privilegio de observar a los recién llegados con los ojos de antaño. Al tratar con ellos, me daba la impresión de acercarme a mi padre, de comprender por primera vez lo que le había sucedido a él. No sin cierta sorpresa, descubría que también había en mí un gen capaz de adaptarse a ese tipo de existencia: vivir como si leyéramos un envoltorio en papel de

periódico y deseáramos abrirlo.

Yo trabajaba dieciocho horas diarias: con el primer ministro asistía a una sucesión interminable de reuniones, en el curso de cada una de las cuales se tomaban decisiones históricas. Pero cuanto más me hundía en la rutina de la gobernanza humana, más me parecía un mundo plagado de malentendidos, centrado en explicaciones inútiles y ocasiones perdidas. Una inmensa actividad, interminable, que consume vidas enteras sin dejar rastro. ¿Cómo se me había ocurrido imaginar que podría hacer mella en la superficie de un mar callado e indiferente?

Entonces sucedió lo imprevisto. Una noche de otoño, poco después de las doce, cuando el buen pueblo moscovita se metía bajo sus mantas, abandonando la ciudad a los mafiosos y a las *top models*, un enorme estruendo desgarró las tinieblas de la capital. En la calle Guryanova, en la periferia de Moscú, cientos de kilos de explosivos partieron literalmente en dos un edificio residencial de nueve pisos. Sorprendidas en su sueño, decenas de familias fueron engullidas por la explosión. Cuatro días más tarde, hubo una segunda explosión a las cinco de la mañana. Otro inmueble del extrarradio destruido con más de cien víctimas.

Posteriormente, algunas personas dijeron que las bombas habían sido puestas por los amigos de Putin, los agentes de los servicios de seguridad. Francamente, no sabría decir si es verdad o no. Si ese secreto existe, gracias a Dios nadie lo ha compartido conmigo. Sin embargo, por propia experiencia sé que las cosas siempre son más sencillas de lo que parece. Está claro que en política vale más curar que prevenir. Si desbaratas un atentado antes de que se produzca, nadie va a darse cuenta; en cambio, reaccionar con fuerza y atrapar a los culpables, esto sí que produce capital político. Pero de ahí a decir que las bombas fueron colocadas por el FSB en vez de por terroristas chechenos es demasiado.

Sea como fuere, esas bombas fueron nuestro «11 de septiembre», solo que con dos años de antelación, y el escenario cambió por completo. Hasta entonces, la guerra en Chechenia era algo lejano que no afectaba más que a las familias que tenían hijos militares allí. Se trataba de una pequeña minoría. Pero, cuando los edificios de las afueras de Moscú empezaron a saltar por los aires en medio de la

noche, llevándose a centenares de honrados ciudadanos rusos que dormían plácidamente, entonces, por primera vez, los rusos se encontraron con la guerra en casa.

Nuestro pueblo es valeroso, habituado al sacrificio. Pero he de decir que jamás había visto un pánico como el que se produjo después de la explosión de las bombas. La gente no se atrevía a volver a sus casas para dormir. Organizaban rondas nocturnas alrededor de los edificios y si por casualidad un desconocido con barba se daba una vuelta por esos parajes, se arriesgaba a que lo molieran a palos.

Afortunadamente, en aquel momento estaba a la cabeza del Estado alguien capaz de dar una respuesta. Visto en retrospectiva, la gente tiende a atribuir al Zar poderes sobrenaturales, pero lo cierto es que la única cualidad indispensable para un hombre con poder es la capacidad de aprovechar las circunstancias. No pretender dirigirlas, sino apoderarse de ellas.

A Putin nunca le gustó hablar en público, pero era obvio que el pueblo necesitaba oír su voz. Estábamos en Kazajistán para una visita de Estado. Mejor así, los dorados del Kremlin habrían estado fuera de lugar: queríamos un lugar sencillo, que transmitiera la urgencia de un consejo de guerra improvisado. La conferencia de prensa comenzó con algunas preguntas técnicas, como el plazo para las ayudas y el curso de la investigación. El primer ministro respondía con la calma que lo caracteriza, preciso, sin un atisbo de emoción, siendo el funcionario ascético que los rusos empezaban a conocer. Entonces, un periodista le hizo una pregunta un poco más polémica: «Al parecer, en respuesta a los atentados, ha dado usted orden de bombardear el aeropuerto de Grozni. ¿No cree que ese tipo de acciones corren el riesgo de agravar la situación?».

En ese preciso momento se produjo un fenómeno que todavía hoy no sabría explicar completamente. Putin se quedó callado unos instantes. Cuando retomó la palabra, había cambiado de expresión, pero su presencia física había adoptado una consistencia diferente, como si su cuerpo hubiera estado sumergido en un tanque de nitrógeno líquido. El funcionario ascético se había transformado súbitamente en ángel de la muerte. Era la primera vez que yo veía un fenómeno de esa naturaleza. Jamás, ni en los escenarios de los mejores teatros, había sido testigo de semejante transfiguración.

—Estoy cansado de responder a este tipo de preguntas —fulminó

sin siquiera mirarlo al periodista que se la había hecho—. Golpearemos a los terroristas allí donde se escondan. Si están en un aeropuerto, golpearemos el aeropuerto, si están en los cagaderos, y perdonen mi lenguaje, iremos a matarlos en los váteres.

Dicho así, puede parecer hasta banal y un poco vulgar, pero no se hace usted idea del impacto que esa frase causó en el público. Era la voz de la autoridad y del dominio. Hacía mucho tiempo que los rusos ya no la oían, pero de inmediato la reconocieron, porque era a la que estaban habituados sus padres y sus abuelos. Un inmenso suspiro de alivio barrió el país, desde las avenidas de Moscú y sus extrarradios temblorosos hasta los bosques y estepas infinitas de Siberia. En la cima había de nuevo alguien capaz de garantizar el orden.

Aquel día, Putin se convirtió en Zar de pleno derecho. En cuanto a mí, recordé una lección de mi abuelo. «¿Sabes cuál es el problema? —me había preguntado un día que paseábamos por los bosques de su casa de campo—. El ojo humano está hecho para sobrevivir en el bosque. Esta es la razón por la que es sensible al movimiento. No importa lo que se mueva, incluso en el punto más extremo de nuestra mirada, el ojo lo capta y lleva esa información al cerebro. En cambio, ¿sabes lo que no vemos? —Yo negué con la cabeza—. Lo que se queda inmóvil, Vadia. Percibimos las cosas que cambian, pero no estamos preparados para distinguir las cosas que permanecen estables. Y este es un gran problema porque, si lo piensas bien, las cosas que no cambian son casi siempre las más importantes.»

Es una lección que jamás he olvidado. Ninguno de nosotros lo ha hecho. Por eso, cuando el Zar habla de política, nunca da cifras: él habla el lenguaje de la vida, de la muerte, del honor, de la patria. La gobernanza humana no es una actividad que pueda dejarse en manos de una banda de cobardes, demasiado vagos para ganar dinero, demasiado tímidos para convertirse en estrellas de rock. Contables en busca de gloria, homúnculos que piensan que la política se reduce a la administración de una casa.

Y no es eso. La política tiene un solo objetivo: dar respuesta a los terrores humanos. Si el Estado no es capaz de salvaguardar del miedo a los ciudadanos, el fundamento mismo de su existencia se pone en cuestión. Cuando, en el otoño de 1999, la batalla del Cáucaso se desplaza a Moscú y los edificios de nueve plantas empiezan a desmoronarse como castillos de arena, el honrado ciudadano

moscovita, desorientado ante los hechos, ve por primera vez alzarse ante él el espectro de la guerra civil. La anarquía, la disolución, la muerte. El terror primordial, que el desmantelamiento de la propia Unión Soviética no había logrado espantar, empieza a penetrar en las conciencias: ¿Qué me va a pasar a mí?

La vertical del poder es la única respuesta satisfactoria, la única capaz de calmar la angustia de las personas expuesta a la ferocidad del mundo. He aquí por qué, después de las bombas, su restablecimiento se convirtió en la máxima prioridad del Zar. Salir de la lógica occidental del aparato, del debate entre burócratas que confrontan curvas estadísticas para construir un sistema que satisfaga las exigencias fundamentales de la gente: esta fue la misión que nos encomendamos a nosotros mismos a partir de aquel momento. La política de las profundidades, día y noche, sin interrupción.

12

La mañana del 31 de diciembre de 1999, cuando los periódicos occidentales estaban plagados de artículos ridículos sobre el error del milenio que iba a poner en riesgo el funcionamiento de los ordenadores y hacer caer los aviones, Putin me convocó a su despacho.

—Dime, Vadim, ¿te enseñaron en la Academia de Arte Dramático a saltar en paracaídas?

Me pareció una pregunta de mal gusto y no respondí.

—Al menos te habrán enseñado a simularlo, ¿no?

El habitual fulgor irónico brillaba en la mirada del Zar. A su lado, de pie, Sechin disfrutaba de la escena con la fruición del dóberman al que por fin le han dado a comer el gatito que había estado observando en el jardín del vecino. Como yo seguía callado, Putin añadió secamente:

—En todo caso, prepárate, sales esta tarde.

En efecto, unas horas después llegamos al aeropuerto militar, donde nos esperaba un vuelo a la capital de Daguestán. Allí nos subieron en tres helicópteros en dirección a Gudermés, en Chechenia. A bordo se respiraba un poco el ambiente de excitación y de locura que envuelve a la guerra, en la que el hecho de seguir vivo supone en sí mismo una descarga de adrenalina. Para mí era algo nuevo: a los dieciocho años, los últimos restos de los privilegios paternos me habían permitido fumarme el servicio militar. Ahora, mientras escuchaba distraídamente las bromas que Putin intercambiaba con los oficiales y respiraba por primera vez los efluvios de la guerra, empezaba a comprender cómo algunos hombres pueden apreciarlos hasta el punto de preferirlos a cualquier otra droga. Contrariamente a los helicópteros civiles en los que había tenido ocasión de subir hasta entonces, este en que iba ahora no presentaba ninguna abertura al exterior. Estábamos en una cabina blindada, suspendida en la noche del Cáucaso, y este simple hecho había transformado en pocos

minutos a unos extraños en hermanos, unidos, más que por el miedo, por la exigencia de no dejar traspasar el menor rastro, de evitarlo con el máximo cuidado. Pese al ruido ensordecedor producido por las palas del helicóptero, todos tenían ganas de entablar conversación. Empezamos por compartir recuerdos de Año Nuevo de nuestra infancia. Algunos habían crecido en pueblos perdidos, otros en Kazán o en Novosibirsk, pero era evidente que ninguno de nosotros jamás había imaginado que un día pasaría la Nochevieja a bordo de un helicóptero en compañía del Zar. Putin, desde la primera fila donde se encontraba, se daba la vuelta todo el tiempo hacia nosotros y, por la expresión de sus ojos, comprendíamos que su fascinación era aún mayor. En el fondo, ahora, el zar era él.

En cierto momento, alguien se percató de que estaban a punto de dar las doce campanadas de medianoche y Sechin, que en aquel entonces no estaba aún familiarizado con los grandes caldos franceses, sacó una botella de champán moldavo. Nos la trincamos a la salud del pueblo ruso, luego a la de las tropas a las que nos dirigíamos, pero, precisamente en ese momento, los pilotos nos anunciaron que no se daban las condiciones para el aterrizaje, necesitaban una visibilidad de ciento cincuenta metros y no había más que de cien, o algo parecido. La atmósfera cambió de inmediato. El Zar trató de insistir para que aterrizáramos, pero cuando comprendió que no sería posible, se sumió en el silencio. Los helicópteros dieron media vuelta y todo el mundo consideró abortada la misión. Tropas a las que pasar revista también había en Daguestán, se decían los unos a los otros con frivolidad, ya iríamos a Gudermés en otra ocasión.

Personalmente, me guardé mucho de hacer alguna sugerencia, la que fuese. Aconsejar a un príncipe abdicar nunca es una buena idea, incluso en las situaciones más anodinas. De hecho, apenas los helicópteros se posaron de nuevo sobre la pista de la que habíamos partido, asumimos que, si era en Chechenia donde el Zar quería celebrar el Año Nuevo, allí sería donde acabaríamos yendo, por mucho que nos arriesgáramos a pisar una mina o a acabar en una grieta. A la una de la madrugada nos subimos a los jeeps y nos dirigimos hacia los collados. Durante un tiempo que se hizo infinito, sumidos en la más completa oscuridad, bordeamos los barrancos del Cáucaso: no veíamos nada, tan solo se percibía en las tinieblas la presencia de un paisaje negro, azotado por el viento y el frío, y la

irresistible voluntad humana que nos guiaba. Casi cuatro horas después llegamos a Gudermés poco antes del alba. Los soldados estaban somnolientos y sorprendidos. No podían creer que el Zar se hubiera tomado tantas molestias por ir a verlos. La mayoría no eran más que unos muchachos con uniforme y se frotaban los ojos como en un cuento de hadas.

Después de pasar revista a las tropas brevemente, tuvimos un encuentro en una tienda con unos treinta oficiales. Allí se notaba una situación reducida a sus rasgos más elementales, como en la Edad de Hierro. La visita de autoridades siempre impresiona, pero nos hallábamos en un lugar donde la autoridad se conquistaba sobre el campo de batalla. La proximidad de la muerte simplificaba mucho la situación; no había sitio para las cortesías. Los hombres observaban a Putin con esa mezcla de deferencia y de ironía que caracteriza la relación de los rusos con el poder. Estaban como a la espera. Un cámara que había hecho el viaje con nosotros filmaba la escena. Era difícil no actuar como turistas. Para celebrar el nuevo año, el comandante de la unidad había propuesto un brindis. Todas las miradas se volvieron hacia el Zar. Cuando tuvo la copa en su mano, Putin hizo una pausa.

—Aguardad un instante —dijo, haciendo circular su mirada vítrea por la concurrencia—, me gustaría beber a la salud de los heridos y dirigir mis mejores deseos a todos los presentes, pero tenemos muchos problemas y muy graves tareas por delante, bien lo sabéis vosotros. Conocéis los planes del enemigo. Nosotros también los conocemos. Sabemos cuáles serán sus provocaciones en el futuro. Y sabemos dónde tendrán lugar. No tenemos derecho a permitirnos ni un segundo de debilidad. Ni un solo segundo. Si bajamos la guardia, los que han muerto habrán muerto en vano. Por eso os sugiero que pongáis vuestros vasos sobre la mesa. Beberemos juntos, pero más adelante.

No había sido idea mía. Tampoco creo que fuera un gesto premeditado. Pero impactó a los que estaban allí presentes como si les hubieran echado un cubo de agua helada por la cabeza. En ese instante, el Zar y los militares se convirtieron en una sola y misma cosa, como una familia en mitad de un incendio, férreamente unida por amor y por orgullo. Luego, rodeado de oficiales, el Zar distribuyó medallas y cuchillos de caza entre los soldados:

—No estáis combatiendo solo para defender el honor y la dignidad del país —les dijo—. Estáis aquí para poner fin a la desintegración de Rusia.

Aquella tarde, en los informativos, los rusos pudieron ver a sus soldados con los ojos humedecidos, determinados y orgullosos como no lo habían estado desde hacía años. Porque al frente de ellos había de nuevo un jefe.

Fue a partir de entonces cuando empecé a sospechar que Putin pertenecía a lo que Stanislavski llamaba la raza de los grandes actores. Mire, hay tres tipos de intérpretes. El primero posee el talento instintivo que, cuando está en forma, logra enfervorecer a su público; pero no en los días malos, cuando se vuelve enfático y cargante. Es el tipo de cómico que puede destruir por sí solo una producción entera. Luego está el actor metódico, el que estudia, que hace ejercicios de respiración, se pasa las noches repitiendo gestos y entonaciones. Con este sucede lo contrario, no causa grandes emociones, pero tampoco decepciona. Hace siempre lo que tiene que hacer y puedes contar con sus invariables clichés en cualquier circunstancia. Putin no es ni uno ni otro. Como todos los grandes políticos, pertenece al tercer tipo: el actor que hace de sí mismo en el escenario, que no necesita actuar porque está tan habitado por el papel que la peripecia de la obra se ha convertido en su propia historia, corre por sus venas. Cuando un director de teatro se topa en sus manos un fenómeno como ese, no tiene que hacer casi nada. Debe limitarse a acompañarlo. Evitar complicarle la vida. Darle algún impulso de vez en cuando, leve. Aquella campaña electoral se desarrolló así. En teoría, yo habría debido ser el director de la obra, el estratega, como decía Boris, que creía que lo era él cuando él ya no era nada. A los mandos ya solo estaba Putin.

Mientras sucedía todo esto, Berezovski seguía viviendo en su mundo de sueños. Acribillaba al Zar a llamadas telefónicas y a peticiones de citas. Se proponía a sí mismo como mediador en Chechenia, como embajador en Europa, como director de campaña en Moscú. No hay nada peor que el virus de la política. Sobre todo cuando ataca a quienes carecen de anticuerpos para poder dominarlo. Boris era un hombre muy inteligente, pero la inteligencia no protege de nada, ni siquiera de la estupidez.

Recuerdo un encuentro en el despacho del Zar, en la Casa Blanca. Berezovski, que llevaba semanas sin ver a Putin, estaba esa vez más inquieto que de costumbre.

—Estamos volviéndonos demasiado negativos, Volodia, demasiado sombríos. De acuerdo, es la guerra, ya sabemos todos que eres un gran general, que nos conducirás a la victoria y, si quieres, haré que te construyan un arco del triunfo. Pero ¿sabes lo que hizo Julio César cuando volvió de la Galia? Se llenó de deudas hasta el cuello para dar a los romanos tres semanas de fiestas. *Panem et circenses*, Volodia, ¿te dice algo eso? Tú no te vas a llenar de deudas porque soy yo quien pagará la factura. Pero ¡démosles algo a esos pobres rusos, si no, en vez de votar, van a tirarse por las ventanas!

En realidad, el que estaba a punto de tirarse por la ventana era él, Berezovski, y el Zar lo sabía muy bien. Necesitaba sentirse indispensable y notaba que, por el contrario, su utilidad disminuía de día en día. La anticampaña que yo había diseñado para Putin no le costaba ni un rublo, mientras que Boris tenía necesidad de acumular préstamos. Quería que recurriéramos a él, a sus televisiones, a su dinero negro, para financiar anuncios publicitarios, vallas con carteles, mítines.

—¡Me han dicho que habéis renunciado hasta a los espacios publicitarios gratuitos de la televisión! Si seguís así, la gente se va a olvidar de que eres candidato, Volodia. Pensará que estás allanando el camino para Luzhkov o para Primakov.

—No seas ridículo, Boris. —Era la primera vez que oía al Zar dirigirse a Berezovski en un tono tan cortante—. Somos el Gobierno. Nuestra campaña es la información, las cosas que hacemos, la historia que escribimos. Nadie cree ya en la publicidad, los hechos son la única publicidad que nos interesa.

Berezovski se retiró como si lo hubiera mordido un escorpión. Por un momento pensé que por fin se había dado cuenta de su error de cálculo. Pero naturalmente me equivocaba. Boris había ido mucho más lejos. Años de apuestas ganadas y de poder ilimitado lo habían engordado como un becerro listo para el matadero. Ya no era capaz de medir correctamente la correlación de fuerzas. En vez de analizar las dinámicas objetivas que se desarrollaban ante sus ojos, había adquirido la costumbre de juzgarlo todo en términos de relaciones personales. Claro que su ayuda había sido importante para el ascenso

del Zar. Y, añadiría yo, Putin no es un ingrato. No es de los que, cuando llegan al poder, recompensan a quienes los han ayudado enviándolos a trabajar en las minas de sal. En esto Berezovski acertaba: el Zar conoce y cultiva el sentido del agradecimiento.

Pero se comporta como un hombre con poder. Le gusta, lo siente y lo necesita. No sé cómo Boris había podido imaginar que, una vez sentado en el trono, el Zar aceptaría compartir el cetro con él. O que toleraría mantener una relación de igual a igual con uno de sus súbditos. Bastaba con observarlo un momento para darse cuenta de ello. Pero precisamente ese era el problema: Berezovski nunca había dedicado ni un segundo a observar a Putin con atención. Lo había conocido como ejecutor silencioso y jamás de los jamases se le había pasado por la cabeza que su impenetrable reserva pudiera ocultar otra cosa que no fuera una naturaleza servicial y desprovista de fantasía.

Es verdad que cada uno de nosotros hace mejor algunas cosas que otras, pero pocas veces he visto una combinación de inteligencia aguda y estupidez abismal como la de Berezovski. Era capaz de crear los sistemas más complejos y de hacer aparecer un tesoro de la nada, como el genio de la lámpara. Pero había cosas que se le escapaban y que eran evidentes hasta para el más insignificante de sus subordinados. En definitiva, creo que estaba tan profundamente concentrado en sí mismo que nunca había tenido tiempo para observar a los demás. Un defecto que acabó por pagar muy caro.

13

El Zar restauró la vertical del poder en Rusia y los votantes se lo agradecieron. Ganamos las elecciones en la primera vuelta, sin necesidad de ir a la segunda. Pero la lucha contra las fuerzas que auguraban la disolución del país no estaba más que en sus inicios, ya que los enemigos más peligrosos se hallaban en nuestro bando. Después de la elección de Putin, Berezovski se mantuvo a la espera. Dejó de agobiar al Kremlin con llamadas telefónicas, a las que nadie contestaba. Uno de sus periodistas criticó el boato de la ceremonia del nombramiento. Otros ironizaron sobre la formación del Gobierno. Pero era otra cosa lo que Boris buscaba y nosotros lo sabíamos: la ocasión de hacerle ver al Zar que era él quien de verdad llevaba las riendas. Y un día esa ocasión se presentó.

A mediados de agosto, Putin abandonó Moscú para irse de vacaciones a Sochi. En esa época, el Zar se contentaba todavía con poco por lo que se refiere a distracciones. No conocía aún a Berlusconi, tampoco se había familiarizado todavía con los Patek Philippe edición limitada ni con los yates de ciento veinte metros de eslora. Unos cuantos días de lujo estatal en la vieja residencia veraniega de los secretarios del PCUS, en compañía de su esposa y de sus hijas, un paseo en barco y, cuando hacía sol, una barbacoa de brochetas de cerdo y esturión eran más que suficientes para satisfacer los gustos sencillos del funcionario que apenas había dejado de ser.

Pero, pocos días después de su llegada a Sochi, la tranquilidad del Zar sufrió una brusca interrupción cuando un submarino nuclear de la Marina rusa naufragó durante unas maniobras en el mar de Barents. A bordo había un centenar de miembros de la tripulación: algunos de ellos murieron en el acto, mientras que el resto estaba atrapado en el fondo del mar. Al principio decidimos guardar el secreto, como se había hecho siempre, pero dos días más tarde, la noticia, no supimos cómo, se filtró.

Berezovski se abalanzó como un oso al acecho en la orilla del río.

La ORT interrumpió su programación para cubrir el suceso de manera continuada. Alquilaron un helicóptero para sobrevolar la zona donde había naufragado el submarino. Fueron a las capitales europeas para entrevistar a expertos que se preguntaban por qué las autoridades rusas rechazaban su apoyo para acudir en ayuda de sus marineros. Conectaron en directo con ingenieros que analizaban las probabilidades de asfixia, con psicólogos que describían la sensación de «claustrofobia» hasta los menores detalles. Y, desde luego, sobre todo con las familias. Fueron a buscar, uno a uno, a cada padre y madre de aquellos infelices que estaban aprisionados en el interior del submarino. Cada *bábushka* tenía su historia desgarradora que contar, cada novia aparecía con un retrato del héroe desaparecido en las profundidades marinas cuando se entregaba a la defensa de la patria: todos los allegados estaban encolerizados contra las autoridades, las cuales al principio habían hecho como si no hubiera ocurrido nada y luego se habían mostrado incapaces de emprender la menor acción de salvamento.

¡Se estaban ahogando allá abajo! ¡Nuestros muchachos estaban muriendo asfixiados! Un solo grito angustioso se elevaba desde las entrañas del pueblo ruso. O al menos eso era lo que daba a entender la televisión de Berezovski. ¿Y dónde estaba el Zar mientras todo eso ocurría? ¡En el mar Negro, de vacaciones! ¡Haciendo esquí acuático! Un inepto. Un monstruo. Los comentaristas no se andaban con rodeos. Por primera vez, la indiferencia del Zar, que tanto había contribuido a su popularidad, aparecía como un rasgo negativo, inhumano.

Salí corriendo hacia Sochi en cuanto me fue posible. En un primer momento, tampoco para mí estaba claro por qué Putin no había ido aún a ocupar su puesto.

—¿Qué quieres que haga? —me respondió—. Están todos muertos, es evidente. No podemos decirlo porque todavía no hemos conseguido llegar hasta ellos, pero no hay duda de que es así. Todo el circo de Berezovski no es más que eso: un circo.

Desde luego, estaba en lo cierto. Boris había montado la carpa, colocado las gradas y esperaba ahora que Putin bajara a la pista a exhibirse. El Zar, que no soportaba la idea de verse en el lugar de la fiera amaestrada, no quería darle ese gusto. «Decid que no quiero interferir en las operaciones de salvamento», había ordenado a su portavoz. Y esa era la versión que estábamos obligados a repetir en el

exterior. Pero no funcionaba; era un argumento racional en plena explosión de histeria, ¿cómo Putin no se daba cuenta de ello?

Una noche, debía de ser el segundo o tercer día desde el inicio de la crisis, estábamos pendientes del telediario. El Zar ponía todo su empeño en seguir el telediario incluso en épocas normales, pero durante aquellos días no se perdía ni uno. Después de que pasaran los habituales reportajes sobre la impotencia de la Marina, la ausencia de Putin, el desconcierto de los extranjeros y la desesperación de las familias, el presentador se volvió hacia la cámara y dijo: «Dado que las autoridades no hacen nada, la ORT ha decidido organizar una suscripción para las familias de los marineros. Llamen a este número si quieren ayudar a los padres de los héroes abandonados a su suerte por el Estado ruso». Entonces Putin explotó.

—¿Te das cuenta, Vadia? Los que han destruido el Estado durante diez años, que lo han robado todo, que han puesto al ejército en la calle, ¡tienen ahora la desfachatez de organizar colectas para las familias de las víctimas! ¡Colectas! ¡Más les valdría a esos cabrones vender sus chalets de Saint-Moritz! ¡Ponme con ese hijo de puta, llámalo a su móvil!

No hubo ninguna necesidad de precisar a quién se estaba refiriendo. Por un momento, Berezovski escuchó en silencio al Zar descargar contra él toda su indignación. Me lo estaba figurando: repanchingado en una hamaca al borde de su piscina, con la expresión de un gato persa particularmente ufano fijada en el rostro. Luego le preguntó:

—Pero, Volodia, dime solo una cosa: ¿por qué estás a orillas del mar Negro? Deberías estar en tu puesto, coordinando las operaciones. O al menos en Moscú.

Cegado por la cólera, el Zar le replicó sin pensárselo:

—¿Y tú por qué estás en la Costa Azul, Boris?

—¡Por Dios, Volodia, yo no soy el presidente, a todo el mundo se la suda dónde esté yo!

Tenía toda la razón. Pero, como suele suceder, eso no mejoró su posición.

—Boris, ¿no te das cuenta de que tu cadena está sacando en directo a putas a las que pagamos para que hagan de madres y hermanas de los marineros? ¿Eres la televisión del Estado y estás conspirando contra la presidencia? ¿Es que has perdido la cabeza?

Al otro lado del hilo, Berezovski también se empezaba a enervar.

—¿Pero de qué hablas, Volodia? ¡No son actrices, son sus verdaderas mujeres! ¡Si hubieras ido a verlas en vez de escuchar a tus esbirros del FSB, lo sabrías!

La conversación continuó en ese registro un rato más, luego Boris finalmente cambió el tono: le aseguró a Putin que si decidiera encontrarse con los padres de los marineros, la ORT le garantizaba una cobertura favorable.

Para el Zar, la idea de que Berezovski le dictara su conducta era algo intolerable. Pero ¿qué podía hacer si no en ese momento? De pronto, era como si también él yaciera en aquel sarcófago de acero en el fondo del mar. Y como si la única persona capaz de subirlo a la superficie fuese Boris.

Cuando colgó, el rostro del Zar parecía una máscara de cera.

—Volvamos a Moscú y organicemos ese jodido encuentro —murmuró—. Luego, cuando hayamos salido de este berenjenal, nos ocuparemos de tu amigo.

14

Entre los relatos del frente de Isaak Bábel hay uno que se titula «Mi primera oca». Cuenta la historia del primer día de un joven judío en el Ejército Rojo durante la campaña de 1920. Recién llegado, sus compañeros de regimiento, unos cosacos analfabetos, empiezan a tomarla con él por el hecho de llevar gafas y tener un cierto aire intelectual. Uno de ellos se levanta sin decir ni mu, coge su maleta y la arroja en mitad de la calle, luego se da la vuelta y se burla estentóreamente. ¿Qué hace entonces el joven judío? Ni lloriquea ni protesta, sino que, viendo que aparece por allí una oca moviéndose tan tranquila, la atrapa con rapidez, le aplasta la cabeza con la bota y luego la empala con su sable y se la lleva a la cocinera, que se había negado a servirle la cena. «Cocíname esto», le dice. A partir de ese momento, evidentemente, los cosacos lo acogen como uno más de los suyos. Puede que el joven judío lleve gafas, pero en el fondo es un tipo con arrojo que se sabe hacer respetar.

Pues bien, Berezovski fue mi primera oca. Yo provenía del teatro, mi padre era un intelectual y debía hacer comprender a los cosacos que no era un mequetrefe. Quitarle la televisión fue la cosa más sencilla del mundo. Berezovski no tenía la mayoría, solo el cuarenta y nueve por ciento. El resto pertenecía al Estado. Bastó con llamar al director general de la ORT y decirle que, en adelante, recibiría las directrices desde el Kremlin y ya no desde los salones de la mansión Logovaz.

—Un gesto más bien brutal.

—Bah, no tanto. ¿No suele decirse que la piedad del verdugo consiste en la precisión de su golpe? Pero la verdad es que Boris no se lo tomó muy bien. De un día para otro, los directores de su televisión dejan de ponerse al teléfono. Su periodista preferido es despedido de inmediato. Incluso las gogós que animan la mansión-club de la

Novokuznetskaia dejan de salir en televisión. Berezovski se volvió loco. Empezó a hostigar a todo el mundo con invectivas furibundas. Y como Putin no le contestaba, me llamaba a mí y se desahogaba acusándome de tal o cual fechoría, incluso de aquellas que yo ni siquiera había cometido.

Todo eso era normal. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en su lugar. Pero Berezovski no era cualquiera. Por eso, en lugar de aceptar la derrota, incurrió en un error fatal: convocó una rueda de prensa para denunciar el abuso de poder y el riesgo de una vuelta al autoritarismo en Rusia. Se presentó ante las cámaras de televisión cotorreando sobre la libertad de prensa y los derechos violados, como si fuese Solzhenitsyn. Entonces, la gente lo tomó por lo que era. Un especulador sin escrúpulos que se aferraba al poder amenazado por la ascensión de Zar.

Berezovski era muy brillante, pero no había estudiado historia. Si lo hubiera hecho, habría entendido que, al contrario que las leyes de la naturaleza, las reglas del poder cambian. El ascenso al poder de los oligarcas se había producido durante esa especie de entreacto feudal que había seguido a la caída del régimen soviético. Boris y los otros se habían convertido entonces en las columnas de un sistema en el que, en esencia, el poder del Kremlin dependía de ellos, de su dinero, de sus periódicos, de su televisión. Cuando decidieron apostar por Putin, los oligarcas pensaban simplemente que cambiaban de representante, no que cambiaran de sistema. Habían elegido al Zar como un simple suceso, pero ahora lo que empezaba a suceder era una nueva época. Una época en la que su papel iba a ser revisado.

Quien conociera Rusia sabía que entre nosotros el poder está sujeto a periódicos movimientos telúricos. Antes de que se produzcan, se puede tratar de guiar su curso. Pero, una vez que han tenido lugar, todos los engranajes de la sociedad se reposicionan en consecuencia, según una lógica tan silenciosa como implacable. Rebelarse contra esos movimientos es tan inútil como lo sería oponerse a la rotación de la Tierra alrededor del Sol.

No solo a Berezovski, sino también a todos los oligarcas les gustaba presentarse como los pilares de la democracia y esperaban que la gente levantara barricadas en su defensa. Pero sobreestimaban su popularidad. En cambio, nosotros sí conocíamos la nuestra. Relea a Aristóteles: el primer gesto del demagogo, una vez llegado al poder, es

el destierro de los oligarcas. La gente veía a Boris y a sus colegas como unos parásitos que habían acaparado el inmenso patrimonio de la Unión Soviética a base de martillazos en los dientes. Y luego, una vez lograda su montaña de dinero, se habían quitado sus chalecos antibalas, se habían puestos sus trajes a medida y habían proclamado que los martillazos seguirían, pero en adelante con el *fair play* de la Cámara de los Lores. En el fondo, no es de extrañar que muchos de ellos se exiliaran a Londres. Allí fue donde se marchó Berezovski cuando finalmente comprendió la magnitud de sus errores de cálculo.

Poco antes de su partida fui a verlo por última vez a la mansión Logovaz. El Zar me había rogado que le hiciera saber que siempre lo consideraría un amigo. «Hazle entender que debe mantenerse al margen de la política de una vez por todas —me había dicho—. En lo que a mí concierne, si lo hace, puede quedarse tranquilamente en Moscú llevando sus negocios. O puede irse al otro extremo del mundo. Pero si se mete en política, siempre nos encontrará en su camino.»

Pocas cosas hay más tristes que los lugares de poder abandonados, donde los fantasmas del pasado son más fuertes que los hombres de carne y hueso obstinados en habitarlos. En la mansión Logovaz me hallé frente a un Berezovski ya prácticamente solo. Aunque me esforcé en transmitirle el mensaje del Zar en términos amigables, él no se lo tomó nada bien. Al principio intentó contenerse, pero a medida que avanzábamos en la conversación daba más rienda suelta a la rabia que había acumulado en los últimos años.

—Vadia, Putin es un chequista de los más feroces, de los que ni fuman ni beben. Esos son los peores, porque sus vicios están ocultos. Pondrá a Rusia bajo grilletes. Todo lo que hemos hecho en los últimos tiempos para que sea un país normal será barrido de un plumazo. Incluso tú, Vadia, tarde o temprano. De hecho, ya te han puesto el collar, eres el caniche del chequista. Es evidente que, como tu padre, llevas la sumisión en la sangre. ¿Aristócratas? ¡Los que son como vosotros sois siervos desde hace generaciones!

Sus palabras resbalaban sobre mí sin dejar rastro, como el riachuelo de montaña fluye por la roca. Pensaba livianamente que Custine le habría dado la razón, lástima que Boris nunca lo hubiera leído, le habría sido muy útil. Proseguía y se contradecía.

—Pero no os dejarán hacerlo, Vadia. Están los europeos, los

norteamericanos. Los rusos han conocido la democracia por primera vez. Estallará la guerra civil...

Al decir lo de la guerra civil, he de confesar que me dieron ganas de reír: como dijo aquel diplomático francés, la ventaja de la guerra civil sobre cualquier otra es que uno puede ir a comer a casa.

—¡Vale, Vadia, ríete! —Boris estaba cada vez más trastornado—. Estáis construyendo un régimen peor que la Unión Soviética. Por lo menos en aquella época la ferocidad de los perros de presa del KGB estaba controlada por los miembros del Partido. Ahora, el Partido no existe y los chequistas han tomado el poder directamente. ¿Quién pondrá freno a su arrogancia, a sus ansias, a su profunda estupidez? ¿Tú, Vadia? ¿O tal vez alguno de tus amigos teatreros? ¡El KGB sin el Partido Comunista no es más que una banda de ladrones!

Apenas pude contenerme para no recordarle a Berezovski nuestro primer encuentro con Putin en la Lubianka ni la desenvoltura con la que él mismo fue a pescar al sucesor de Yeltsin en los meandros de aquella siniestra mazmorra. Sus insultos me eran indiferentes, pero he de admitir que su implacable mala fe empezaba a sacarme de quicio.

—Afortunadamente existen los medios de comunicación, la prensa. Se han acostumbrado a la libertad y no se la dejarán arrebatar así como así, créeme.

—¡Venga ya, Boris! ¿Pero no eras tú quien decía que los periodistas se compran con calderilla? ¿No decías que son criados a los que les permites sentarse a tu mesa, que te tomas la molestia de leer uno o dos de sus editoriales y se te entregan y envanecen como un pavo real? Pero tal vez me equivoque, Boris, y ese no fueras tú.

No tendría que haberlo hecho, lo sé. Pero la paciencia tiene un límite. Boris se quedó callado súbitamente, como si hubiera visto a un fantasma. Era su propio reflejo, el espectro de los Berezovski del pasado. Era obvio que él también lo sabía, no había necesidad de insistir.

Me observó con tristeza. Había envejecido de repente. Su época había acabado y ya no volvería. Podía conservar su dinero, eso sí. Iba a convertirse en uno de esos ricos a los que se finge escuchar porque pagan la cuenta al final de la cena, pero nada más. Sus opiniones no tendrían ya ninguna influencia en el curso de los acontecimientos.

—Bravo, Vadia, ya eres uno de ellos. ¿Has guardado algunas grabaciones para hacerme caer? ¿Se las has pasado al Zar, como

habría hecho Sechin? Las cosas te han ido bien hasta ahora; el único problema es que tú no eres como ellos y no lo serás nunca. —La voz de Berezovski había mudado en un silbido de odio—. Son bestias feroces, Vadia. Vienen de la nada, se han abierto camino a garrotazos, sin reglas, sin límites. Tienen hambre, un hambre atávica. Han sido humillados, proceden de siglos de humillación. Deben apoderarse de todo, enseguida, porque saben muy bien que la rueda de la vida sigue girando. Pero tú de eso no sabes nada, porque para la gente como tú la rueda no gira nunca.

—Es posible, Boris, no lo sé. Lo que sé es que Rusia siempre se hace así, a hachazos.

Berezovski me dirigió finalmente una media sonrisa. El número había terminado, él era el primero en saberlo. No le quedaba otra cosa que hacer que levantarse y marcharse. Había en él cierta dignidad melancólica de viejo actor obligado a retirarse. Al menos eso fue lo que pensé al salir por última vez de la mansión Logovaz.

15

La política es un curioso oficio. Para hacer carrera en ella tienes que estar muy pegado al suelo. Interpretar las aspiraciones del ama de casa, del ferroviario, del pequeño comerciante. Además, cuando llegas a la cima, te lanza al escenario global. De repente, los líderes de mundo se convierten en tus pares. Estos ya han formado un círculo, porque están en ello desde hace muchos años, han tenido tiempo para conocerse y aprender sus códigos básicos. Tú, en cambio, no eres más que un principiante empujado al escenario en una representación por sorpresa. En el país del que usted procede, puede ser respetado o temido, pero aquí no eres más que el último en llegar. Tienes que empezar de cero, aprenderlo todo otra vez, desde la manera de andar y el modo de saludar. Las reuniones del G8, las asambleas de la ONU, los foros de Davos: cada ocasión tiene sus rituales. Tus nuevos amigos se muestran afables, cada uno de ellos parece ansioso por estrecharte la mano. Pero no hay que hacerse ilusiones. Cada uno de ellos tiene un plan para joderte.

Cuando Berezovski volaba hacia Londres, nosotros íbamos en dirección contraria: primero Tokio, luego Nueva York. En el JFK, nuestro embajador en las Naciones Unidas nos recibió al pie de la escalerilla con un pequeño cortejo de coches y de SUV negros, precedidos por un coche de policía. Fuera del aeropuerto, avanzábamos como caracoles, parándonos en todos los semáforos; de vez en cuando sonaba la sirena cuando algún conductor distraído se metía en el convoy. No había allí ni rastro de la supremacía hierática que distingue al poder en Moscú. Al llegar al Waldorf Astoria, nos dimos cuenta de que el hotel recibía a otras delegaciones además de la nuestra. El protocolo del Kremlin había reservado una veintena de habitaciones, pero encima de nosotros los saudíes ocupaban los tres últimos pisos con un lujo imperial.

La semana de la Asamblea General de la ONU es una orgía de poder, pero también un baño de humildad. Esos días, personas

habituadas a la satisfacción inmediata de sus deseos aprenden de nuevo las virtudes de la paciencia: los cortejos de coches blindados y de guardaespaldas crean unos embotellamientos interminables en la Segunda Avenida; las delegaciones cargadas de testosterona chocan en los pasillos a rebosar del edificio del Secretariado; los jefes de Gobierno, acostumbrados a los salones dorados, se apretujan detrás de biombos provisionales para llevar a cabo negociaciones de enorme transcendencia. Y en medio de todo eso, evidentemente, los norteamericanos siempre encuentran el modo de hacerte sentir su superioridad. Un día, estábamos saliendo del hotel para ir a la CNN cuando el agente del servicio secreto asignado a nuestra delegación nos obligó a todos a detenernos. «Es como en el Freeze[1]—nos explicó —: cuando el presidente de Estados Unidos se mueve, nadie más tiene derecho a dar un paso.» Nunca olvidaré la expresión del Zar mientras esperaba en la acera que nuestro convoy recibiera la autorización de ponerse de nuevo en marcha. Luego, cuando llegamos al estudio de televisión, nos recibió una especie de saltimbanqui con cara familiar, camisa rosa y tirantes negros. Frente a Larry King, el Zar parecía vestido de primera comunión.

—¿Qué hace un espía? —le preguntó el tipo durante la emisión.

—Nada muy diferente de lo que hace un periodista —le respondió Putin—. Se trata de reunir información, sintetizarla y presentársela a quien debe usarla para tomar una decisión.

—¿Y le gusta hacerlo?

—Yo diría que sí, trabajar en la información me ha permitido tener una visión más amplia y desarrollar algunas cualidades en el trato con la gente. He aprendido a diferenciar lo prioritario de lo que es menos importante y, desde esta perspectiva, eso me fue muy útil.

—¡Perfecto! Estaremos de vuelta con el presidente Putin en *Larry King Live* después de esta pausa publicitaria, ¡no se vayan!

En esa época, todavía nos tomábamos todo muy en serio, pero Nueva York es una feria de tal calibre que nos dejamos llevar un poco. Siempre me había dado la impresión de que Manhattan era el tablero de un juego de mesa en el que los participantes van y vienen en metro, en taxis amarillos o en *towncars* negros, según sea el nivel al que accedan en el juego. Ciudad desprovista de prudencia, volcada a la repetición infinita, pero repleta de energía. Nuestro cortejo no tenía

la majestuosidad moscovita, pero tenía un aspecto magnífico. Pasábamos de la inauguración de una exposición a una cena de gala. Y allí donde íbamos éramos recibidos con esa expansiva cordialidad estadounidense bajo la que se percibe, casi siempre, una sutil condescendencia.

La cumbre con Clinton se desarrolló más o menos de esa manera. El presidente tuvo la amabilidad de ir a nuestro encuentro en el Waldorf Astoria. Se presentó con ese aire de veterano curtido, con su legendario apretón de manos, sus dos manos atrapando la tuya como una boa constrictor, la voz ronca y la sonrisa espléndida de un ganadero del Medio Oeste que, al caer la noche, contaría las historias de su vida al calor del fuego. Pero sabíamos que detrás de esa apariencia rústica se ocultaba un mecanismo sofisticado e implacable. El Clinton estudiante superdotado de Yale y de Oxford, el Clinton gobernador más joven de Estados Unidos, el Clinton animal político que sobrevive a cualquier escándalo y acaba siempre venciendo a sus adversarios. Sobre todo, el Clinton presidente que había gestionado con mano de hierro el desmantelamiento del Imperio soviético, llevándose la mitad de Europa sin hacer concesiones, ampliando la OTAN casi hasta nuestras fronteras y dejando que los buitres despedazaran, trozo a trozo, lo que quedaba de nuestro sistema productivo.

Sin embargo, cometió un error desde el primer encuentro. Le preguntó al Zar por Yeltsin, su viejo amigo Boris. No se dio cuenta de que, al hacerlo, reactivaba el recuerdo de una humillación que jamás podría digerir ninguno de nosotros. Como ya le he dicho en otra ocasión, los rusos están acostumbrados al sacrificio, pero también al respeto. A lo largo de nuestra historia, nuestros soberanos siempre han sido tratados como grandes figuras mundiales y nadie ha podido imponer jamás una superioridad por encima de ellos. Cuando Roosevelt se reunía con Stalin o, a lo largo de las siguientes décadas, Nixon con Brézhnev o Reagan con Gorbachov, se enfrentaban dos grandes potencias y a nadie se le habría ocurrido nunca pensar lo contrario. Desde la caída del Muro, la cosa se volvió más difícil para nosotros. Sin embargo, las formas, el respeto por las formas, nos podría haber salvado. Pero Yeltsin cayó en la trampa de la afabilidad clintoniana y estaba convencido de haber hallado en él a un amigo. O en todo caso a un aliado muy dispuesto a volver a poner a Rusia de

nuevo en pie. Entonces bajó la guardia. Y de apretón de manos y palmadita en la espalda se pasó a aquella secuencia terrible que está impresa en la retina de cada ruso como un gesto infamante.

Trate de imaginar la escena: un día de otoño, también en Nueva York. El presidente norteamericano y el presidente ruso acaban de firmar un acuerdo bilateral en la biblioteca Franklin D. Roosevelt y han salido al exterior para hacer una declaración a la prensa. Columnas neoclásicas, banderas, guardia presidencial con uniforme de gala y, a los pies de la tribuna, dos calabazas en rememoración de esa fiesta bárbara que, como es habitual, los norteamericanos han logrado infligir al mundo. Clinton toma brevemente la palabra y luego se la cede a Yeltsin, que empieza a arengar a la muchedumbre, visiblemente borracho. Mientras resuena la voz de nuestro presidente, Clinton estalla en carcajadas. Es algo inusual, pero no grave, el hombre más poderoso del planeta también puede echarse a reír. El problema es que Clinton no para de hacerlo. No consigue evitarlo: el viejo oso, tambaleante, ridículo, le hace literalmente desternillarse. Clinton, con lágrimas en los ojos y la cara roja, está en pleno descojone. Pegados al televisor, los rusos le imploramos interiormente que pare. Sabemos cómo es Yeltsin, sus hábitos, sus debilidades. Pero es el presidente de la Federación Rusa, qué diablos, ¡el Estado más vasto del planeta, una superpotencia nuclear! Ni por esas. Clinton ya no puede controlarse. Ahora también él se tambalea, da grandes palmadas en los hombros de Yeltsin, quien, más que borracho, parece ligeramente avergonzado. Una nación entera, ciento cincuenta millones de rusos, se hunde en el bochorno bajo el peso del ataque de risa del presidente norteamericano.

Esa escena es la que se le apareció al Zar cuando Clinton le preguntó por el viejo Boris. Entonces, le hizo comprender de inmediato que con él sería diferente. Nada de palmadas en la espalda ni de carcajadas. Clinton se llevó una decepción, evidentemente. Se pensaba que en adelante todos los presidentes rusos serían unos porteros de hotel bonachones, guardianes de las mayores reservas de gas del planeta en nombre de multinacionales estadounidenses. Por una vez, él y sus asesores se fueron un poco menos sonrientes que cuando habían llegado. ¿Pero qué se esperaban?

—Si los caníbales tomaran el poder en Moscú —se desahogó el Zar en el vuelo de vuelta—, Estados Unidos los reconocerían

inmediatamente como un Gobierno legítimo mientras no tocaran sus intereses y siguieran tratándolos como patrones. El problema es que creen haber ganado la guerra fría, ¿comprendes? Pero es que la Unión Soviética no la perdió. La guerra fría se detuvo porque el pueblo ruso puso fin a un régimen que lo oprimía. Nosotros no hemos sido vencidos, nos hemos liberado de una dictadura, que no es lo mismo. Es verdad que también los occidentales han contribuido a la democratización de la Europa del Este, pero no deberían olvidar que la mayor contribución la aportaron los rusos. Fuimos nosotros los que hicimos caer el muro de Berlín, no lo derribaron ellos. Nosotros disolvimos el Pacto de Varsovia, nosotros tendimos la mano hacia ellos en señal de paz, no de rendición. Estaría bien que lo recordaran de vez en cuando.

16

A mi regreso de Estados Unidos, decidí tomarme una noche libre. No es que tuviera mucho tiempo para mí en aquella época, pero a veces me daba por frecuentar de tarde en tarde el ambiente de los artistas moscovitas que había dejado cuando empecé a trabajar con el Zar. Tan irritantes como pueden ser los tics nerviosos, ellos seguían dándose importancia, pero su júbilo sobreactuado constituía un agradable paréntesis con respecto a la rapaz vigilancia constante de mis colegas del Kremlin. Había especialmente entre ellos un personaje que exhibía toda la afectación de un gran escritor sin haberse molestado jamás en producir obras a la altura. Limónov, así se llamaba: Eduard Limónov. Después de haber pasado numerosos años en Estados Unidos y en París, había vuelto a Moscú con ideas combativas. Guardaba hacia Occidente un enorme rencor alimentado por las humillaciones, principalmente de carácter económico, que había sufrido durante su prolongada estancia en esos países. Al principio de los años noventa, había creado el Partido Nacional-Bolchevique. Nadie sabía si se trataba de una operación política o de una performance artística, pero ya desde su nombre lo que parecía claro era el deseo de generar el mayor caos posible. Liberado desde hacía tiempo de los tediosos encantos de la respetabilidad que todavía aprisionaban a gente como yo, Eduard había obtenido a cambio el acceso a una gama infinita de placeres más intensos, que compartía con su círculo de amigos con la generosidad de un pachá de Oriente Medio. Siempre estaba rodeado de una banda de personajes inverosímiles a quienes llamaba «mi vanguardia revolucionaria».

—Búrlate si quieres, Vadia, pero estoy creando un ejército —me repetía—. El problema no son los soldados, no son difíciles de encontrar, la gente está muy desesperada. El problema son los comisarios del pueblo, gente capaz de hacer propaganda y hablarles a las masas. En este estadio de la lucha, ellos son el ejército estratégico, los propagadores de la ideología, los multiplicadores de la revolución

nacional-bolchevique. Pero no te preocupes, Vadia, cuando tomemos el poder, conservarás tu despacho en el Kremlin: un honrado profesional de la propaganda como tú siempre puede ser útil...

Aquella noche, Eduard me había citado en el «317», un falso pub irlandés cerca de la Casa Blanca que había convertido en su cuartel general. Para llegar hasta allí había que abrirse paso entre decenas de motos aparcadas en el exterior y, una vez dentro, era como sumergirse en un ambiente a lo *Mad Max*, donde los *bikers* neofascistas se codeaban con intelectuales anarquistas, punks y extravagantes criaturas de sexo femenino que se atrevían a aventurarse por esos lares.

Cuando llegué, Limónov estaba ya sentado en un rincón con una botella de vodka medio vacía sobre la mesa: la velada prometía.

—¿Sabes cuál fue el principio del fin, Vadia?

A Eduard le gustaba entrar en materia con teatralidad.

—No, Eduard, pero, por favor, ilústrame.

—Richelieu, Vadia. El cardenal de *Los tres mosqueteros* existió de verdad, como sabes.

—Sí, Eduard, te recuerdo que no estás hablando con uno de tus *skinheads* descerebrados.

—Sí, bueno, de acuerdo, lo que quería decir es que fue él quien prohibió los duelos. Hizo una ley que impedía que dos machos adultos se retaran a sablazos, ¿qué te parece? El hombre occidental nunca se ha recuperado de eso. De ahí a la baja por paternidad no hay más que un paso.

Limónov consideraba la baja por paternidad, recientemente introducida en algunos países europeos, como el colmo de la abyección, el símbolo de una existencia desoladora de animales domésticos.

—Ven la televisión, aparcan su coche, tienen un trabajo descansado y absolutamente aburrido. Unas cuantas décadas así, uno o dos préstamos, vacaciones a la orilla del mar y su vida se habrá terminado antes, incluso, de que se den cuenta, una vida desperdiciada en su integridad, el único crimen verdaderamente imperdonable.

No me eran desconocidos los argumentos de Eduard, los repetía una y otra vez en sus libros, en sus entrevistas, en sus arengas a los miembros de su vanguardia revolucionaria. Pero aquella noche su

curiosidad se centraba en nuestro viaje a Nueva York, del que había leído algunos artículos en la prensa.

—¿Qué tal el paseo?

Traté de evitar la conversación, no tenía demasiadas ganas de discutir de política internacional con Eduard.

—¡Bah! Ya sabes cómo es aquello. Una continua diversión, diría yo.

—Nueva York es divertida. Basta con evitar a los norteamericanos.

Me eché a reír, pero, como de costumbre, él hablaba en serio. Por mucho que destripara paradoja tras paradoja, Limónov nunca bromeaba, era una de sus características.

—¿Te llevaron a una de esas cenas? Todos los tíos han estudiado en Princeton o en Yale, las tías en Vassar o en Brown. Tienen todos hijos de la misma edad, que van a los mismos colegios. Los tíos trabajan en un banco *downtown*, las tías van de compras a Barney's. Todos tienen una casa de verano en los Hamptons y una de invierno en Palm Beach. Si acabas en una de esas mesas, la única opción razonable es el cianuro. Cuando era más joven, al menos podía tratar de tirarme a una de esas esposas rubitas en el cuarto de baño. Pero ahora no me queda más que el cianuro. Afortunadamente ya no me invitan a esas cenas.

—Qué quieres que te diga, colega, es el discreto encanto de la burguesía. Pasa igual en todas partes.

—No, Vadia, Estados Unidos ha destruido la burguesía.

El ideólogo supremo del Partido Nacional-Bolchevique había adoptado una expresión de profunda tristeza para deplorar la desaparición de la burguesía anglosajona.

—La burguesía por lo menos tenía valores. Esa gente, en cambio, no cree más que en los números. Lo más divertido es que ni siquiera se conocen entre ellos, son el resultado de una lotería que se renueva de generación en generación: inteligentes, ambiciosos, con el culto al trabajo y a la información exacta, aburridos como ratas muertas. El problema no es el imperialismo de Estados Unidos. No estoy contra ellos por lo que le hicieron a Allende y gilipolleces por el estilo. El ejercicio de un poder, incluso violento, forma parte de la naturaleza de cualquier imperio y, a fin de cuentas, no es peor que tantos otros que ha habido antes, incluidos nuestros zarévich blancos y rojos. El

problema es el contenido de la cultura norteamericana. Una descivilización que ha hecho imposible la verdadera grandeza a cambio de garantizar un Happy Meal a todo el mundo.

Eduard se interrumpió un instante para darle una buena dentellada a la hamburguesa que había pedido, sin que eso contradijera su argumento lo más mínimo.

—Lo interesante es que la gente como tú piensa que es un modelo a seguir. Pero la realidad es que los estadounidenses son unos zombis; no hay peor pecado, Vadia, que dilapidar tu vida. Ni siquiera se les pasa por la cabeza la idea de que el fin de la existencia humana tal vez no sea vivir con la mayor comodidad o el mayor tiempo posible. Cuando vi que Yeltsin tomaba ese camino y quería transformar Rusia en una sucursal *low cost* del hospicio estadounidense, decidí fundar el Partido Nacional-Bolchevique. ¿Y sabes por qué lo llamé así? Para joderos, para concentrar en un solo hombre todo lo que para vosotros es el mal, todas las ideas que amenazan al pequeño consumidor satisfecho al que habéis reducido al ser humano.

—«Las pasiones hacen vivir al hombre, la sabiduría tan solo lo hace durar.»

Limónov me miró de reojo. No le gustaba que lo interrumpieran, y menos por antiguas citas que banalizaban sus iluminaciones.

—Así es —prosiguió—. En el Partido Nacional-Bolchevique hemos congregado a exestalinistas, extrotskistas, homosexuales, *skinheads*, anarquistas, punks, artistas conceptuales, fanáticos religiosos, budistas y ortodoxos. Cuando organizamos nuestro primer congreso, lo más complicado fue cómo colocarlos en la sala de modo que no se turnaran para partirse la cabeza unos a otros. La verdad es que no sé cómo lo hicimos...

Eduard se echó a reír. Luego, con ayuda de un vaso rebosante de vodka, recuperó la seriedad.

—No es la ideología lo que los une, Vadia, es el estilo de vida. ¿Crees que el programa les interesa en lo más mínimo? Lo que esos jóvenes quieren es huir de la banalidad, del aburrimiento. Hay una chispa de heroísmo en cada uno de ellos que solo espera ser avivada. La Tercera Roma, la Rusia imperial, Stalingrado, ¡qué más da! Lo esencial es apelar a algo grande. Si quieren subsistir, los pueblos deben creer que la salvación del mundo depende de ellos y solo de ellos, ¡que existen para mantenerse a la cabeza de las demás naciones!

Los occidentales quieren vernos de rodillas. Han adorado a Gorbachov y a Yeltsin. Fingirán que os adoran también a vosotros, Vadia, siempre y cuando sigáis comportándoos como siervos. Mientras tanto, os desplumarán.

Aquella noche me cuidé mucho de decir a Limónov que sus elucubraciones coincidían, al menos en parte, con nuestra experiencia. La cosa, francamente, me empezaba a preocupar. Siempre había considerado a Eduard como un sociópata brillante, carente por completo de sentido político. Machacaba con los mismos conceptos desde hacía un montón de años bajo la mirada divertida de sus amigos. *Épater le bourgeois*, llamar la atención, pasmar a las chicas guapas que revoloteaban siempre a su alrededor y cosas así nos parecían los únicos objetivos de sus peroratas. Ahora, empezaba a verle un sentido diferente a sus vuelos líricos. Desde luego, no había llegado al extremo de darle la razón. Pero, por primera vez, sus argumentos se me revelaban tal cual eran. No el fruto de un análisis riguroso, sino una intuición que ciertamente no había que tomar a la ligera, pese a las payasadas de Limónov. Quizá la fervorosa imitación de Occidente a la que nos habíamos lanzado a finales de los años ochenta no era el buen camino. Quizá había llegado el momento de ir por otra vía.

17

Era esa hora de la noche en que la muerte entra en el mundo y, mientras recorría los largos pasillos blancos del Kremlin, tenía la sensación de encontrarme en el único lugar de toda Rusia que no estaba sumido en las tinieblas. El palacio del Senado, donde se halla el despacho de Putin, no tiene la magnitud heladora del de los zares. Aquí el poder no se dispersa diluyéndose por los espejos de salones inútiles, sino que se concentra y ejecuta. Por eso Lenin lo había convertido en la sede de su Gobierno y desde sus pequeñas salas, amuebladas con un gusto somero, se había decidido el destino del país más vasto de la tierra. Al llegar a la antecámara del presidente, dirigí el habitual saludo mudo a los retratos de los zares que adornaban las paredes y a la estatua del samurái japonés que Putin había elegido para acompañar a los jóvenes de carne y hueso de su guardia personal. El jefe de la secretaría particular me hizo un gesto para que pasara, el presidente me esperaba. Cuando entré en el despacho, estaba sentado detrás de su escritorio en vez de en el sofá que escogía habitualmente para nuestras conversaciones privadas. Muy mala señal. La gran lámpara de araña de bronce estaba apagada. Tan solo la pequeña lámpara de mesa iluminaba el despacho del Zar, creando una atmósfera de estudiado recogimiento. Me senté en uno de los dos incómodos sillones que había enfrente del escritorio de Putin.

El Zar leía un documento y permaneció en silencio unos minutos. Luego, sin apartar los ojos del papel que tenía delante, dijo:

—¿Dónde está mi índice de popularidad, Vadia?

—Alrededor del sesenta por ciento, presidente.

—Bien. ¿Y sabes quién está por encima de mí?

—Nadie, presidente. El rival más cercano está en torno al doce por ciento.

—Eso no es verdad, Vadia. Mira bien, hay un líder ruso que es más popular que yo.

No entendía adónde quería ir a parar.

—Stalin. El Padrecito es, hoy en día, más popular que yo. Si estuviéramos frente a frente en las elecciones, me haría pedazos.

La cara del Zar había adoptado la consistencia mineral que ya había aprendido a reconocerle. Me abstuve de hacer el menor comentario.

—Vosotros, los intelectuales, estáis convencidos de que es porque la gente ha olvidado. Según vosotros, la gente no se acuerda de las purgas, de las masacres. Por eso seguís publicando artículo tras artículo, libro tras libro a propósito de 1937, de los gulags, de las víctimas del estalinismo. Pensáis que Stalin es popular a pesar de las matanzas. Pues bien, os equivocáis, él es popular *gracias a* las matanzas. Porque él al menos sabía cómo tratar a los ladrones y a los traidores.

El Zar hizo una pausa.

—¿Sabes lo que hace Stalin cuando los trenes soviéticos empiezan a tener una serie de accidentes?

—No.

—Manda detener a Von Meck, el director de los ferrocarriles, y lo hace fusilar por sabotaje. Eso no resuelve el problema de los ferrocarriles, es más, puede incluso agravarlo. Pero es un desahogo de la ira acumulada. Sucede lo mismo cada vez que el sistema no está a la altura. Cuando la carne empieza a faltar, Stalin ordena arrestar al comisario del pueblo para la agricultura, Chérnov, lo manda ante un tribunal y, como por arte de magia, el tipo va y confiesa que es él quien ha hecho sacrificar miles de vacas y cerdos para desestabilizar el régimen y fomentar una revuelta. Luego viene la escasez de huevos y de mantequilla. Entonces arresta a Zelenski, el jefe de la comisión para el Plan, y este, poco después, admite haber esparcido clavos y trozos de vidrio en las reservas de mantequilla y haber destruido cincuenta camiones de huevos. Una ola de indignación mezclada con un cierto alivio atraviesa el país: ¡todo queda claro! El sabotaje es una explicación mucho más convincente que la ineficacia, Vadia. Cuando es descubierto, el culpable ha de ser castigado. Se ha ejercido la justicia, alguien ha pagado por ello y el orden se ha restablecido. Esto es lo fundamental.

El Zar hizo otra pausa, que en otras circunstancias yo no habría dudado en calificar como teatral. Luego, reanudó con un tono neutro:

—He dado la orden de que detengan a tu amigo Jodorkovski

mañana al amanecer. Mandaremos también algunas cámaras para que todo el mundo vea que nadie está por encima de la sacrosanta cólera del pueblo ruso.

Me quedé estupefacto. En el curso de los últimos años, Mijaíl se había convertido en el empresario más rico del país, no necesariamente más honrado que los demás, pero con pinta de chico bueno y el aspecto de uno de esos *nerds* de Silicon Valley: camiseta, gafas, fundaciones benéficas y grandes discursos plagados de nobles ideales. Los periódicos y las televisiones occidentales lo adoraban, habían hecho de él una especie de icono del nuevo capitalismo ruso. La idea de meterlo en la cárcel como a cualquier criminal era prácticamente inconcebible. Pero lo cierto es que el Zar no habría llegado adonde había llegado quedándose en el terreno de lo concebible.

No dudé ni por un instante en la naturaleza irrevocable de esa medida. El hombre que me miraba a los ojos desde el otro lado del escritorio no me había preguntado mi opinión, se había limitado a comunicarme una decisión tomada. Lo que me tocaba a mí era administrar las consecuencias. Los medios, incluidos los rusos, montarían un escándalo. Habríamos podido minimizarlo, presentarlo como una especie de orden administrativa, pero eso no habría cambiado gran cosa. Llegados a ese punto, mejor poner toda la carne en el asador. Si Mijaíl tenía que ser el desahogo de la ira del pueblo ruso, era necesario que su humillación fuese absoluta. Ya estaba bien de fotos retratándolo como el *golden boy* de las finanzas, sonriente benefactor de viudas y huérfanos. En adelante, mi cometido iba a ser que las únicas imágenes suyas que hubiera en circulación fuesen las de Jodorkovski vestido de presidiario tras los barrotes. El mensaje debía ser claro: de la portada de *Forbes* a la prisión no hay más que un paso, si el Zar decide que lo des. La degradación pública de Mijaíl se convertiría en un aviso para los demás oligarcas y en un espectáculo servido en bandeja para la ira del buen pueblo ruso.

Quizá piense usted que hice aquello con sumo gusto, que me encantó humillar a mi antiguo rival, pero le puedo asegurar que no. Quien busca satisfacción en la desgracia de otra persona se ve condenado a ser su rehén toda la vida. Hacía mucho tiempo que yo ya había dejado de pensar en Mijaíl y en Ksenia, incluso la noticia de su matrimonio me había sido totalmente indiferente. Verme obligado

ahora a volver a él no me era nada agradable, pero oponerme a ello no habría tenido ningún sentido. Lo difícil es siempre tomar una decisión, pero una vez tomada hay que olvidarlo todo, excepto hacer que se cumpla.

Jodorkovski fue arrestado al amanecer, en cuanto su jet privado tocó la pista de la ciudad siberiana donde había ido a hacer uno de sus negocios. Las imágenes del millonario esposado flanqueado por soldados de las tropas especiales dieron la vuelta al mundo. Sirvieron para recordar que el dinero no protege de todo. Para ustedes, los occidentales, eso es un tabú absoluto. ¿Un político arrestado? ¿Por qué no? Pero ¿un millonario? Eso sería inimaginable, porque su sociedad está basada en el principio de que no existe nada superior al dinero. Lo divertido es que sigan llamando «oligarcas» a los nuestros, mientras que los verdaderos oligarcas no existen más que en Occidente. Allí es donde los millonarios están por encima de las leyes y del pueblo, donde compran gobiernos y dictan leyes en su beneficio. Entre ustedes, la imagen de un Bill Gates, un Murdoch o un Zuckerberg esposados es totalmente inconcebible. En Rusia, en cambio, un millonario es totalmente libre de gastar su dinero, pero no de influir sobre el poder político. La voluntad del pueblo ruso —y la del Zar, que es su encarnación— prevalece sobre el interés privado, cualquiera que sea.

A seis semanas de las elecciones, la detención de Jodorkovski se convirtió en el manifiesto de la anticampaña del Zar para los comicios de aquel año. Yo me limité a transformar la caída de Mijaíl en un formato televisivo exitoso. Tampoco fue difícil, ya que la cabeza de un poderoso que rueda por el suelo siempre ha sido uno de los espectáculos preferidos por las masas. La ejecución de una figura importante consuela a la multitud de su mediocridad. Vale, yo no he triunfado en la vida —se dice el hombre de la calle—, pero al menos no estoy ahí arriba esperando a que me ahorquen. En cada época, las ejecuciones públicas han sido un divertimento bastante apreciado. La primera vez que se utilizó la guillotina, las crónicas de la Revolución francesa cuentan que los parisienses se quejaban de no tener buena visibilidad y gritaban «devolvednos nuestras horcas». Luego, cuando se dieron cuenta de lo eficaz que era y de que añadía un suplemento de terror en los condenados, empezaron a cogerle el gusto a esa nueva

tecnología. Digámoslo sin tapujos: no hay dictador más sanguinario que el pueblo; solo la mano severa pero justa del líder puede atemperar su furia.

Los primeros días de diciembre, las elecciones fueron un triunfo. Al día siguiente, el Zar confesó en la televisión que había estado despierto toda la noche. No para seguir los resultados, a propósito de los cuales no albergaba la menor inquietud, sino porque Koni, su perra labrador retriever, había parido su primera camada. Yo, como no tenía perro del que ocuparme, me pasé la noche electoral en casa, solo con una garrafa de vodka y una pila de libros de historia. Desde mi última conversación con el Zar, había empezado a concebir mi papel de manera diferente. Cuando me fui sumergiendo en las crónicas de los procesos estalinistas de los años treinta, descubrí que, en el fondo, se trataba de grandes producciones hollywoodienses: la vía soviética al *show business*. El fiscal y los jueces trabajaban durante meses en el guion que habían de representar los acusados, animados por diversos medios de presión que los productores de la película ejercían sobre ellos. Unos tenían una familia que proteger; otros un secreto que ocultar; otros, sencillamente, eran sensibles a las amenazas y al dolor físico. Al final, cada uno decidía cuál era su papel y entonces podía empezar el espectáculo.

A los productores no se les escapaba ningún detalle, la mezcla de realidad y de ficción debía ser irreprochable. El público al que le estaba permitido asistir al juicio y, sobre todo, los millones de personas que estaban en sus casas, informados por la radio y el *Pravda*, debían de pasar por las mismas emociones que si estuvieran viendo una película de la Metro Goldwyn Mayer. La aprensión, la angustia, el horror frente al Mal. Luego la serenidad profunda que dimana de la resolución de un conflicto y del triunfo del Bien. No hay límites para la creatividad de un poder dispuesto a actuar con la determinación necesaria, siempre que respete las reglas fundamentales de cada construcción narrativa. El límite no viene marcado por el respeto a la verdad, sino por el respeto a la ficción. El motor primordial que hay que tener en cuenta es la cólera. Ustedes, los occidentales biempensantes, creen que esa cólera puede disolverse. Que el crecimiento económico, el progreso tecnológico y, qué sé yo, las entregas a domicilio y el turismo de masas harán desaparecer la rabia del pueblo, la sorda y sacrosanta cólera del pueblo que hunde

sus raíces en el origen mismo de la humanidad. Y no es verdad: siempre habrá desengañados, frustrados, perdedores, en toda época y bajo cualquier régimen. Stalin había comprendido que la ira es un factor estructural. Según los periodos, aumenta o disminuye, pero nunca desaparece. Es una de las corrientes de fondo que rigen la sociedad. La cuestión, por tanto, no es tratar de combatirla, sino tan solo administrarla: para que no se desborde y lo destruya todo a su paso hay que tener previstos constantemente canales de evacuación. Situaciones en las que la rabia pueda fluir con libertad sin poner en peligro el sistema. Reprimir la disidencia es poco sutil. Controlar el flujo de rabia para evitar que se acumule es más complicado, pero mucho más eficaz. Durante años, mi trabajo en el fondo no consistió en otra cosa que en esa.

18

Después de la detención de Jodorkovski y de la triunfal reelección de Putin, hubo un cambio en la naturaleza del Gobierno ruso. La lucha por el poder no se interrumpió, más bien al contrario. Pero se desplazó de la arena pública a la antecámara del Zar. A partir de aquel momento, la Corte empezó de nuevo a determinar el destino del Estado. Y, como en los tiempos de Nicolás I, la frente del soberano volvió a ser el único manantial de las alegrías y los dolores de los miembros de su Corte.

Si alguna vez tiene usted ocasión, observe con detalle a los leones y a los monos del zoo. Cuando juguetean, significa que las jerarquías están claras y que el líder lo controla todo. Si no es así, cada uno está en su rincón, inquieto y atemorizado. Al restablecer la vertical del poder, Putin marcó la pauta para el baile de los cortesanos: un ejercicio de destreza, cuyas reglas se remontan a la noche de los tiempos y cuyo ritmo está determinado por los movimientos ascendentes y descendentes de los danzantes. Los hay quienes ocupan un despacho cerca del Zar y quienes tienen línea telefónica directa con él. Quienes lo acompañan en una misión en el exterior y quienes van con él de vacaciones a Sochi. Quienes obtienen una silla plegable en el Gobierno y quienes son mantenidos a la cabeza de una empresa pública. No hay que descuidar ningún indicio, por pequeño que sea: la ubicación en la mesa de una cena de gala, el tiempo de espera en la antecámara del presidente, el número de guardias de seguridad, etcétera. El poder está hecho de minucias. Nada se escapa al interés obsesivo del cortesano porque sabe que la esencia de la jerarquía reside en el detalle. Y que incluso una minúscula pérdida de control puede abrir una grieta en la estructura. Solo el diletante desprecia estos aspectos, al considerarlos indignos de su atención; el profesional sabe que ningún detalle es tan pequeño que no merezca su atención.

Los vaivenes del Kremlin son numerosos; las oscilaciones, constantes, y quien quiera formar parte de ello ha de tener la

capacidad de medirlas con la precisión de un sismógrafo del Instituto de Geofísica de Moscú. Actividad extenuante esa que precisa de una práctica ininterrumpida; cualquier enfrentamiento, público o privado, sirve para tomarle el pulso a la situación y verificar si el equilibrio de fuerzas sigue intacto. ¿Conoce usted ese tipo de cinta con las cotizaciones bursátiles que pasa constantemente por la pared de las salas del mercado de valores? A eso es a lo que se parece la Corte. Solo que en lugar de aparecer en las pantallas, las cotizaciones pasan por la frente y los labios de los cortesanos. Cada cena, cada conversación equivalen a un movimiento de Bolsa: quién sube, quién baja, y, a poco serio que sea, cada jugador sabe que el Kremlin no da la felicidad, pero tampoco permite obtenerla en otra parte.

No puedo negar que yo me movía por el nuevo régimen con la naturalidad de quien lleva en la sangre no menos de tres siglos de reverencias. Pero he de admitir que otras personas, sin disponer de semejante patrimonio genético, me superaron rápidamente. Sechin, por ejemplo, el secretario de Putin. Ya le he hablado de él, es el que abría las puertas y pasaba las llamadas. Como muchos de su especie, durante largo tiempo su fuerza consistió en el hecho de estar infravalorado. La gente lo veía allí, con su pequeño maletín en la mano, mirando al suelo en presencia del Zar, y lo tomaba por una mezcla de mecanógrafo y mayordomo. En cuatro años en el Kremlin, se convirtió en el prototipo del cortesano, seguro de sí mismo, dominador; el mundo le pertenecía, siempre y cuando el jefe no estuviera por los alrededores. Bastaba con que este le echara una mirada para volver a ser un corderito tembloroso.

En los vuelos oficiales, cuando todo el mundo se quitaba la chaqueta para ir más cómodo, él mantenía puesta la corbata como un signo de respeto al Zar. Antes de conocer a Putin, había trabajado para el KGB en Mozambique. Solo Dios sabe lo que hizo allí. Volvía de vez en cuando. Para él, desembarcar de un Antonov en una pista africana, con una escolta de soldados de las tropas especiales y un mensaje de parte del Zar para el dictador local, era una especie de vacaciones. Durante el día, los disparos de mortero pautaban el paso de las horas. Por la noche, cenaba al borde de la piscina mientras la orquesta tocaba música de cóctel. Como ir a Capri o a Saint-Tropez para una persona normal.

Su enfoque de la naturaleza humana era tan primitivo que a las

personas más sofisticadas les costaba comprenderlo. «Las cosas son más complicadas», le decían. «Mi culo», respondía Sechin. Y los hechos le daban casi siempre la razón.

Un día, descubrí que estaba licenciado en Filología y se me ocurrió la idea absurda de que tal vez tuviéramos algunos gustos comunes. En la primera ocasión que tuve, traté de interrogarlo sobre sus autores preferidos. Estábamos en su despacho: «No he leído ningún libro desde el día que me gradué —me respondió con voz monocorde —, salvo este». Y me hizo un gesto para indicarme un montón de memorandos en papel sin membrete redactados por los servicios de seguridad.

En toda gestión hay tareas que nadie tiene ganas de llevar a cabo, pero que son necesarias; eso es lo que hacía Sechin. Con Jodorkovski en prisión se planteaba el problema de qué hacer en adelante con su sociedad, Yukos. Los liberales que estaban en el Gobierno querían que siguiera siendo suya, pero era evidente que la intención del Zar no era solo castigar a un individuo, se trataba de desmantelar todo un sistema. Y, además, Yukos era la primera empresa rusa. La más admirada. La más rica. Un botín de guerra capaz de despertar el apetito de las bestias más feroces del Kremlin.

A Sechin le bastó una sola dentellada. Un embargo judicial, una subasta pública con un único pujador y Yukos acabó en el bolsillo de un conglomerado público del que Igor había sido nombrado presidente unos meses antes. Los periódicos occidentales pusieron el grito en el cielo por el escándalo y lo calificaron de robo. Pero la historia es un poco más complicada. Sechin es un *silovik*, un «miembro de la fuerza», es decir, alguien proveniente de los servicios de seguridad. Los *siloviki* siempre han sido esenciales en Rusia: militares, espías, policías. Gracias a su proximidad con el Zar, Sechin se convirtió en su punto de referencia. No cabe duda de que, con su habitual hipocresía, ustedes los occidentales piensan que la fuerza es una cosa así como arcaica. Ustedes creen en la reglas, con sus abogados que se intercambian e-mails certificados y encuentran soluciones a golpes de honorarios de millones de dólares. Ustedes adoran las reuniones en Davos y los estudios de la OCDE, los arquitectos estelares que edifican rascacielos en Rotterdam y en Pekín y los chefs que abren bistrós gastronómicos en Bali o en Zermatt. La idea de llevar una corbata los incomoda, ha pasado a ser algo propio

de los subalternos, de los conserjes, de los empleados de las agencias de alquiler de coches. Imagínese encima el uniforme del militar o del policía: una reliquia de museo, válida para los niños que van allí de visita escolar.

Pero, ojo, tenga en cuenta que yo era como ustedes. Había pasado demasiado tiempo hojeando sus revistas mientras daba sorbitos a un capuchino. El desmembramiento de Yukos me parecía una operación bárbara, la vuelta a los viejos hábitos que habíamos tratado de dejar atrás. Bien sabe Dios que Jodorkovski no me era simpático, pero la idea de que lo reemplazara un chequista me daba escalofríos.

Una noche, Putin me llamó a su despacho. Eran los días cruciales en que había que tomar una decisión sobre el destino de la empresa. El Zar acababa de regresar de una cumbre internacional y estaba tan agitado y cansado que ni siquiera se había sentado y andaba por la habitación con nerviosismo.

—Siempre la misma historia. Me tratan como si yo fuera el presidente de Finlandia. Peor, porque para ellos Finlandia es un país civilizado, mientras que nosotros somos la Rusia salvaje, una especie de vagabundo alcoholizado que merodea por delante de la puerta. Tal vez tengan razón. Hemos sido los primeros en comportarnos como unos mendigos, sonrisas por doquier y el platillo de la limosna a la vista.

El Zar guardó silencio un momento, luego prosiguió en tono más bajo.

—Recuerdo a unos vagabundos, cuando yo era un crío en Leningrado. Los niños del barrio les daban patadas, ya sabes. Y cuanto más gritaban, más los pateaban, solo para divertirse. Pero había uno al que no pegaban. No era el más viejo, estaba en bastante mal estado, creo que se llamaba Stepan. ¿Sabes qué tenía de diferente? Que estaba loco, completamente imprevisible. Te acercabas a él, aunque fuera para darle los buenos días, y era capaz de romperte una botella en la cabeza, así porque sí, sin ningún motivo. Contaban un montón de historias extrañas sobre él, la gente decía que tenía poderes, que había hecho desaparecer a personas. Lo veíamos a lo lejos y, cuando empezaba a sonreír, nos daba todavía más miedo que cuando se ponía a gritar. Salíamos a todo correr, hasta los más cachas del barrio cambiaban de calle para no encontrarse con Stiva el Loco. La única

arma que tiene un pobre para conservar su dignidad es infundir miedo.

—El problema, presidente, es que para dar miedo a nuestros adversarios corremos el riesgo de dar miedo también a los mercados. Y eso no podemos permitírnoslo.

Putin se estremeció y, por primera vez desde que lo conocía, percibí un destello de odio en su mirada.

—Métete una cosa en la cabeza, Vadia, los comerciantes jamás han llevado las riendas de Rusia. ¿Y sabes por qué? Porque no son capaces de garantizar las dos únicas cosas que los rusos piden al Estado: el orden en el interior y el poderío en el exterior. Tan solo dos veces, durante dos breves periodos, los comerciantes han gobernado nuestro país: unos meses después de la revolución de 1917, antes de la llegada de los bolcheviques, y unos años después de la caída del Muro, durante la época de Yeltsin. ¿Y cuál fue el resultado? El caos. La explosión de la violencia, la ley de la selva, los lobos saliendo del bosque y entrando en las ciudades para devorar a la población indefensa.

El tono glacial del Zar multiplicaba el espanto del cuadro que describía.

—Tu amigo Jodorkovski se vestía como un empresario californiano, pero era un lobo estepario. No ha inventado ni creado nada. Simplemente se apoderó de un pedazo del Estado, aprovechando la debilidad y la corrupción de aquellos que deberían haberlo protegido. ¿Sabes cuánto pagó por sus concesiones petrolíferas en 1995? Trescientos millones de dólares. ¿Y cuánto valían dos años más tarde en el mercado? Nueve mil millones. Qué gran empresario, ¿no? ¡Un genio! Los oligarcas son todos iguales. Unos genios. Y ahora vienen a darnos lecciones de moral con respecto a la ley. Financian a nuestros opositores porque les parece que somos un poco maleducados. No los escuchamos lo suficiente. Tal vez, dentro de un tiempo, me sustituya un graduado de Harvard, un fantoche que les ponga buena cara a los del foro de Davos, ¿qué dirías entonces?

Naturalmente, no dije nada.

Pese a desahogarse así, el Zar ocultaba sus pensamientos. Fue a sentarse detrás del escritorio mientras me indicaba que me acomodara en el sillón que había frente a él.

—Debemos recuperar nuestra soberanía. Y, Vadia, el único medio

con que contamos es poner en acción todos los recursos de que disponemos. ¿Nuestro PIB es el mismo que el de Finlandia? Tal vez. Pero nosotros no somos Finlandia: somos la mayor nación que existe sobre la tierra. La más rica también. La diferencia está en que nosotros hemos dejado que una banda de malhechores nos robe nuestra riqueza, la riqueza colectiva que pertenece por derecho al pueblo ruso. Estos últimos años, Rusia ha creado una aristocracia de paraísos fiscales, gente que acapara nuestros recursos, pero tiene el corazón y la cartera en otra parte. Vamos a retomar el control de las fuentes de riqueza de nuestro país, Vadia: gas, petróleo, bosques, minas... y pondremos de nuevo esa riqueza al servicio de los intereses y de la grandeza del pueblo ruso, no de cualquier gánster con una villa en la Costa del Sol.

No hay más que la economía. Mira el ejército. Yeltsin no sabía qué hacer con el ejército. Le tenía un poco de miedo, y también lo despreciaba un poco, evitó siempre ocuparse de él, lo dejó pudrirse lejos de los focos de la nueva Rusia, de las tiendas de moda y de los rascacielos. De ese modo nos convertimos en una especie de país suramericano, con generales que juegan a mafiosos o entran en política, soldados que se mueren de hambre y se venden por un paquete de cigarrillos. Ahora estamos volviendo a poner el ejército en la vertical del poder, así como a los servicios de seguridad. La fuerza siempre ha sido el corazón del Estado ruso, su razón de ser. Nuestro deber no es únicamente restaurar la vertical del poder. Debemos crear una nueva élite de patriotas dispuestos a todo para defender la independencia de Rusia.

En aquel entonces todavía me tomaba los discursos del Zar al pie de la letra. No podía ni imaginar hasta qué punto el sentimiento de revancha que contenían era tan profundo, ni que el vacío que ocultaban se revelaría tan imposible de llenar, pero aquella noche comprendí que la guerra contra los oligarcas solo acababa de empezar. No solo se trataba de hacerse con el control de algunas empresas que habían caído en malas manos; se trataba de movilizar todos los recursos, todos los puntos fuertes de Rusia para volver a encontrar nuestro sitio en la escena mundial. Una democracia soberana, ese era el objetivo. Para conseguirlo, necesitábamos hombres de acero capaces de garantizar la función primordial de todo Estado: ser un arma de

defensa y de ataque. Esa élite ya existía. Eran los *siloviki*, los hombres de los servicios de seguridad. Putin era uno de los suyos. El más poderoso, el más atrevido. El más duro. Pero por encima de todo uno de los suyos. Los conocía, se fiaba de ellos y de nadie más. Fue colocándolos uno a uno en los puestos de mando. En lo más alto del Estado, por supuesto, pero también al frente de empresas privadas, recuperadas cada una de las manos de los especuladores de los noventa. La energía, las materias primas, los transportes, las comunicaciones. Los miembros de la fuerza sustituyeron a los oligarcas en todos los sectores. Así fue como, en Rusia, el Estado volvió a convertirse en el origen de todo.

Diría usted que él procede de un sistema corrupto. De un sistema en el que los ministros son al mismo tiempo directores de empresas, como les gustaría demostrar a los blogueros moscovitas con vaqueros de trescientos dólares que se empeñan en denunciar nuestras villas, nuestros barcos, nuestros aviones privados. Recordemos, sin embargo, que cuando era primer ministro, Winston Churchill tenía el *Enchantress*, el yate de la Marina, a su disposición, a bordo del cual sacaba a pasear a sus amigos millonarios, devolviéndoles la hospitalidad que estos le habían ofrecido en Suiza o en la Costa Azul. Durante la Primera Guerra Mundial, el duque de Westminster le prestaba su Rolls y, cuando viajaba a Estados Unidos, sus amigos industriales ponían a su disposición unos vagones de tren privados. En California, vivía en la casa de William Randolph Hearst en San Simeón o en una suite en el Biltmore pagada por no sé quién. ¿Le impidió todo eso ser uno de los más grandes hombres de Estado del siglo XX? Desde luego que no, es más bien lo contrario. ¿Por qué un hombre de Estado debería vivir como un funcionario de Correos?

Esa idea de que las personas públicas deben llevar una vida de gente pobre es profundamente inmoral. El Estado debe mantener su estatus. Sus servidores no pueden ser unos inútiles que no han triunfado en el sector privado, como ese tipo de individuos que se presentan por todas partes con la mano tendida pidiendo caridad. Nuestra obra maestra ha sido la construcción de una nueva élite que concentra el mayor poder y la mayor riqueza. Hombres fuertes, capaces de sentarse a cualquier mesa sin el complejo de los políticos andrajosos y de los empresarios impotentes como los de sus países. Personas de una pieza, capaces de utilizar toda la gama de

instrumentos que valgan para producir un impacto sobre la realidad: el poder, el dinero, incluso la violencia, cuando esta sea indispensable. Sus seudodirigentes no están preparados para enfrentarse a ese tipo de élite, que parece provenir directamente de una edad lejana, del tiempo glorioso de los patricios de la antigua Roma, el de los fundadores de los imperios inmortales.

El poder no necesariamente ha de corromper, puede mejorar al hombre, con tal que este sea capaz de gestionarlo bien. Todos los líderes piden, por encima de todo, lealtad, pero son numerosos los que cometen el error de buscarla entre los mediocres y los débiles. Grave error: esos son siempre los primeros en traicionar. Los débiles no pueden permitirse el lujo de la sinceridad. Ni el de la fidelidad. El Zar sabe que la lealtad es un atributo de quienes pueden cultivarla: los fuertes, los que están suficientemente seguros de sí mismos para alimentarla. Ahora bien, dicho esto, es evidente que, en comparación con otros lugares, la lucha por el poder en Rusia es todavía un proceso brutal y estrambótico, todo puede suceder en cualquier momento. Las reglas son feroces porque lo que está en juego es feroz.

19

Aterricé en Niza una mañana de otoño. El aire olía a sal y a resina. Dos esbirros, vestidos de Prada, me esperaban a pie de pista para conducirme al castillo de la Garoupe. Lo que llamaban castillo era en realidad una villa sin ningún encanto construida por un barón inglés a principios del siglo XX y afeada sucesivamente por diversos propietarios. Antaño, los alrededores eran un paraíso, pero con el tiempo Antibes se había vuelto una especie de balneario cuatro estrellas y, pese a que las villas del cabo habían conservado una o dos estrellas más, aquí se las ahorraron por el proceso general de fealdad, que acababa de encontrar en Berezovski un nuevo y entusiasta promotor.

Boris había comprado, con millones a tocateja, varias mansiones contiguas y las había convertido en una sola y grandiosa propiedad. Me recibió en el patio, aparentemente de buen humor, ataviado como un financiero de vacaciones: pantalón de deporte, camisa a rayas. De su persona emanaba cierto aire de melancolía sobreexcitada.

—En esta playa, Picasso dibujaba sobre la arena —me contó mientras me enseñaba sus propiedades—. En esta habitación, Cole Porter compuso *Love for Sale*.

En su boca, la cultura de los años veinte se transformaba en argumento de venta de un agente inmobiliario.

Una vez ubicado en el despacho del primer piso, le expuse el motivo de mi visita. Nuestros servicios habían captado el rumor —en realidad, se trataba de algo más consistente que un simple rumor— según el cual Berezovski había pasado a ser uno de los principales sostenedores de la oposición ucraniana, que empezaba a inquietar seriamente al Zar. La idea de perder el control de lo que era, desde hacía siglos, una parte integrante del territorio ruso lo volvía literalmente loco. «Ve a ver a ese imbécil —me había dicho—, explícale que está traspasando los límites y hazlo entrar en razón.»

Era justo lo que estaba tratando de hacer, pero, como de

costumbre, sin éxito. Los discursos de Boris se caracterizaban por una cualidad circular que lo remitía siempre, más o menos, al punto de partida.

—¿Sabes cuál es el problema, Vadia?

—Por supuesto que lo sé, Boris, el problema es que Putin es un espía.

—No, escúchame, Vadia, no es un espía. Tu jefe trabaja para el contraespionaje. ¡Eso no es lo mismo en absoluto! ¿Sabes cuál es la diferencia? Que los espías buscan informaciones exactas, ese es su oficio. El oficio de la gente del contraespionaje, en cambio, es ser paranoicos. Ver complots por todas partes, traidores, inventárselos cuando hace falta: han sido instruidos así, la paranoia forma parte de sus obligaciones profesionales. En la cabeza del Zar nada sucede espontáneamente. Los medios de comunicación están siempre manipulados. Las manifestaciones, la indignación de la gente, nunca son como parecen. Siempre hay alguien detrás que mueve los hilos, un titiritero que persigue su propio interés. Es lo que pensó cuando lo del submarino, cuando los periodistas hacían simplemente su trabajo y la gente tenía toda la razón del mundo para estar furiosa. Y es lo que piensa ahora, por lo que respecta a Ucrania. Como si esos pobres ucranianos no tuvieran motivos para rebelarse contra los ladrones que los gobiernan.

—No me cabe duda de que tienen buenos motivos, Boris, y a ellos se suman, además, los treinta millones de dólares que tú les has dado.

—¿Y qué? Eso se llama política, Vadia. ¿Sabes una cosa? También se llama democracia. Pero ya has olvidado lo que quiere decir esa palabra.

Al otro lado de las ventanas, el paisaje un poco manido de la Riviera mitigaba el impacto de las frases de Berezovski.

—¿Sabes quiénes son los principales apoyos de la oposición ucraniana, Boris? ¿Quieres que te saque la lista? Está la CIA. Está el Departamento de Estado norteamericano. Están las grandes fundaciones estadounidenses, la Open Society de George Soros. Y también estás tú, el hombre que luchó a nuestro lado para salvar a Rusia del desastre, el que decía que era preciso restaurar la autoridad del Kremlin.

—¿Y? Sois vosotros los que me habéis expulsado. Te recuerdo que no estoy aquí por decisión personal. Vivo en el exilio, Vadia.

Porque, si intentara poner un pie en Rusia, me pudriría en la cárcel como tu amigo Jodorkovski. Me lo habéis quitado todo, Vadia, y ¿qué esperas, que te dé las gracias?

Posé mi mirada sobre las mesas de caoba, el parteluz Luis XV, los candelabros de bronce, las hojas de acanto, los bustos de mármol. Todo ligeramente impropio en aquella vivienda, que no era más que una casa a la orilla del mar, pero Berezovski nunca había sido un adepto del minimalismo. Él siguió mi mirada.

—Estas cosas son mías, Vadia. Las he ganado con el sudor de mi frente. Aunque quisierais, no podríais quitármelas.

—Seamos justos, Boris. Hasta ahora, a pesar de vuestras diferencias, el Zar ha mantenido su amistad contigo. Por eso has podido vender las partes de tus sociedades que poseías en Rusia. ¿Por cuánto? Aproximadamente, mil trescientos millones de dólares, si no me equivoco.

—Mucho menos de lo que valían.

—En todo caso, es más que suficiente para garantizaros a ti y a tus herederos una vida confortable, me parece a mí.

—Si hubiera querido una vida confortable, me habría quedado en la universidad, dando clases de Matemáticas, Vadia.

Por un instante, la imagen de un Berezovski viejo profesor con jersey de lana y pantalón de pana se coló entre nosotros.

—Lo que trato de decirte, Boris, es que no debes subestimar lo que tienes. En tu lugar, cualquier otro lo aprovecharía.

—¿Y qué va a pasar, si no? ¿Me vais a mandar a uno de vuestros asesinos a sueldo? Mira a tu alrededor, Vadia, yo también tengo esbirros. Y los míos son mejores que los vuestros porque les pago diez veces más.

—No seas grosero, Boris. No he venido a amenazarte. Tan solo estoy aquí para apelar a tu espíritu patriótico. Comprendo tu resentimiento, pero me resisto a creer que estés tan ciego como para volverte contra tu propia patria.

—La Rusia de Putin no es mi patria, Vadia. Ya no la reconozco. Pese a todos nuestros defectos, por primera vez en la historia rusa habían conseguido construir un país libre en el que las personas podían decir y hacer lo que quisieran. Por primera vez en once siglos de historia, Vadia, ¿te das cuenta? Y en unos pocos años os lo habéis cargado todo. Todo. Habéis vuelto a convertir Rusia en lo que siempre

había sido: una enorme prisión.

—Los rusos no tienen de qué quejarse, Boris. Tienen ciento veinte canales de televisión.

—Pero que cuentan todos lo mismo, Vadia, como en la época de Brézhnev.

Iba a replicarle, cuando fuimos interrumpidos por un mayordomo vestido de blanco que vino a anunciarnos que la comida estaba lista. Bajamos las escaleras para unirnos a un pequeño grupo de personas en el salón.

—Amigos, permitidme que os presente a Vadim Baranov, el auténtico cerebro de mi amigo Vladímir Putin, Zar de todas las Rusias.

Bajo ninguna circunstancia Berezovski habría renunciado a una hipérbole. Las miradas de los comensales se volvieron hacia mí con un interés moderado. Eran los ojos cansinos de quienes frecuentaban habitualmente lugares como el castillo de la Garoupe. Una vieja dama elegante. Un promotor inmobiliario cincuentón que llevaba los gemelos desabrochados para dejar ver que su chaqueta estaba hecha a medida. Dos jóvenes decorativas que hablaban entre ellas. Un profesional nórdico con aspecto eficiente, visiblemente incómodo en aquella atmósfera balnearia.

Estaba a punto de lanzarme sobre la bandeja de aperitivos, único antídoto para el tedio mortal que se presagiaba, cuando de pronto sentí una fuerte concentración de energía, como una onda radiactiva proveniente del comedor. Al darme la vuelta, descubrí el origen. Más allá de la doble puerta de cristal abierta se alzaba una criatura perfecta, una presencia sideral. Ligeramente bronceada, llevaba puesta una túnica de lino blanca que le dejaba al aire las rodillas. Sus ojos gris tiburón me contemplaban sin emoción alguna. Era Ksenia. No había perdido ni un ápice de su esplendor, más bien al contrario, parecía resaltado por el paso del tiempo. Sus rasgos habían pasado del aire de niña caprichosa que yo había conocido a una especie de ardor guerrero. En el comedor de Berezovski, Ksenia emanaba la belleza de un ejército desplegado en orden de batalla. Nos saludamos sin sonreír. Tanto en el pasado como en el presente, todo nos imponía comportarnos como enemigos. Y, sin embargo, no percibía ninguna hostilidad por su parte ni yo sentía ninguna animadversión por la mía. Me parecía, por el contrario, haber reencontrado un talismán durante

muchos años olvidado, por el que el paso del tiempo no había alterado su poder en lo más mínimo.

Mi principal ocupación durante la comida fue no mirarla. Al principio, se puede decir que la conversación me fue de cierta ayuda. El cincuentón moreno, que, en efecto, había resultado ser una especie de superagente inmobiliario londinense, comparaba las prestaciones de las terminales privadas de los aeropuertos de Niza y Cannes. Una de las jóvenes hablaba de la inauguración de una galería de arte contemporáneo en Montecarlo. Alguien se quejaba del sistema de tarjetas de crédito del Hotel du Cap. Yo tenía concentrada mi atención en el bogavante que nos habían servido, ya pelado para ahorrarnos la molestia.

En un momento dado, Berezovski llevó la conversación hacia el tema preferido de cualquier ruso: Rusia, los rusos, nuestras idiosincrasias y nuestras paradojas. Se dirigió a sus invitados con el tono que antaño reservaba a quienes frecuentaban la mansión Logovaz.

—Ustedes y nosotros no somos de la misma raza. Tenemos la piel blanca, de acuerdo, y muchas otras cosas en común, pero entre un ruso y un occidental hay la misma diferencia de mentalidad que entre un terrícola y un marciano. Permítame, baronesa, que les cuente la historia de un personaje de principios del siglo pasado, probablemente un antepasado de nuestro Vadia.

Entonces las miradas de los presentes se volvieron brevemente hacia mí antes de focalizarse de nuevo en nuestro anfitrión.

—Verán, Serguéi era un miembro de la aristocracia y al estallar la revolución de octubre fue a combatir contra los bolcheviques en el Norte. Cuando los rojos barrieron a los últimos que resistían, Serguéi cogió el camino del exilio, primero en Berlín y luego en París, donde no tardó en convertirse en uno de los pilares de la comunidad de los rusos blancos. Era un mundo hecho de príncipes que bebían con ladrones de caballos, de cosacos que se reciclaban como porteros de club nocturno; toda esa gente vivía muy por encima de sus posibilidades, con la idea de que, tarde o temprano, los bolcheviques serían expulsados y los palacios y las fincas les serían devueltos a sus legítimos propietarios. «¡El año que viene en San Petersburgo!», entonaban al alzar sus vasos, fingiendo no comprender que su tiempo había pasado para siempre.

En ese momento, la baronesa, que pertenecía evidentemente a esa nobleza utilitaria anglosajona que se alquila a bajo precio para un fin de semana o para sentarse en un consejo de administración, lanzó un doloroso suspiro. Berezovski prosiguió con su relato.

—Serguéi era siempre el primero en abrir las fiestas y el último en levantarse de la mesa: cualidad esta que más respetan los rusos, como ustedes saben de sobra. Pero, al cabo de cierto tiempo, sus finanzas empezaron a resentirse y pronto no le quedó casi nada. Hasta la noche en que, en un restaurante, uno de sus amigos lo llevó aparte y le dijo: «Con el dinero que te queda, Serioga, tienes lo justo para comprarte una licencia de taxi. Escúchame, piensa en el futuro; si no, acabarás bajo el puente del Alma». ¿Qué habría hecho en ese momento cualquiera de ustedes, occidentales con sentido común y buena educación?

Boris se calló para echar una mirada enfática a sus invitados.

—Les diré lo que ustedes habrían hecho. Se habrían quitado tranquilamente sus botas, se habrían puesto su gorra de taxista y se habrían resignado a una vida de carreras entre la plaza de l'Étoile y la estación de Lyon, como sería lo más lógico. En cambio, ¿qué hizo Serguéi? Reflexionó un momento. Estrechó los hombros de su amigo. Luego se levantó, se dirigió al *maître* del hotel y, con el mismo tono que había utilizado para dar la orden de la última carga de su regimiento contra los bolcheviques en Arcángel, pidió champán para todo el mundo. Ya ven, así son los rusos. Gente que ofrece una última ronda de champán con el dinero de la licencia de un taxi.

La baronesa lanzó una risita elegante. Era lo mínimo, ya que por lo visto el dueño de la casa había contado esa historia para ella. Personalmente tenía mis dudas sobre la autenticidad de esa anécdota; me parecía que Kessel, en sus relatos de juventud, había contado una historia parecida. Además, me daba la impresión de que Berezovski la había desenterrado a propósito para mí. Yo soy un verdadero ruso, parecía indicarme: nunca renunciaré a mi locura a cambio de una licencia de taxi.

—No creo que haya nada de que alardear, Boris. —Ksenia tomó la palabra por primera vez—. Míralos a todos, yendo por las viejas calles del centro de Moscú con sus Mercedes negros, los SUV que los escoltan, las luces de las sirenas ilegales y las antenas para encriptar los móviles. ¿No te da la impresión de que están actuando? ¿De que

simplemente están buscando tener un papel en una versión rusa de *Misión imposible*?

—Todos representan algún papel en todas partes, me temo.

—Pero solo los rusos lo hacen tan mal.

—No sé cómo son las cosas en Rusia —el promotor decidió aventurarse en la conversación—, pero en África, por ejemplo, tienen también un lado práctico. Un agente de policía sabe que si tienes dinero para comprar un coche grande, también tienes dinero para comprar a su jefe. Por si acaso, no se mete con los Mercedes 600.

Ksenia lo miró como si se quitara un trozo de barro del zapato.

—En nuestro caso, eso no ha funcionado. Teníamos una flotilla de Mercedes, pero los polis se quedaron con ellos.

Silencio, sonrisas incómodas. Esa vez, las miradas evitaron prudentemente volverse hacia mí. Sabía por experiencia que, cuando se produce una agresión verbal, lo esencial es no cambiar de postura corporal, permanecer impasible mientras se prepara el contraataque. Sin parpadear, opté por una maniobra de distracción.

—¿Ves, Boris? Al contrario de lo que tú piensas, Rusia no es una república bananera.

Era un disparate, desde luego. Pero ¿quién se atrevería a contradecir un disparate cuando sale de la boca del poder? Y menos aún en una cena frívola. Ni siquiera el dueño de la casa se atrevió a replicar. Habría sido un signo de debilidad y, con el devenir de los años, Berezovski ya había aprendido, a su costa, cuán alto es el precio de los signos de debilidad. Después de un breve titubeo, la conversación se reanudó por cauces menos accidentados. Por un instante, tuve la impresión de ver brillar en los ojos de Ksenia una llama lejana que se apagó también rápidamente.

20

Unos días después de mi excursión a la Costa Azul, la situación en Ucrania degeneró. Sostenidos por los norteamericanos, los rebeldes se negaron a reconocer el resultado de las elecciones y ocuparon la plaza principal de Kiev con sus cánticos, sus lazos naranjas, sus alegres eslóganes prooccidentales. De la mañana a la noche, comisiones de observadores internacionales, delegaciones del Congreso de Estados Unidos y misiones diplomáticas de la Unión Europea aparecieron por allí saliendo de la nada: todos coincidían en juzgar ilegítimo el resultado de las elecciones ganadas por el candidato prorruso. Había habido votaciones apenas recientemente en Afganistán y en Irak, con las bombas explotando en las calles y las tropas estadounidenses ocupando los lugares de votación, pero en esos países, naturalmente, no había habido ningún problema, todo se había desarrollado con regularidad. En cambio, en Ucrania era todo lo contrario. Había que volver a votar porque el resultado no era el conveniente. Entonces, el Gobierno ucraniano se vio obligado a convocar nuevas elecciones y, esa vez, el candidato pronorteamericano ganó, un candidato que quería meter a Ucrania en la OTAN. Ucrania —la patria de Jrushchov y de Brézhnev, la base de nuestra flota militar—, ¡en la OTAN!

Lo llamaron la «revolución naranja». ¡Revolución, sí! Era el asalto final a lo que quedaba del poderío ruso. El año anterior había sucedido lo mismo en Georgia. Allí lo habían bautizado la «revolución de las rosas». Y también en este caso, el resultado de tan poética revolución, hecha por niñas monas y nobles ideales, había consistido en poner en el poder a un espía de la CIA. No hacía falta una bola de cristal para imaginar lo que vendría a continuación: la siguiente sería Rusia. Una bonita y colorida revolución en Moscú, un nuevo presidente, con un máster en Yale en el bolsillo, y el triunfo de Estados Unidos habría sido completo. El joven Bush habría podido aparecer diciendo una de esas fantochadas que tanto le gustaban: *«Mission accomplished!»*, y esa vez directamente desde la Plaza Roja.

Los miembros de la fuerza se pusieron de inmediato manos a la obra. Para ellos, se trataba de poner en marcha las contramedidas habituales: expulsar a los infiltrados occidentales, neutralizar a los agitadores, reforzar el control sobre los medios de comunicación. Todas esas disposiciones eran útiles, no cabía duda, pero personalmente no confiaba demasiado en su eficacia. En casos como esos, el uso de la fuerza es siempre una prueba de negligencia que nace de la falta de imaginación y apenas si resuelve los problemas de modo duradero.

Mi enfoque era diferente. En aquel momento me acordé de un curioso personaje con el que había coincidido un par de veces cuando frecuentaba a Limónov. Alexander Zaldostánov era un coloso de casi dos metros de altura, siempre vestido de cuero negro y con una poblada melena que le caía por los hombros. Aparentemente, un motero como cualquier otro de la vasta galería de energúmenos de los que Eduard gustaba rodearse. Había llamado mi atención porque una vez, cenando con Limónov y sus «comisarios del pueblo», mientras sus colegas se atiborraban de patas de cerdo fritas, él mordisqueaba unas gambas cocidas y una ensalada de alubias y granada. «Mis padres eran médicos en Kirovograd —me explicó— y yo también estoy licenciado en el tercer instituto médico de Moscú, era cirujano plástico.»

En algún momento debió de darse cuenta de que era más divertido partir mandíbulas que reconstruirlas. Pero conservaba una delicadeza de la que carecía la mayor parte de sus compañeros. A finales de los años ochenta, había abierto uno de los primeros clubes de moteros de la Unión Soviética, según el modelo de los Ángeles del Infierno. En un principio, los Lobos de la Noche eran unos centauros que circulaban sobre sus viejas motos soviéticas en busca de ocasiones para la trifulca, rompían escaparates y huían de la policía: los típicos rebeldes un poco ingenuos que poblaban los extrarradios de nuestras ciudades en aquel periodo. Después del hundimiento de la URSS dieron un salto cualitativo y se transformaron en una banda criminal que vivía de la extorsión y traficaba con cualquier cosa. «Teníamos la sensación de vivir en una película de ciencia ficción —me contó en otra ocasión Zaldostánov—. La civilización se había derrumbado y nosotros habíamos heredado el mundo. O al menos lo que quedaba de él.» Eslavos, chechenos, uzbekos, daguestanos, siberianos: lo que los unía no era solamente la pasión por las grandes cilindradas, era el

gusto por la aventura. Casi todos exhibían enormes tatuajes. Águilas imperiales, cristorreyes, retratos de Stalin. Poco importaba la coherencia a los ojos de los Lobos de la Noche, esas imágenes eran símbolos de la grandeza rusa, lo único esencial para ellos. Por eso acabaron aglutinándose alrededor de Limónov.

Eduard era un intelectual, no estúpido del todo, lo que equivalía a ser definido como inservible. Pero este no era el caso de Alexander. Zaldostánov era un verdadero patriota, un hombre de acción y el cabecilla. Tal vez había llegado el momento de dar salida a su cólera. Y a la de todos esos bravos muchachos que lo rodeaban, ninguno de los cuales, si no recuerdo mal, pesaba menos de ciento diez kilos.

Lo cité en el despacho. Zaldostánov se presentó con su cazadora de cuero, barba de tres días y una ligera expresión de pasotismo. Pero no era tonto y tenía que ser consciente del lugar en el que se encontraba. Jamás había puesto los pies en el Kremlin ni se le había pasado por la imaginación la idea de que algún día lo haría. Por la manera como se movía y las miradas furtivas que lanzaba a su alrededor, era obvio que el motero consideraba esa invitación como una especie de acontecimiento milagroso.

He podido constatar varias veces que los rebeldes más radicales se podrían contar entre los individuos más sensibles a la pompa del poder. Gruñen cuando están delante de la puerta, pero se desgañitan de alegría cuando cruzan el umbral. Al revés que los notables, que a veces ocultan pulsiones anárquicas bajo su habitual relación con el fulgor dorado, los rebeldes son indefectiblemente deslumbrados como animales silvestres por los faros de los camioneros.

Zaldostánov trataba de mantener la compostura, pero me daba la impresión de leer sus pensamientos. Nos pasamos los primeros minutos evocando los tiempos heroicos del Partido Nacional-Bolchevique y sacando a colación de vez en cuando el nombre de Eduard, que acababa de cumplir sus dos primeros años de prisión. Pero no había tiempo que perder y decidí darle el golpe de gracia.

—El presidente está informado de nuestro encuentro y te envía saludos.

Ante esas palabras, los ciento cuarenta kilos del motero me parecieron agitarse en la silla. Zaldostánov estaba viviendo uno de los momentos culminantes de su existencia.

—Estos últimos años he seguido tus actividades y debo decirte

que estoy muy impresionado, Alexander. Sois increíbles. Cogéis a esos jóvenes y les dais un hogar, una disciplina. Transformáis a esos vagabundos a la deriva en soldados, en personas capaces de llevar a cabo acciones extraordinarias. He visto que habéis montado una verdadera empresa con lo del bar, los conciertos y hasta con el *merchandising*.

—Encuentran en nosotros las dos cosas que buscan: fraternidad y fuerza —respondió sobriamente el energúmeno.

—¡Caramba! Fraternidad y fuerza, ni más ni menos. Si no recuerdo mal, erais una simple banda de moteros. Ahora sois, sobre todo, unos verdaderos patriotas rusos.

Zaldostánov asintió.

—Fe y Patria, Vadim Alexéievich. Vamos de Satán a Dios, conducimos en la dirección contraria. Estamos dispuestos a dar una paliza, pero no por un kilo de coca. Tenemos otros valores.

—Así es, Alexander. Los lobos no solo son depredadores, son también los guardianes del bosque.

El motero me miró, un tanto perplejo. Quizá me estaba pasando. Decidí ir al grano.

—¿Has visto lo que ha ocurrido en Ucrania?

—Sí, ha habido una revolución.

—No es exactamente eso, Alexander. Una revolución viene desde abajo, para dar el poder al pueblo. En Ucrania ha sido un golpe de Estado. ¿Sabes quién ha tomado el poder? —Zaldostánov me escuchaba concentrado sin decir nada—. Los norteamericanos, Alexander. La revolución naranja no ha nacido en la plaza del Maidán, ha nacido en Langley, Virginia. Pero hay que reconocer que, con relación al pasado, esta vez la CIA ha hecho bien las cosas. En otra época, compraban a los generales. Un golpe de Estado militar en el momento oportuno y la victoria estaba asegurada. Lo han hecho así durante años y les ha ido muy bien. Pero hoy en día la cosa se ha vuelto más complicada, está internet, los móviles, las cámaras. ¿Y sabes qué han hecho? Han cambiado de método. Es más, lo han invertido: en lugar de hacerlo desde arriba, han decidido hacerlo desde abajo. El poder se adapta al contrapoder. Han estudiado las técnicas de sus enemigos. Las guerrillas, los pacifistas, los movimientos juveniles. Han aprendido su funcionamiento.

O, al menos, era de lo que el Zar estaba íntimamente convencido.

—Mira Ucrania, Alexander. Han creado una organización de jóvenes, han organizado conciertos en la plaza del Maidán, han creado una ONG para supervisar las elecciones, como ellos dicen, unos medios de comunicación que ellos llaman independientes, controlados, casualmente, por los oligarcas más antirrusos que hay. Incluso lo del lazo naranja. Me apuesto algo que han hecho un sondeo para elegir el color. Todo está calculado, como el lanzamiento de un nuevo detergente. O, mejor aún, de una bebida para adolescentes. Porque el ingrediente principal es la energía, la frustración de los jóvenes, su deseo de cambiar el mundo. Los norteamericanos lo han comprendido y están aprovechándose de ello.

En el fondo, Eduard tenía razón. En el origen de todo hay una pregunta existencial, la que habita en cualquier joven: ¿qué debo hacer con mi vida? ¿Cómo puedo marcar la diferencia? No es una pregunta política. Pero hay momentos en la historia en que, si un sistema no es capaz de dar una respuesta satisfactoria a esa pregunta, puede ser barrido del mapa. Es normal que los jóvenes más emprendedores tengan ganas de hacer cosas, que vayan en pos de una causa. Y de un enemigo. Lo que debemos hacer es darles esa causa y ese enemigo antes de que ellos los elijan por su cuenta.

Pero no somos nosotros quienes podemos hacerlo. Mira a tu alrededor, Alexander: aquí no hay más que burócratas de traje y corbata, políticos, gente de partido. Representamos el poder, nos parecemos al tipo aquel de esa película de la que habla siempre Eduard, ese que responde «plástico» al joven universitario que le pregunta qué debe hacer en la vida. Nosotros somos los adultos, el enemigo.

—Mientras que yo...

—Tú también eres un adulto, Alexander. Pero has seguido un camino diferente. No has hecho concesiones. Tú encarnas la libertad, la aventura. Tu energía vital está intacta. Basta con mirarte para sentirlo. Los jóvenes lo sienten. Tú los comprendes. Sabes lo que quieren. Sabes cómo hablarles y qué decirles. Puedes ser su guía para que no caigan en la trampa de los norteamericanos. Puedes conducirlos hacia los verdaderos valores. La Patria. La Fe.

—Tal vez, pero solo, ya sabe que...

—No estarás solo, Alexander. Detrás de ti estará el Zar, que te protegerá. Él no es como nosotros, aquí en el Kremlin. No es un

burócrata encorbatado. El Zar es como vosotros. Pertenece a la raza de los conquistadores. Ha nacido para ser vuestro líder, el líder de todos los verdaderos patriotas de este país. ¿No ha sido él quien ha vuelto a poner a Rusia en pie? ¿Por qué crees que los norteamericanos quieren librarse de él? Porque no soportan más que una Rusia de rodillas, no aceptan que alguien pueda oponerse a su hegemonía. Te lo repito, es como vosotros. Cultiva el ejercicio físico, la competición. Hace judo, va de caza, adora la velocidad...

—¿Cree usted que vendría a una de nuestras concentraciones?

—¡Por supuesto que sí, lo está esperando! Y lo mejor es que no tendré que convencerle de que estáis de su lado, que queréis ayudarlo a luchar por la grandeza de nuestra patria, la Rusia que siempre ha logrado hacer retroceder al invasor, Napoleón, Hitler. Ahora, nos toca a nosotros cumplir con nuestro deber.

Zaldostánov ya no me escuchaba. Se veía en acción sobre su moto, melena al viento, junto al Zar, como una especie de cosaco posatómico.

—Haremos más todavía. Organizaremos juntos el Maidán ruso. Una concentración para los jóvenes patriotas de nuestro país, un lugar donde podrán encontrarse y mirarse a la cara. ¡Y empezar la lucha contra el verdadero enemigo, la decadencia de Occidente, sus falsos valores que crean divisiones y frustraciones!

—Sí, el Maidán ruso, una cosa a lo bestia...

Zaldostánov había empezado a entusiasmarse, se daba cuenta poco a poco de que mi plan le permitiría conciliar sus sueños de gloria de veinteañero con la satisfacción de las legítimas ambiciones monetarias del cuarentañero en que se había convertido.

—Organizaremos también más concentraciones, más conciertos, campamentos de verano. Y luego escuelas de formación, periódicos, páginas web: todo lo que sirva para formar una generación de patriotas. ¡Debemos asaltar la mediocridad de lo cotidiano, Alexander! Ofrecer a nuestros jóvenes una verdadera alternativa frente al materialismo occidental. Rusia tiene que convertirse en un lugar en donde uno pueda desahogar su rabia contra el mundo y ser a la vez un fiel servidor del Zar. Las dos cosas no son contradictorias, más bien al contrario.

—Lo que usted quiere, prácticamente, es hacer imposible la revolución.

Aunque entusiasmado, el motero no había perdido el sólido sentido común que había detectado en él desde el principio.

—Digamos que queremos abolir su necesidad, Alexander. ¿Quién necesita hacer la revolución si el sistema la lleva ya incorporada?

21

El día de nuestro encuentro, aunque no le serví ni una gota de vodka, Zaldostánov salió del Kremlin en estado de embriaguez. Lo que él ignoraba era que, a continuación, tenía una cita con el líder de un grupo de jóvenes comunistas que me habían impresionado por su vivacidad. Y después de este, me veía con el intrigante portavoz de uno de los grupos de renacimiento ortodoxo. Y luego, con el jefe de los ultras del Spartak. Y un poco después, con el representante de uno de los grupos más populares del teatro alternativo. Así, poco a poco, los recluté a todos: a los moteros y a los *hooligans*, a los anarquistas y a los *skinheads*, a los comunistas y a los fanáticos religiosos, a la extrema derecha, a la extrema izquierda y a casi todos los demás que estaban en medio. A todos cuantos eran susceptibles de dar una oferta estimulante a la demanda de sentido de la juventud rusa. Después de lo que había pasado en Ucrania, no podíamos permitirnos por más tiempo dejar fuera de control a las fuerzas de la cólera. Para construir un sistema verdaderamente fuerte, el monopolio del poder no era suficiente, hacía falta tener el de la subversión. Una vez más, se trataba en el fondo de utilizar la realidad como materia para instaurar una forma de juego superior. Hasta ahora, no había hecho otra cosa en la vida que medir la elasticidad de la gente, su inagotable propensión a la paradoja y a la contradicción. Ahora, el teatro político que tomaba forma bajo mi dirección representaba la culminación natural de mi trayectoria.

Debo decir que cada quien representó de buen grado el papel que le había sido asignado. Algunos incluso con talento. Los únicos a quienes no pude fichar fueron los profesores, los tecnócratas responsables de las catástrofes de los años noventa, los abanderados de lo políticamente correcto y los progresistas que se pelean por que haya lavabos transgéneros. A estos preferí dejarlos en la oposición: de hecho, se necesitaba una oposición constituida precisamente por personajes como ellos. En cierto modo, acabaron siendo mis mejores

actores, no hubo que contratarlos para que trabajaran para nosotros. Insignificantes moscovitas que se sentían en tierra extraña cuando cruzaban el tercer anillo de la periferia, gente que no habría sido capaz de mover ni un sillón, en lo que a gobernar Rusia se refiere... Cada vez que tomaban la palabra, consolidaban nuestra popularidad. Los economistas con su desdén de doctores, los oligarcas supervivientes de los años noventa, los profesionales de los derechos humanos, las pasionarias feministas, los ecologistas, los veganos, los activistas gais: un maná caído del cielo, para nosotros. Cuando las chicas de aquel grupo de música profanaron la catedral de Cristo Salvador, aullando obscenidades contra Putin y el patriarca, nos hicieron ganar cinco puntos en los sondeos.

Sin hablar de Garri Kaspárov, el campeón de ajedrez que había fundado su propio partido de oposición. Solo me encontré con él una vez, en una de esas recepciones mundanas que, en Moscú, logran reunirlo todo y su contrario. No es que fueran lugares que yo frecuentase habitualmente, pero usted no puede ni imaginarse lo difícil que era librarse de los requerimientos de una dama como Anastasia Chéjova. Desde hacía años, Anastasia era la reina de la alta sociedad moscovita. Combinaba el aura cultural que le venía del hecho de ser la descendiente de un gran escritor con el poder adquisitivo asegurado por su marido banquero. Vivía en un hotelito particular construido a principios del siglo XX por un comerciante de cereales que no había tenido ocasión de disfrutarlo mucho tiempo.

Pasada la entrada tapizada de azul turquesa, las grandes puertas de caoba, adornadas con llamadores de cobre esculpidos en forma de pájaros, daban acceso a una serie de salones decorados al estilo de los locos años veinte, con una geometría de consolas, divanes y mesas bajas que servían de marco para la extraordinaria colección de jades antiguos de la dueña de la casa. Entre las pulidas superficies de los muebles y unos espejos enmarcados de flores, cabría haber esperado aparecer a Zelda Fitzgerald o, al menos, a Kiki de Montparnasse. Pero la mayoría de veces te dabas de bruces con un peluquero de moda o, en el mejor de los casos, con un corresponsal del *New York Times*.

En esa casa, las veladas estaban demasiado orquestadas como para ser divertidas, pero la gente no dejaba de acudir a ellas porque le gustaba encontrar allí la confirmación de su propia importancia social. A falta de una auténtica alegría, se podía leer en sus miradas la pasión

rapaz de estar informados antes que nadie, de vivir en una dimensión en la que cualquier cosa sucedía con adelanto y donde, con un poco de habilidad, ese adelanto podía convertirse en un bien valioso: dinero, poder, prestigio.

La dueña de la casa planificaba sus recepciones como campañas militares. Dominante como era, peinaba el Todo-Moscú como un viento infiel y glacial. Si bien el objetivo era siempre frívolo, la estrategia para alcanzarlo implicaba la movilización de otro tipo de recursos. Los hombres de negocios garantizaban la sustancia y los aristócratas la decoración, pero para que la velada pudiera considerarse un éxito era necesario combinar los más raros ingredientes: cierta dosis de genio, una pizca de glamur internacional y un punto de transgresión. Garri Kaspárov tenía la ventaja de concitar esos tres aspectos en una sola persona. Ajedrecista de fama mundial, había girado hacia la política al organizar pretendidas «marchas de disidentes» por las calles de la capital, lo que le había conferido inmediatamente una aureola de heroísmo de salón. Las matronas cubiertas de joyas del Moscú radical-chic revoloteaban a su alrededor como si fuese un nuevo Che Guevara.

Aquella noche, nada más entrar, vi que, notoriamente ebrio de su gloria mundana y quizá no solo de esta, tenía en ascuas a su auditorio. Entonces, alguien debió de señalarle mi presencia.

—¡Ah! Es usted, Baranov —me increpó—, el mago del Kremlin, el Rasputín de Putin. ¿Sabe lo que dice la gente de su «democracia soberana»? Que es a la democracia lo que la silla eléctrica a la silla.

Solté una carcajada.

—Eso al menos demuestra que los rusos no han perdido el sentido del humor. Kaspárov, en serio, ¿sabe usted lo que significa la democracia soberana?

—No soy un politólogo, pero como ajedrecista le diría que más o menos lo contrario de una partida. En ajedrez, las reglas son las mismas, pero el vencedor cambia con frecuencia. En vuestra democracia soberana, las reglas cambian, pero el vencedor siempre es el mismo.

Hay que admitir que el campeón tenía respuestas para todo. Los cantamañanas que nos rodeaban pataleaban como fans en el palco de un concierto.

—Tal vez. Sé que la política no es asunto suyo, pero, dígame,

Kaspárov, ¿no se mantuvo la CDU en el poder durante veinte años en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial? ¿Y el Partido Liberal-Demócrata durante cuarenta años en Japón? Vosotros, los liberales, pensáis que la cultura política rusa es el producto arcaico de la ignorancia. Consideráis que nuestras costumbres y nuestras tradiciones son un obstáculo para el progreso. Queréis imitar a los occidentales, pero lo esencial se os escapa.

Kaspárov me observaba ahora con un aire francamente hostil.

—Si se quiere saborear algo dulce, hay que comerse el caramelo, no el envoltorio. Para conquistar la libertad, hay que asimilar la sustancia, no la forma. Vosotros repetís los eslóganes que habéis aprendido en Washington y en Berlín, y mientras tanto llenáis nuestras calles de envoltorios de caramelos. Sois como los Borbones, no olvidáis nada y no aprendéis nada: tuvisteis vuestra ocasión y despedazasteis Rusia. Desde que habéis perdido el poder, soñáis con recuperarlo para terminar vuestra obra. Nosotros hemos analizado el asunto con detenimiento, hemos aprendido la lección de Occidente y la hemos adaptado a la realidad rusa. La democracia soberana corresponde a los fundamentos de la cultura política rusa. Por eso el pueblo está de nuestro lado. Sois vosotros, los profes, los que todavía no lo habéis comprendido.

—¡Pero yo no soy ningún profe!

—Por supuesto que no. Usted es un campeón de ajedrez.

Kaspárov captó la ironía y la apreció poco. Hijo del Cáucaso, apretó los labios en una expresión que se pretendía disuasiva.

—Ya sabe usted que no hay juego más violento que el ajedrez.

Le sonreí tranquilamente.

—No sabe de lo que habla, profesor: la política es infinitamente más violenta.

—Pero es que no es un juego.

—No lo es para los aficionados. En cambio, créame, para los profesionales es el único juego que de verdad vale la pena jugar.

Kaspárov me miró como si yo estuviera loco. También me pareció que contuvo un estremecimiento.

22

Siempre me han gustado los bares de los grandes hoteles. Al revés que los restaurantes pretenciosos, donde hay que reservar y uno nunca se libra de las payasadas del chef estrella del momento, los bares, incluso los más legendarios, están ahí, disponibles, siempre preparados para acoger a una clientela heterogénea de turistas con buen humor, hombres de negocios más o menos siniestros, mujeres de estatus indefinido. El aire que se respira en esos lugares es generalmente neutro, nada se parece más al bar de un gran hotel de Londres que el de un gran hotel de Lisboa, de Singapur o de Moscú. Mismas luces difusas, mismos camareros, mismo menú. Su punto fuerte es una buena mezcla de comodidad e indiferencia. Los hay en cualquier ciudad del mundo, no necesitas guía para encaminarte a determinada hora de la noche al bar de un gran hotel; no te hace falta nada más para estar a gusto, a condición de que huyas como de la peste de los lugares de moda, los hoteles-boutique y demás trampas por el estilo.

En Moscú, en aquella época, los bares de los hoteles eran mi oasis, podía en ellos hacer como que observaba el exterior de la realidad brutal en la que me hallaba inmerso, adoptando por unas horas la perspectiva del turista o del empresario que está de paso. Solo el hecho de verlos repantigados en los sofás con expresiones ligeramente aliviadas me transmitía una sensación de calma. Era como si las puertas giratorias de la entrada tuvieran la capacidad de no dejar penetrar la materia oscura de la ciudad, creando una pequeña Suiza a medida.

En el Metropol, por lo general, me bastaba con los primeros tragos de whisky para sentirme transportado a las orillas prósperas e inofensivas del lago Lemán. Pero esa noche, en contra de mi costumbre, estaba totalmente concentrado en el presente. Sentada frente a mí, Ksenia había pedido un vaso de agua. Después de mucha insistencia, había conseguido que me concediera una cita, pero eso no

significaba que estuviera dispuesta a darme ninguna satisfacción. Había elevado al rango de gran arte la actitud femenina de decir no mientras asentía, de sonreír mientras te insultaba, de entregarse y negarse al mismo tiempo, sin caer nunca en la contradicción. A su lado, un hombre podía experimentar el sentimiento de victoria y ser consciente de la imposibilidad de esa victoria. Hasta ese punto ambas cosas eran inextricables. Y hasta ese punto constituían la esencia del deseo y quizá también del amor.

Yo tenía una confusa consciencia de todo eso en aquella época. Seguía buscando algo que solo, más adelante, comprendería de qué se trataba. Esa primera noche intenté averiguar qué había hecho ella durante estos años. Nada, me contestó. Era verdad. Recordaba que siempre fue así. Ksenia no creía en el trabajo. Ni en ningún esfuerzo que tuviera por objeto otra cosa que no fuese ella misma. Mientras que las esposas o acompañantes de los oligarcas abrían galerías de arte contemporáneo, fundaciones para salvar a los huérfanos rusos o a las focas del Ártico, ella no hacía nada. Su pereza, virgen de todo compromiso, era una forma de inteligencia. Ksenia no sentía la necesidad de agregar a su existencia la más mínima actividad, lo cual le confería una superioridad automática sobre los demás. Su fuerza no residía tan solo en la belleza con la que tomaba posesión de cualquier espacio, también se basaba en la cualidad increíble de sus gestos. Por sí misma, Ksenia constituía una doctrina. Nada que ver con la materia abstracta de los exámenes universitarios: ella era la verdadera filosofía, una pregunta de vida o muerte, la única a la que valía la pena enfrentarse. Tenía algo que suscitaba en los hombres la nostalgia irresistible de vidas no vividas. Y el deseo de contárselas, las que sean, con tal de no perder su atención. Su presencia hacía posible el milagro. O, en todo caso, daba esa impresión.

Le hablé como no había hablado desde hacía años. Como si nunca hubiera hablado en mi vida con nadie, con la sensación de que podía ser comprendido. Es muy posible que se debiera a una técnica que Ksenia había desarrollado, un efecto óptico que ella conseguía producir, el reflejo de un relámpago y nada más. Pero eso bastaba para mí. Le conté que, unos días antes, después de entrar a la carrera en un ascensor del Kremlin, vi de pronto mi imagen reflejada en un espejo. Pero no era yo, era el rostro de mi padre. Había aparecido de improviso y no me abandonaba, lo veía cada mañana cuando me

afeitaba, me observaba sorprendido, con un rictus de ironía. La cara de mi padre que había acabado por alcanzarme pese a los esfuerzos que yo había hecho por evitarlo. Y detrás de su cara, el cráneo, que se percibía ahora con claridad y esperaba su momento, ahondando su impronta en mis rasgos cada vez más cansados. Le hablé de mi cansancio. Y por primera vez, al hablar con Ksenia, me di cuenta de cuán agotado me sentía. Había corrido tanto y desde hacía tanto tiempo que a mis cuarenta años me sentía como uno de esos atletas olímpicos a los que ya les toca retirarse.

Después de aquella primera cita, empezamos a vernos con frecuencia en el Metropol. Aparentemente, ella se dejaba llevar, pasando del vaso de agua de la primera vez a la copa de Chablis de la segunda, hasta el vodka con martini de las sucesivas veces. En realidad, sentada delante de mí, con las piernas cruzadas y sus pequeños pechos erguidos, iba poco a poco recuperando su reino. Sus ojos sonreían para, a continuación, volverse serios. Ni por un instante, en el transcurso de los años en que habíamos estado separados, su inteligencia había dejado de crecer. Se había nutrido de toda clase de cosas y ahora volvía a mí renovada y pura. Ksenia transmitía una sensación de calma que nunca le había conocido, como si la agitación que llevaba en su interior hubiera, finalmente, encontrado su antídoto en los caóticos acontecimientos que habían marcado los últimos años de su vida. Sus sospechas de antaño sobre la vida y las personas habían sido confirmadas, como había sido confirmada su capacidad para comprenderlas y gestionarlas. Hablar con ella era como poner fin a un exilio que había durado demasiado tiempo. Nuestros pensamientos se perseguían y jugaban juntos como niños en una tarde soleada. Hasta el día en que, por descuido, nos adentramos por el terreno que, hasta ese momento, habíamos evitado.

La velada estaba ya avanzada y yo me había lanzado a contar, con un énfasis alcohólico, la historia de ese jesuita español que, en tiempos oscuros, había escrito un manual para ayudar a las almas vigorosas y constantes a orientarse: cuando se pierden la caballerosidad, la generosidad y la fidelidad, él sostenía que debía ser posible hallarlas de nuevo en el corazón de una persona valiente.

Ksenia torció el gesto.

—La gloria, la pasión, los hombres sois siempre tan románticos.

Nosotras, las mujeres, no podemos permitírnoslo, tenemos la responsabilidad de la supervivencia del mundo.

Sonreí; siempre me ha gustado ver confirmados mis más arraigados prejuicios. Uno de los encantos principales de la mujer rusa es su ferocidad. Y entre todas las mujeres rusas que había tenido ocasión de conocer, Ksenia era, desde luego, la más feroz. Me fusiló con la mirada.

—No me digas que eres también como los otros, Vadia, uno de esos que nunca comprenderán nada.

No, no, yo no lo comprendería jamás, por lo menos eso debería ser evidente. Lejos de mí la idea de pretender lo contrario. Pero Ksenia prosiguió:

—Dais grandes discursos, pero lo confundís todo. En el fondo pensáis que el matrimonio es una manera de garantizaros un público, alguien que esté siempre a vuestro lado, admirando vuestras hazañas.

No estaba seguro de que se estuviera dirigiendo a mí.

—Tú no, por supuesto, Vadia, tú eres un poeta. Un poeta perdido entre los lobos. Para ti, claro está, el amor es sagrado. Recuerdo tus palabras: «Mira más allá del bosque por el que caminamos temblorosos, hay un castillo iluminado y la noche espera».

—Qué maravilla, lo había olvidado: Rilke.

—Sí, qué maravilla. Si fuera por ti, aún seguiríamos en el sofá de la calle Gasheka, cogiditos de la mano.

—Según mis recuerdos, no nos cogíamos solamente de la mano, en aquel sofá.

Por un instante, la expresión de Ksenia se suavizó, pero volvió a la carga enseguida.

—¿Sabes? El matrimonio es lo contrario que el amor. Es como los impuestos. En cierto modo, los pagas por los demás.

—No me digas, ¡para construir el futuro del socialismo!

No entendía por qué seguía con ese tipo de discurso. O tal vez sí. En cualquier caso, a mí no me apetecía. Pero nadie jamás ha sido capaz de parar a Ksenia cuando ella ha decidido demostrar algo.

—Es la ley, la base de cualquier sociedad. ¿No es eso lo que repite todo el tiempo tu Zar cuando está con vuestros amigos ortodoxos? Es ridículo pensar que se puede basar en un sentimiento pasajero.

—Pero, a pesar de todo, podemos brindar por los sentimientos

pasajeros, ¿no?

Impasible en su diván de terciopelo negro, Ksenia ignoró mi copa levantada.

—En el mundo entero, durante siglos, los hombres y las mujeres se han casado por razones que no tenían nada que ver con el amor, sin labrarse esperanzas absurdas como la idea de encontrar la felicidad en un contrato. Hallaban en el matrimonio la estabilidad que servía para fundar una familia. Luego, para todo lo demás, ya se organizaban, había mil maneras... ¿Sabes que tus franceses del XVIII nunca invitaban a cenar juntos a un marido y a una esposa?

—¡Me alegro! Veo que aún te queda algo de nuestras antiguas relaciones.

La verdad era que no me alegraba para nada, mi único deseo era que Ksenia cambiara de asunto. Pero no había nada que hacer.

—¿Sabes lo curioso? Algunas veces ocurría que los esposos se enamoraban el uno del otro. En aquel entonces eso se consideraba un hecho un tanto fastidioso, pero ocurría...

—¡Lo que faltaba!

—Hay que decir que, en la mayoría de los casos, no pasaba eso. Pero el matrimonio funcionaba porque había bases sólidas. Y se encontraba el amor fuera.

—El marido por lo menos...

—La esposa también, en las sociedades más evolucionadas. ¿Te acuerdas como era aquí, en los tiempos de la URSS? Los maridos y las mujeres tenían vacaciones en momentos distintos. Estaba hecho adrede, había establecimientos vacacionales para los unos y para las otras. De ese modo, cada quien tenía la posibilidad de aprovecharse... La culpa de esa descabellada idea de casarse por amor es de las novelas del XIX y de las pelis de Hollywood. Que descubran luego que el amor se acaba o que nunca ha existido, o que hay otro más grande a la vuelta de la esquina.

El cinismo espontáneo de Ksenia siempre me había fascinado. Pero en esa ocasión era demasiado burdo.

—Cuando me dejaste, ya no me amabas.

—¿Y cómo habría podido, Vadia? Tú eras un niño consentido, jugabas a ir de artista, te ocultabas en eso. Sabes de dónde vengo yo, Vadia, la bohemia no era lo mío. Eso no era lo que yo quería. No hay libertad ahí dentro, solo una huida sin fin. Mi madre se consideraba

una rebelde, quería ser libre, pero al envejecer empezó a depender del último fracasado que aceptaba chulearla. Comprendí entonces que la verdadera libertad nace del conformismo. Únicamente si mantienes las apariencias puedes hacer lo que te dé la gana. Yo necesitaba estabilidad. Económica, por supuesto. Pero no solo. Misha tenía el control.

—Al menos hasta que lo perdió.

—Eso es porque vivimos en un país absurdo.

—Tal vez. Pero en un país normal, Misha, en el mejor de los casos, se habría convertido en un corredor de apuestas clandestino.

—No lo creo. Misha habría triunfado en cualquier cosa. Pero aquí tuvo que jugar con las reglas rusas.

—Reglas que no había entendido. Si compras algo con cuatro cuartos, y además prestados, ese algo no te pertenece, te lo pueden quitar en cualquier momento. Tu Misha se creía un Steve Jobs, cuando en realidad no era más que una muñeca hinchable.

—¿Cómo puedes seguir enfadado con él después de todo lo que le habéis hecho? ¿No te parece que ya ha pagado con creces?

—No.

Ksenia me miró de modo extraño. Por un momento creí que se iba a marchar. Pero, de pronto, en su rostro apareció esa dulzura inquietante que le era tan característica. Sus ojos brillaban como los de una niña de cuatro años.

—¿Tanto me querías?

—Yo te amaba, Ksenia.

—¿Y ahora? ¿En este momento?

Silencio.

—Ahora también.

Ksenia había dejado de ser una niña. Era una mujer en su plenitud y me dirigía una sonrisa de profunda seguridad desde sus cuarenta años. La ninfa curiosa y cruel que yo había conocido antaño había madurado sin perder nada de su encanto. Miré a mi alrededor. El pianista había dejado de tocar. Los turistas se habían ido a acostar. Quedaban dos camareros, un poco inquietos. Ksenia y yo, uno frente a otro, éramos los testigos de un hecho incomprensible, como soldados que se encuentran en una trinchera por primera vez y a los que nada hasta entonces los hubiera preparado para lo que están viviendo. Algo que había comenzado unos años antes estaba cumpliéndose de una

manera totalmente inesperada y serena. Habituado a los acontecimientos que abren los telediarios y generan debate entre la gente de la calle, yo aún no estaba preparado para eso. Para el acontecimiento imperceptible que lo cambia todo.

Recordé que en esos momentos las palabras son inútiles. Un poco antes, no eran necesarias, ahora no servirían para nada. Salimos los dos del hotel y empezamos a caminar. Todo el imaginario nocturno de Moscú estaba a nuestra disposición. Sobre nosotros, el cielo permanecía intenso y puro. Nos metimos por las callejuelas que bordean la Tverskaya. Nuestros pasos se hundían en la nieve, ocupaban el lugar de las palabras. Las fachadas de las antiguas casas señoriales y las ramas de los pequeños árboles cubiertos de espesos copos nos escoltaban en silencio. Su benevolencia volvía superflua cualquier precaución. Nos mirábamos de vez en cuando, buscando los dos una confirmación en los ojos del otro.

23

La jugada de la labrador retriever no fue mía. He de reconocer que fue una idea genial del Zar, aunque un poco brutal, como la mayor parte de sus iniciativas. La canciller se esperaba un encuentro normal. Impecable, con traje sastre negro y botines comprados en el supermercado, como iba siempre, y sin papeles. Porque ella se lo estudiaba todo de antemano: las fichas minuciosas que le preparaba su equipo, las notas con membrete de los distintos ministerios y los memorandos en folios blancos destilados por los servicios de seguridad de la República Federal. Se pasaba noches y días enteros devorando datos, trazando escenarios geopolíticos con la misma exactitud con que hacía sus experimentos de laboratorio durante su carrera universitaria. El resultado era que la canciller llegaba siempre fresca y segura de sí misma, malévola como quienes saben que pueden permitírselo, con el poderío geométrico de esas *Länder* y de esas *Konzerne* detrás de ella. Aquel día, sin embargo, nada la había prevenido de quién la esperaba cuando hiciera su entrada en la sala de reuniones. Koni. La gigantesca labrador retriever negra del Zar.

Para comprender bien la situación hay que saber que la canciller tenía fobia a los perros. Con los años, había domeñado más bestias feroces en la arena de la política mundial que todos los domadores de circo juntos. Pero un perro, cualquier perro, incluso el más insignificante, despertaba en ella el mismo terror ancestral que había experimentado a la edad de ocho años, cuando solo un milagro impidió que el rottweiler del vecino la destrozara ante la mirada espantada de su padre.

Así que imagínese la escena en el Kremlin ese día. Aunque en realidad no tiene por qué imaginársela, ya que las fotos están en internet. La canciller con una risa forzada mientras Koni, de pelo brillante, da vueltas a su alrededor. La canciller petrificada en su silla mientras Koni se le echa encima, juguetona, en busca de carantoñas. La canciller al borde de un ataque de nervios cuando Koni mete el

hocico en su regazo para olfatear el olor de su nueva amiga. El Zar, a su lado, sonríe, relajado, con las piernas abiertas:

—¿De verdad que el perro no la molesta, señora Merkel? Podría mandarlo fuera, pero ya ve que es muy cariñoso. Me cuesta separarme de él.

La labrador retriever. Ese es el momento en que el Zar decidió quitarse los guantes y empezar a jugar el partido como había aprendido en los patios de recreo de Leningrado, cuando aún no habías rozado la pelota y ya alguien te había dado un rodillazo en los huevos. Allí tenías siempre que demostrar que estabas un poco más loco que los demás, si no querías que los más brutos te pasaran por encima. La política del más alto nivel es prácticamente lo mismo. Salones dorados, guardias de honor, cortejos oficiales a través de las calles cortadas a la circulación, pero luego, en el fondo, responde a la misma lógica que la del patio de colegio, donde los más brutos imponen su ley y donde la única manera de hacerse respetar es el rodillazo.

Durante los primeros años, al aparecer en la escena internacional, el Zar se mantenía un poco en segundo plano, con la actitud clásica del ruso que nunca tiene su documentación en regla y ha de someterse al examen minucioso de jueces más civilizados. El eterno complejo del bárbaro del otro lado de la frontera que debe hacerse perdonar cinco siglos de masacres, cuya culminación es el apocalipsis del socialismo real. En aquella época, Moscú estaba llena de extranjeros enjutos y eficientes. Se movían por las grandes empresas, los ministerios e incluso por el Kremlin con aires de procónsules romanos enviados a restablecer el orden en una lejana provincia del Imperio. Dirigían bancos, fundaciones, periódicos. Daban consejos y opiniones con el mismo tono con que alguien se dirige a un niño que se sabe que va a acabar mal, a pesar de todo el amor y los esfuerzos de sus padres.

Estábamos acostumbrados a escucharlos. Porque era lo único que había que hacer, *there is no alternative*. Lo cierto era que, aunque seguíamos sus consejos, las cosas no mejoraban. No sabíamos cómo, pero, en lugar de crecer, nuestra influencia disminuía. Cuanto más buscábamos ser aceptados, menos parecía que nos tuvieran en cuenta. Luego eso no fue suficiente. Nuestra docilidad merecía ser castigada con la mayor severidad. La OTAN en los países bálticos, las bases norteamericanas en Asia central, la tutela de las instituciones

financieras, siempre había algo más. Quisieron tomar directamente el poder. Mandarnos otra vez al sótano y poner en nuestro lugar a unos agentes de la CIA y del Fondo Monetario Internacional. Primero en Georgia y luego en Ucrania, en el corazón mismo de nuestro Imperio perdido.

Cuando vio a las masas desatadas, financiadas por George Soros, por el Congreso norteamericano, por la Unión Europea, ocupar Tiflis, Kiev, Biskek y anular por medio de la violencia el resultado de las elecciones, el Zar lo comprendió por fin. El verdadero objetivo era él. Si permitía la subversión naranja sin reaccionar, el contagio se extendería por toda Rusia, derrocando su poder para poner en su lugar a algún fantoche prooccidental. Toda su buena voluntad de escolar ruso por aprender las lecciones de buena educación de los vencedores de la guerra fría no había servido para nada. Tan solo había convencido a los nuevos patrones de que no había ninguna razón para andarse con escrúpulos. El camino a Moscú estaba despejado, la victoria era completa, los que se habían librado de Napoleón y de Hitler finalmente estaban al alcance de la mano.

Fue entonces cuando el Zar decidió apostar por su perra Koni. No es que fuese una maniobra totalmente original, de hecho había tenido un precedente en Calígula, el emperador romano. Solo que nosotros lo hicimos mejor, porque Calígula se había limitado a nombrar senador a su caballo, mientras que nosotros directamente promovimos al perro como ministro de Exteriores.

A partir de ahí, la situación mejoró mucho. Nuestros colegas empezaron a mirarnos de otra manera y, paso a paso, recuperamos el respeto que habíamos perdido en la escena internacional. Gracias al comportamiento de Koni, el rango de Rusia volvió de nuevo a ser el de una gran potencia. En Europa y en Oriente Medio, nuestra voz comenzó a ser escuchada otra vez.

No hay duda de que el labrador retriever es un perro con un talento fuera de lo común. Para empezar, Koni es una hembra, lo que determina ya una superioridad automática sobre sus congéneres machos. Además, desciende en línea directa del perro preferido de Brézhnev y se dice que su nombre viene de Condoleezza Rice, la exsecretaria de Estado norteamericana. En resumen, que lleva la política en la sangre. Pero su cualidad decisiva es la sorpresa. Ahí donde sus colegas humanos elaboran prudentes estrategias basadas en

interminables análisis, lo tergiversan todo y no concluyen nada, Koni olfatea el aire y toma la iniciativa. Es soberana, actúa sin pedir permiso. Bajo su dirección, hemos aprendido a aceptar el caos. A convertirlo en un aliado. No piense usted en sofisticadas estrategias. La gente cree que el centro del poder consiste en una lógica maquiavélica, cuando en realidad reside en lo irracional y en las pasiones, en un patio de colegio, ya le he dicho, donde la crueldad gratuita campa a sus anchas y prevalece indefectiblemente por encima de la justicia, incluso por encima de la pura y simple lógica. De entre todos los primates, el hombre es el que tiene el cerebro más grande, ciertamente, pero también su polla es la más grande, más que la del gorila. Algo querrá decir eso, ¿no?

Los antiguos dirigentes soviéticos tenían sus cualidades, pero siempre escogían la estabilidad frente a la incertidumbre. Les gustaba que las cosas fuesen organizadas y previsibles. Por eso al final se dejaron comer por los estadounidenses. Porque en ese juego los occidentales son los mejores. Toda su visión del mundo radica en el deseo de evitar los accidentes, de reducir lo más posible el territorio de lo incierto, con el fin de que reine la razón suprema. Nosotros, por el contrario, comprendimos que el caos era nuestro amigo y, bien mirado, nuestra única posibilidad. Comparar a los mercenarios y a los *hackers* tipo Koni con los viejos funcionarios de la primera dirección del KGB, como hacen los analistas occidentales, es ridículo. Aquellos eran unos burócratas previsibles, mientras que los de ahora ni siquiera sabemos exactamente lo que harán al día siguiente. Pero hemos apostado por ellos: bastó con que la labrador retriever les mostrara el camino para lanzarse por él; era lo que estaban esperando.

24

Nunca he sido un apasionado de San Petersburgo, ciudad homogénea, petrificada en el tiempo, carente de la fuerza vital y de la continua sorpresa en las formas que hacen de Moscú tan excitante e indescifrable. Cada vez que voy allí, tengo la impresión de pasearme por un decorado teatral abandonado por sus personajes, fruto de una apuesta ingenua y ridícula que salió mal y que, con toda razón, fue relegada a los márgenes de la historia. El Zar, en cambio, solo allí es donde se siente plenamente cómodo. En cuanto pone el pie en Píter, la capa de autocontrol exacerbado que lo envuelve en la capital se le cae a los pies y libera a un personaje más afable. No vaya usted a figurarse grandes risas ni palmadas en la espalda, pero en su casa Putin se relaja e incluso se permite una cerveza o una copa de vino. Para él, San Petersburgo significa sobre todo el lugar de los allegados.

Cuando trabajaba para él, me reunía con el Zar en su ciudad. Nunca he formado parte del círculo de sus íntimos, nuestra relación, hasta en los momentos más intensos, siempre fue una relación de trabajo. Creo que había en nuestros respectivos caracteres, y tal vez en nuestros respectivos orígenes, algo muy profundo que nos impedía traspasar el umbral que da normalmente acceso al terreno de la amistad. Ni él ni yo la habíamos deseado nunca. Putin tenía sus amigos, su colorista y variopinta panda de yudocas, espías y hombres de negocios con los que había compartido las diferentes etapas de la vida oscura por las que había pasado antes de llegar a la claridad del Kremlin. En cuanto a mí, yo tenía mis libros y ahora de nuevo a Ksenia, que me bastaban y sobraban para satisfacer todas mis exigencias sentimentales. Aun así, a lo largo de los años se había desarrollado entre nosotros una auténtica complicidad y no creo equivocarme si digo que el Zar apreciaba mi compañía. Le gustaba implicarme en cualquier tipo de situación para conocer mi punto de vista. Sabía que sería distinto del de otros y en general más directo. Creo que percibía en mí una forma de libertad interior que, si bien le

impedía fiarse completamente de mí, lo impelía a recabar mi consejo. Estar a su lado era para mí un privilegio. No por las ventajas que se derivaban, los cristalitos de colores que atraían a las bestias salvajes y a los pequeños carroñeros de la política, sino por la experiencia única de poder seguir, día tras día, un drama isabelino que se estaba representando en el teatro del mundo.

Si Putin era el innegable protagonista, su círculo de amigos de San Petersburgo constituía una serie de papeles secundarios digna de *Ricardo III*. En unos pocos años habían pasado de ser unos chanchulleros provincianos, obligados a trampear entre las letras de cambio vencidas y las llamadas telefónicas de los directores de banco, a ser la nobleza del Imperio, hasta acumular riquezas dignas de los emires del Golfo. Ese proceso, muy rápido, había arrasado con todo en su camino. Ningún sentimiento ni ninguna emoción originales habían sobrevivido al diluvio de millones que había caído sobre los amigos del Zar. Cada uno de ellos se había transformado hasta lo más profundo de su ser. Pero el pacto implícito con Putin era hacer como si nada hubiera pasado, volver a encontrarse con la misma sencillez de antaño. Porque, si el Zar los había cubierto de oro, era en recuerdo del pasado y no por unas cualidades excepcionales, que ninguno de ellos poseía. Si Putin tenía unos atributos fuera de lo común que podían justificar su carrera ascendente, el único mérito de ellos consistía en haberse cruzado con él en su camino en un momento u otro y en haber sabido atraer su simpatía y, sobre todo, su confianza. Cultivar la indulgencia del Zar era la única condición que debían cumplir para que el maná caído del cielo continuase beneficiándolos. Pero para lograrlo no bastaba con adoptar la mera adulación del cortesano. Eran sus amigos, los de antes, de los que Putin esperaba, o fingía esperar, cierto grado de sinceridad, aunque todos sabían que esa sinceridad tenía su límite en la idea, cada vez más hipertrófica, que el Zar se hacía de sí mismo. En la práctica, esa sinceridad ruda, propia de viejos amigos, era una especie de alquiler. Un ejercicio de alto voltaje que daba lugar a escenas grotescas, muchas de las cuales tuve ocasión de presenciar en San Petersburgo, entre los amigos que multiplicaban los chistes y las pequeñas impertinencias sin llegar nunca a contradecir al Zar en ningún punto fundamental, sino rivalizando para ver quién iba a ser el primero en reafirmar todas sus ideas.

Fue en una de esas ocasiones cuando conocí a Yevgueni

Prigozhin. Estábamos reunidos unos cuatro o cinco en el reservado de un restaurante repleto de espejos y lámparas de araña. Putin me había presentado como propietario del lugar a un tipo de aspecto más bien insignificante, calvo, que sonreía modestamente y que hizo muy bien su papel durante toda la cena, describiendo los diferentes platos, sirviendo los grandes caldos franceses y poniéndose en todo momento a disposición del Zar, listo para satisfacer cualquier exigencia gastronómica. Lucía una corbata plateada como si de una boda se tratara y se dirigía a nosotros con deferencia, pero era seco con el personal que nos servía. Al acabar la cena, Putin lo invitó a sentarse con nosotros. La sobremesa estaba inmersa en una conversación cada vez más alcohólica sobre los respectivos méritos de varias agencias de *escort* europeas. El Zar, que evidentemente nunca había recurrido a sus servicios, no participaba de la discusión, pero la seguía con cara divertida, a la que cada uno de los presentes miraba de reojo por si hubiera que cambiar inmediatamente de asunto en caso de que se modificara. Prigozhin se había sumado con naturalidad, dejando a un lado su aplomo de mayordomo para dar paso a la actitud de escepticismo jovial propio de los miembros del círculo mágico de los viejos amigos. Al principio, tuvo cierto éxito con algunas anécdotas jugosas sobre sus amoríos nocturnos en las Baleares. Luego condujo la conversación hacia su última aventura empresarial: la adquisición de un gigantesco terreno agrícola en las orillas del mar Negro que pretendía convertir en una plantación de rúcula. «No os hacéis idea de lo difícil que es encontrar rúcula en Rusia», repetía, medio en serio y medio en broma, a los camaradas que se burlaban de él. Pero, en un momento dado, el Zar lo interrumpió y se volvió hacia mí.

—Como puedes ver, Yevgueni no carece de iniciativa. También le apasionan los asuntos internacionales y creo que podría echarnos una mano en algunos de los asuntos que estamos debatiendo estos días, ¿no, Genia?

Al oír esas palabras, los ojos del restaurador se iluminaron mientras Putin proseguía:

—Estaría bien que hablarais entre vosotros, Vadia.

Es importante entender una cosa: el Zar nunca dice nada con precisión, pero tampoco dice nada por azar. Si se toma la molestia de sugerir algo, como por ejemplo que su asesor político se vea con un restaurador de San Petersburgo para debatir con él sobre la política

exterior rusa, por muy absurdo que pueda parecer, la idea debe tomarse en serio y llevarla a cabo.

Esa noche, Prigozhin se limitó a invitarme al día siguiente sin abandonar el aire de gánster-mayordomo que le había caracterizado durante toda la velada. Pero a la mañana siguiente, cuando pasó a recogerme en el hotel, comprendí enseguida que era más que un simple restaurador. Después de un breve recorrido en coche, fuimos hasta el puerto, donde por un terrible momento temí que tuviera la intención de embarcarme a bordo de uno de esos cruceros turísticos de la ciudad, con pretensiones de imitar a los *bateaux-mouches* parisinos. Alguien me había dicho que Prigozhin también tenía intereses en ese campo. Afortunadamente nos subimos a un helicóptero.

—Mi casa no está lejos, pero sé que no tienes tiempo que perder, Vadim Alexéievich. Así iremos más rápido.

A esa hora, vista desde el aire, con las suntuosas fachadas de los palacios que daban a los canales, el reflejo de las cúpulas y de las islas desperdigadas por el Nevá, la vieja capital brillaba como una máscara mortuoria de mármol y diamantes abandonada al sol. Para acompañar el espectáculo, Prigozhin empezó a relatar la epopeya de sus relaciones con el Zar. Al principio de los años noventa, cuando era vicealcalde de San Petersburgo, Putin les había concedido a él y a sus socios la licencia para la apertura del primer casino de la ciudad. Aquello no debió de ser un plato de gusto, dada la época y el tipo de negocio que era, pero todo apuntaba a que Prigozhin lo había sabido aprovechar. Desde entonces, había iniciado una ascensión que el Zar había seguido con su infalible bendición.

La brevedad del vuelo no me dio tiempo de profundizar en el asunto. Al cabo de cinco minutos, empezamos la maniobra de aterrizaje en Isla Kámmenni. Había oído hablar de ese lugar, pero creía que exageraban cuando decían que varios amigos del Zar habían comprado en San Petersburgo una isla donde vivían como aristócratas de la época imperial en palacios recubiertos de paredes de estuco y oro, y que organizaban bailes de disfraces a los que asistían vestidos de cortesanos de Alejandro III. También decían que alguno de los que iban por allí había encargado dibujar sus propias insignias nobiliarias, con profusión de lirios y de leones rampantes. Al contemplar ahora desde lo alto las villas de los antiguos funcionarios del Imperio,

escrupulosamente restauradas, las piscinas, los gimnasios, las gigantescas cocheras, el foso que rodeaba la isla y las garitas de los guardias, los SUV y los helicópteros, me fue fácil entender que, como sucede a menudo entre nosotros, la realidad había superado una vez más cualquier ficción.

—Ya sabes que no soy un intelectual como tú, Vadim Alexéievich. Pero he aprendido dos o tres cosas en la vida.

Prigozhin se había sentado confortablemente en un sillón estilo Luis XVI con reposabrazos dorados. A su alrededor, los muebles de diseño escandinavo, los leones rugientes y los candelabros de Murano se reflejaban en el mármol blanco y en los inmensos ventanales que daban al Nevá. El decorador uzbeko había hecho un buen trabajo.

—¿Sabes qué es un casino? Un monumento a la irracionalidad humana. Si los hombres fuesen criaturas racionales, los casinos no existirían. ¿Por qué diablos la gente acepta despilfarrar su dinero en un sitio donde tiene en contra todas las posibilidades? Gracias a Dios, los hombres no son criaturas racionales; si no, yo no poseería nada de todo esto.

Prigozhin hizo un gesto vago en dirección a unos cuadros estilo Basquiat y al Steinway blanco.

—No hay nada más sensato que invertir en la locura humana.

—Ya lo creo que sí, Vadim Alexéievich. ¿Sabes por qué algunas personas se arruinan en los casinos? ¿Por qué se precipitan en una espiral de la que no consiguen escapar? Es una cuestión de carácter, por supuesto, eso no le pasa a todo el mundo. Pero no son unos monstruos. Sencillamente es que no pueden controlarse, aunque ese defecto lo tenemos todos.

Prigozhin se interrumpió. Sacó una cartera de un bolsillo de su chaqueta y extrajo un billete de cinco mil rublos.

—Mira esto. Haz una prueba en la calle con un transeúnte cualquiera. Ofrécele el billete o una posibilidad del cincuenta por ciento de obtener dos. ¿Sabes lo que hará? Te lo voy a decir: cogerá el billete de cinco mil. Luego intenta hacer lo contrario. Pídele a un transeúnte que te dé cinco mil rublos o jugarse a cara y cruz darte dos billetes o ninguno. ¿Sabes lo que hará ese tipo esta vez? Antes que desembolsar enseguida sus cinco mil rublos, preferirá correr el riesgo de darte el doble. Es absurdo, ¿no? En teoría, el que gana podría

permitirse correr un riesgo en comparación con el que pierde. Pero en lugar de eso, la gente hace exactamente lo contrario. Los que ganan son más prudentes a la hora de elegir, mientras que los perdedores se juegan el todo por el todo.

Observaba a un Prigozhin triunfador; empezaba a comprender dónde quería ir a parar.

—El cerebro humano está lleno de pequeñas taras de ese estilo. Conocerlas y aprovecharse de ellas es el oficio de quien dirige un casino. Pero así es como funciona la política también, ¿no? Todo va bien mientras estemos a gusto, trabajemos seguros, con una bonita familia, una casa de campo, vacaciones a la orilla del mar, una buena jubilación a la vista. Somos prudentes a la hora de elegir, no queremos correr riesgos. Elegimos lo que conocemos. Pero supongamos que las cosas empiezan a torcerse. La situación cambia, el tipo pierde su trabajo, pierde su casa, no ve claro su futuro. ¿Qué hace en ese momento? ¿Opta por la prudencia? En absoluto: ¡empieza a apostar como un loco! Prefiere el riesgo desconocido antes que mantener su actual situación. Es entonces cuando todo da un vuelco: el caos se vuelve más atractivo que el orden, al menos ofrece la posibilidad de algo nuevo, ¿no crees? Un giro inesperado... A partir de ahí, las cosas se vuelven interesantes. La revolución de 1917 y el nazismo empezaron así, si no me equivoco. Porque una mayoría de personas prefirió lanzarse hacia lo desconocido en vez de seguir viviendo como antes.

El cocinero hollando cumbres filosóficas, pero sus observaciones no carecían para nada de interés.

—Ahora bien, como te decía, yo no soy ni un intelectual ni un experto en relaciones internacionales, pero me da la impresión de que estamos ahí de nuevo. Los occidentales creen que sus hijos vivirán peor que ellos. Ven a China, a la India y, gracias a Dios, a Rusia dar pasos de gigante y ellos, en cambio, no. Cada día que pasa, su poder disminuye, la situación se escapa a su control, el futuro ha dejado de pertenecerles.

—Están dispuestos a tomar las decisiones más absurdas. Nuestro deber es simplemente ayudarlos.

—En efecto, Vadim Alexéievich. No se trata de vencerlos o de obligarlos, tan solo hay que acompañar un movimiento que ya está en marcha. Esto lo comprende muy bien el Zar. Es un apasionado del

yudo, como yo, y conoce la regla básica: utilizar la fuerza del adversario contra él.

El razonamiento de Prigozhin no ofrecía la menor duda. Solo faltaba darle una aplicación práctica. Pero yo tenía mi propia idea al respecto.

Nos volvimos a ver unas semanas más tarde, al pie de un anodino inmueble de la periferia de San Petersburgo. Una lluvia suburbana subrayaba el aspecto sórdido del lugar, pero pese a ello Prigozhin parecía de excelente humor.

—Este es el lugar del que te hablaba, Vadim Alexéievich, ya verás...

Después de tomar el ascensor, entramos en una gran sala llena de ordenadores, que podría pasar por la redacción de un periódico y también por la sala de operaciones financieras de una sucursal bancaria, de no ser porque Prigozhin había mandado poner junto a la pared dos máquinas tragaperras, para no olvidar el espíritu del lugar, me dijo. ¿Por qué no? En el fondo, en las oficinas de Google, si no me equivoco, hay mesas de ping-pong.

Vino a nuestro encuentro un muchacho atlético y sonriente, vestido con una camisa abotonada hasta arriba y una chaqueta de pana como si estuviera a punto de dirigir un seminario de doctorado en la Universidad de Georgetown.

—Te presento a Anton —me dijo Prigozhin, visiblemente orgulloso de su hallazgo—. He pensado en él para dirigir la redacción. Tiene un doctorado en relaciones internacionales por la Universidad de Moscú, habla inglés, francés y alemán. Sabe más sobre política europea que la mayoría de nuestros diputados.

Anton escuchaba tranquilamente. Su expresión no revelaba ni orgullo ni falsa modestia. Empezamos a hablar de todo un poco. Luego decidí probarlo preguntándole sobre la situación interna de algunos de nuestros amigos europeos. Anton estuvo brillante y además me pareció muy simpático. No había en él ni rastro de la altivez que parecía afectar a su generación hiperprotegida. Al contrario, era muy directo, que es el rasgo de las inteligencias realmente superiores. Tenía una visión de la actualidad internacional tan afilada como un cuchillo de caza. Iba al detalle de las situaciones sin perder de vista el contexto general.

Prigozhin no le quitaba ojo. Su protegido lo enorgullecía. Al cabo

de unos minutos tuve suficiente. Me despedí de Anton estrechando su mano y me llevé a Prigozhin aparte. Estaba anonadado por su estupidez.

—¿Pero qué tienes en la cabeza, Yevgueni?

La cara del cocinero se ensombreció.

—¿Algo va mal, Vadim Alexéievich?

—¿En qué estabas pensando, Yevgueni? Creía haber sido claro: queremos hacer política en Europa y en Estados Unidos. Participar en el debate, aportar nuestra contribución. ¿Y tú me traes a este muchacho?

Hizo un gesto señalando a Anton.

—Pero si es buenísimo, se lo sabe todo.

—Precisamente, Yevgueni, ahí está el problema.

Prigozhin arqueó las cejas con una expresión tan estupefacta que me hizo soltar una carcajada.

—Reflexiona, Yevgueni: a los occidentales ya no les interesa la política. Si queremos atraer su atención, tenemos que hablar de todo salvo de política. ¡No necesitamos a Anton para eso! Lo que necesitamos son chicas que den consejos de belleza, apasionados de los videojuegos, astrólogos, gente de ese estilo, ¿comprendes?

—Pero habrá un momento en que tendremos que transmitir vuestros mensajes, ¿no? Daréis consignas y tal...

—¿Pero por quién nos tomas, por el Komintern? Siento darte una mala noticia: que sepas que la Unión Soviética ya no existe y que no hay ningún paraíso de la clase obrera en el horizonte. Esos tiempos se acabaron para siempre. Ya no hay línea que seguir, Yevgueni, tan solo alambres de hierro.

Su mirada confusa me invitaba a proseguir.

—¿Qué haces tú cuando quieres cortar un alambre? Primero, lo retuerces en un sentido, luego en otro. Eso es lo que vamos a hacer, Yevgueni. A medida que vayáis creando vuestra red de internet, os daréis cuenta de que hay asuntos que atrapan a la gente más que otros. No sé cuáles. Los sabremos a medida que cliqueemos, Yevgueni. Puede que unos estén contra las vacunas, otros contra los cazadores o contra los ecologistas, o contra los negros o contra los blancos. Qué más da. La clave es que cada quien tenga algo que lo apasione y alguien a quien odiar.

No debemos convertir a nadie, Yevgueni, solo hemos de descubrir

en qué creen y hacer que crean en eso todavía con más fe, ¿comprendes? Dar noticias, argumentos verdaderos o falsos, eso carece de importancia. Hay que enfurecerlos a todos. Todavía más. Los que están en defensa de los animales a un lado y los partidarios de la caza al otro. Los del Black Power contra los supremacistas blancos. Los activistas gais contra los neonazis. No tenemos preferencias, Yevgueni. Nuestra única línea es el alambre de hierro. Lo retorceremos en un sentido y en otro, hasta que se rompa.

Prigozhin me observó largo rato sin hablar. Reflexionaba.

—Está bien, Vadia, comprendo. La línea del alambre de hierro. Pero ¿qué sucederá cuando nos atrape a nosotros? Porque sabes que eso llegará, ¿verdad? Por la red todo es rastreable. Y jugamos en su campo. Tarde o temprano se darán cuenta. Nos van a arrastrar por el fango.

—Al contrario, Yevgueni, ese será nuestro triunfo.

Silencio.

—¿No lo entiendes? ¡El último gesto del gran artista es la revelación de la contradicción! Lo que se espera de nosotros es que presionemos a nuestros simpatizantes y a los grupos antiamericanos, ¿no? Pero ¿qué harán cuando vean que apoyamos igualmente a sus adversarios, a los patriotas de la Segunda Enmienda que quieren llevar su fusil automático hasta en el váter, a los veganos que beberían cicuta antes que un vaso de leche, a los jóvenes que quieren salvar el mundo de la catástrofe ecológica? Te lo digo yo. Se volverán locos, no entenderán nada. No sabrán ya en qué creer. Lo único que comprenderán es que hemos entrado en su cerebro y jugamos con sus circuitos neuronales como si fueran una de esas tragaperras tuyas.

Una sonrisa se perfiló por fin en el rostro de Prigozhin, empezaba a entenderlo.

—Precisamente esa es la razón por la que este lugar está destinado a ser descubierto, Yevgueni. A ser atrapado. ¿Crees de verdad que un centenar de chavales en un sitio como este pueden cambiar la historia? Por supuesto que no, Yevgueni, por muy buenos que sean. Eso no va a pasar. Se limitarán a cabalgar sobre el caos, puede que incluso consigan aumentarlo un poco, pero la furia de la que han de aprovecharse para lograrlo ya existe, son los norteamericanos, y no los rusos, quienes han creado el algoritmo que la gobierna. En todo eso haremos como que nos movemos mucho,

¡pero para que nos pillen en flagrante delito! De ese modo, por todas partes, nuestros primeros propagandistas serán precisamente los que nos acusen de conspirar contra la democracia, en Europa y en Estados Unidos. Ellos serán quienes construyan el mito de nuestro poder. Nosotros no tendremos que hacer nada más que comportarnos de manera sospechosa y lanzar algunos desmentidos poco creíbles. Eso será suficiente para confirmar sus peores pesadillas: «¡Los rusos son los amos secretos del nuevo mundo!». A su vez, esta fantasía nocturna aumentará el caos. Y así nuestro poder pasará de la leyenda a la realidad. Es lo bueno de la política, Yevgueni: todo lo que haga creer que eres fuerte aumenta tu fortaleza.

25

Berezovski caminaba como un dinosaurio entre las luces fosforescentes del Claridge. Una jirafa ligeramente ebria vestida con traje Céline se volvió para observarlo con más detenimiento. Incluso un norteamericano, al pasar, pareció percatarse de la incongruencia de esa presencia prehistórica entre las caobas y los cristales relucientes. A no ser que no lo hubiera reconocido. A fuerza de escándalos y de provocaciones, Boris se había convertido en un rostro familiar entre los residentes georgianos de Mayfair. Habíamos adoptado la costumbre de vernos cuando yo pasaba por Londres. Hacía ya tiempo que no tenía ningún mensaje que transmitirle. Y quizá por eso, el simple placer de pasar unas horas juntos había acabado por convertirse en la única justificación para encontrarnos. Al menos, en lo que me concernía a mí. Como suele sucederles a las personas inteligentes que pierden el poder, Berezovski se había vuelto, si no más sabio, desde luego más lúcido. Recuerdo que aquella noche le elogié su impecable acento británico.

—Qué remedio, tus antepasados hablaban francés y se refugiaban en París, el ruso actual habla inglés y se siente a sus anchas en Londres.

Me dirigió una sonrisa un poco triste, pero rápidamente rectificó.

—No vayas a creer que los ingleses son siempre fáciles. La semana pasada estuve en el despacho de un banquero para firmar un contrato con el hermano del jeque de Abu Dabi. Empezamos a sacar papeles y ¿sabes lo que hace el empleado del banco? Le pide algún documento de identidad al jeque. Este mira a su alrededor, se vuelve hacia el *staff* que lo acompaña: no está acostumbrado a desplazarse con su cartera. Yo trato de mediar, pero el empleado es uno de esos tontos del culo intransigentes con los que te encuentras de vez en cuando por aquí.

De repente temo que el jeque se enfade y se retire del negocio. Pero ¿sabes lo que hace? Le pide un billete de banco a uno de sus

asistentes y se lo pasa al banquero. El empleado lo mira, atónito: «¿Qué hace usted? ¿Me da una propina? Tal vez se haga así en su país, pero aquí estamos en la City». «Mírelo bien», le dice el jeque. «Lo que está impreso en ese billete es mi cara. Espero que le valga como documento de identidad.» Todos se echaron a reír y finalmente el muy gilipollas tuvo que ceder.

Gracias a Dios, la capacidad de Boris para divertir a la galería y autoalabarse al mismo tiempo seguía intacta. Desafortunadamente, sus obsesiones también seguían siendo las mismas.

—¿Cómo van las cosas con los Juegos Putinianos?

—Los preparativos de los Juegos Olímpicos van bastante bien, gracias. El presidente ha tenido la amabilidad de confiarme la ceremonia de inauguración. Habrá un gran espectáculo antes del inicio de las pruebas.

—Mmm... pinta bien... Espero que hayáis previsto también una medalla al mejor lameculos. Y otra de criminal, para el mejor asesino del GRU.

—No sé, Boris, tal vez. Lo esencial es que Rusia esté en lo más alto.

—Si es por eso, no hay problema, estoy seguro de que encontraréis la solución, como siempre. —Berezovski hizo una pausa antes de proseguir—. No va a parar nunca, ¿verdad? Las personas como él no pueden parar. Es la regla número uno. Perseverar. No corregir lo que no ha funcionado, pero sobre todo jamás admitir los errores. Al principio no lo había entendido, pero ahora he tenido tiempo para reflexionar. También he leído montones de libros sobre los dictadores del pasado. Por ejemplo, ¿sabes lo que hizo Mobutu cuando llegó al poder en el Congo? Rebautizó el país con el nombre de Zaire, porque creía que era un término indígena, una manera de liberarse así de la herencia colonial. Luego, en cierto momento, se descubrió que «Zaire» es una palabra portuguesa. ¿Qué hace entonces? ¿Se disculpa y da marcha atrás? ¡Ni de coña! Le pone el nombre de Zaire a todo lo demás: la moneda, los cigarrillos, las gasolineras, los preservativos, qué sé yo... Tu Zar es igual, exactamente igual: ¡un autócrata, un jefe de tribu africano!

—Quizá, Boris, pero no estamos en la barbarie: son las reglas del juego. La primera regla del poder es perseverar en los errores, no mostrar la menor fisura en el muro de la autoridad. Mobutu lo sabía

porque venía de una tierra en la que se mataba al jefe que se caía del caballo. O era estrangulado si enfermaba. El jefe debe ser fuerte si quiere estar en condiciones de proteger a su pueblo. En cuanto demuestre debilidad es eliminado y sustituido por otro. Es así en todas partes. La diferencia estriba en que, según donde se encuentre, el jefe depuesto puede ser empalado vivo o expedido a la otra punta del mundo para dar conferencias por cien mil dólares cada una.

Berezovski adoptó un aire pensativo en consonancia con los oscuros brillos del bar.

—Tienes razón, Vadia, pero recuerda que en política no hay *happy end*. Incluso tu Rey Sol tenía, al final de su vida, terribles ataques de llanto.

—Qué quieres que te diga, Boris, la vida es una enfermedad mortal.

—En efecto, Vadia. Precisamente por eso hay que saber cuándo llega el momento de dejar de hacer idioteces. Siempre he pensado que, entre las cosas que la política tiene en común con la mafia, está el hecho de que no te jubilas nunca. No puedes retirarte y dedicarte a otra cosa. Salvo que seas Johnny Torrio. ¿Conoces la historia de Johnny Torrio?

Negué con la cabeza. Empezaba ya a saborear la enésima parábola de Berezovski sin saber que sería la última.

—Era el presidente del sindicato de mafiosos de Chicago, justo después de la guerra, un verdadero jefazo, respetado por todos. Pero bajo sus órdenes había un individuo que quería ocupar su puesto y que se llamaba Al Capone. Una tarde de enero de 1924, hacia las cinco, Johnny Torrio, el presidente del sindicato de mafiosos de Chicago, cae abatido frente a su casa, acribillado por cinco balas. Cuando lo llevan al hospital, les dice a los policías: «Sé quién ha sido, pero no soy un soplón». Luego, cuando se recupera de las heridas, llama a Al Capone, le entrega las llaves del negocio y le dice que tiene ganas de volver a Italia. Resultado: vivió todavía quince años más, por la gracia de Dios, y murió tranquilamente en su casa de Brooklyn.

Boris se quedó callado un momento, luego sacó un sobre de su bolsillo.

—Esta carta es para el Zar. La he escrito con el corazón. Puedes leerla, si quieres.

Al tacto de mis dedos, el papel, hecho a mano, tenía la

consistencia de una hoja algodonosa. La carta apelaba a la caridad cristiana del Zar: «Te suplico que me perdones como cristiano», imploraba Berezovski. A continuación, aludía patéticamente a la muerte, que veía próxima, a la dureza del exilio, a un viejo imbécil que, consciente de sus errores y confiando en la magnanimidad de su soberano, pedía el consuelo de poder pasar sus últimos años en los brazos de la madre patria. No era, desde luego, el tono de la carta de Zamiatin. Era más bien un ruego dirigido al Zar en el más puro estilo de una tradición secular. Aunque, en un pasaje discreto, Boris no pudo resistir la tentación de proponerse una vez más como consejero, «sobre la base de la experiencia que he acumulado, si la consideras útil, Vladímir Vladímirovich».

—¿Crees que va a funcionar?

Su mirada de viejo crápula brillaba con un destello que podría pasar por irónico, pero en la que no se percibía más que una profunda desesperación. Me habría gustado decirle que *sí*, que la carta conmovería al Zar y que muy pronto volvería a estar a su lado en la tribuna de honor, en la inauguración de los Juegos. Ya me figuraba a Berezovski unos días después olvidándose de sus buenas palabras, empezando otra vez a acalorarse, a hacer propuestas, a reivindicar su espacio. Siempre me asombró su energía. No era ningún santo, pero todo lo que él emprendía inspiraba un cierto júbilo. Una vez desterrados de la ciudad sus iguales, no había quedado en Moscú más que la lóbrega determinación de los miembros de la fuerza. Por eso yo sabía que el Zar no lo perdonaría, más bien al contrario. Boris leyó la respuesta en mis ojos, pero se negaba a aceptarla.

—Bueno, llévale la carta de todos modos, yo creo que sí va a funcionar.

Aquella noche nos separamos con un abrazo a lo ruso, muy largo, que acabó de perturbar la enrarecida atmósfera del Claridge. Cuando subí a mi habitación, me invadió una extraña sensación de derrota. Finalmente, pese a todo lo previsto, el viejo león aceptaba ponerse la gorra de taxista; demostraba una vez más que la debilidad, desconocida pero tal vez sospechada, está al acecho como un reptil en un matorral, que puede surgir en el último momento, justo cuando confías haber vivido después de todo una vida sin bajar la cabeza.

Dos horas después de nuestro encuentro, Berezovski fue hallado muerto en el cuarto de baño de su residencia de Ascot, colgado de su

bufanda de cachemir preferida.

26

—«El problema no es que el hombre sea mortal, sino que sea mortal de repente.»

En cualquier otro momento me habría encantado que el Zar se tomara la molestia de exhumar a Bulgákov para mí. Pero aquel día no estaba preparado para apreciar las citas literarias. Putin, naturalmente, se dio cuenta.

—¿Crees de verdad que fuimos nosotros?

El rostro del Zar era una placa de granito. Miré a mi alrededor. Detestaba la desolación oficial que reinaba en Novo-Ogariovo, mezcla de falsa intimidad y de auténtico mal gusto, como si le hubieran confiado al jefe de seguridad del Kremlin la tarea de amueblar la residencia del presidente a las puertas de Moscú. Por otra parte, no se podía excluir que no hubiera sido así. Si, por lo general, las lámparas de bronce y las paredes damasquinadas me producían tristeza, imagínese usted mi estado de ánimo de aquella mañana, con las portadas de los periódicos llenas por la noticia de la muerte de Boris y su última e inútil súplica ardiendo en el bolsillo interior de mi chaqueta como la bala en una herida.

—Yo no creo nada, presidente.

—Y haces bien, Vadia.

El Zar dejó pasar unos instantes para que el sentido profundo de su advertencia atravesara la barrera cortical y penetrara en el centro de mi cerebro. Luego añadió, con un tono más frívolo:

—De todas formas, lo cierto es que Berezovski era muy cómodo para nosotros. Era de gran ayuda que dijera, cada vez que abría la boca, que regresaría cuando Putin cayera. Bastaba con mirarlo a los ojos. Pero la gente se acordaba de los años noventa, de todo aquel sufrimiento, de todo aquel caos.

Como yo me obstinaba en guardar silencio, Putin prosiguió:

—Por supuesto, ayudaba a los enemigos de Rusia en todas partes, en Ucrania, en Letonia, en Georgia, es verdad. Quién sabe cómo han

sido las cosas en realidad. Mira, Vadia, los conspiranoicos se creen muy listos, pero son de una enorme ingenuidad. Les gustaría que en todo hubiera un sentido oculto y subestiman sistemáticamente el poder de la tontería, del despiste, del azar. Y mejor que sea así: al contrario de lo que ellos querrían, los conspiranoicos nos fortalecen. Si en lugar de ver el poder como es, con sus debilidades humanas, se le confiere el aura de una entidad omnisciente, capaz de urdir cualquier trama, se le está haciendo un elogio desproporcionado, ¿no crees? Se le convierte en algo mucho más grande de lo que es.

—«Como esos misterios nos superan, fingimos ser quienes los crean.»

El Zar odiaba mis citas y no hablaba francés, pero esa mañana no tenía ganas de complacerlo. Me miró un momento en silencio y luego decidió ignorarme.

—Ha sucedido lo mismo en los otros casos: el del coronel, el del abogado, el de esa célebre periodista. Sabes perfectamente, Vadia, que no hemos sido nosotros. Nosotros no hacemos nada: tan solo creamos las condiciones de una posibilidad.

En eso tenía razón. Durante mucho tiempo, el Zar no dio órdenes directas más que muy pocas veces. Se limitaba a fijar los límites de lo que era admisible y de lo que nunca se habría tolerado. A partir de ahí, el juego seguía su propia lógica, hasta las más extremas consecuencias, que constituían a su vez una verdad más profunda. Precisamente de esto era de lo que había hablado unos días antes con Berezovski. Una coincidencia cuya ironía no me daba la menor gana de sonreír. Más bien me daban ganas de llorar, si hubiera sido capaz de hacerlo. La idea del viejo bribón que al final solo pedía poder acabar su vida como Johnny Torrio me afectaba mucho más de lo que yo creía. El pobre Boris se lo habría merecido.

Frente a mí, el Zar leía la carta de Berezovski. Luego, imperturbable como una piedra en el lecho de un torrente, la apartó. Me di cuenta en aquel momento de que Boris había tenido razón también en esto. Putin no era un gran actor, como yo creía, sino solo un gran espía. Oficio esquizofrénico que ciertamente requiere algunas dotes de actor. Pero el auténtico actor es extrovertido, su placer por comunicar es real. El espía, en cambio, debe saber contener toda emoción, si es que tiene alguna. En la práctica, aplica ambas cualidades, debe simular la empatía del actor y poseer la frialdad del

cirujano en el quirófano. Pero si Putin no era un gran actor, yo tampoco era un gran director teatral, como mucho un cómplice.

Aquel día, en lugar de demorarse demasiado en la suerte de Boris, el Zar desvió la conversación hacia los preparativos de los Juegos Olímpicos de Sochi. Eran su obsesión en aquella época. Para convencer al Comité Olímpico de que organizara los Juegos de Invierno en una ciudad subtropical, sin la menor infraestructura deportiva o de transporte, Putin había movilizado todo el poderío de la Rusia de hoy y también un poco de la fantasía manipuladora de la del pasado. En cierta ocasión, con motivo de las visitas de los inspectores olímpicos, dado que no había aeropuerto en Sochi, se les había acondicionado uno fingido, con algunos estudiantes disfrazados de turistas que consultaban la pantalla de salidas y llegadas, pletórica de vuelos inexistentes. Potemkin se habría enorgullecido de nosotros.

A medida que se acercaba la fecha de la inauguración, al Zar le costaba cada vez más hablar de otra cosa. Es obvio que consideraba los Juegos como el apogeo de su reinado. He de admitir que la ocasión de tomar parte en ello, ocupándome de la ceremonia inaugural, me fascinaba. El círculo estaba, por fin, a punto de cerrarse. Procedente del teatro, había pasado a la puesta en escena de la realidad. Se puede decir que tampoco habría podido librarme de hacerlo. Lo que se pedía de mí era que proyectara en el escenario la realidad que yo mismo había contribuido a construir. Solo que ahora no se trataba ya de un pequeño teatro de vanguardia, sino de un inmenso anfiteatro, para un público que abarcaba el planeta entero.

Era la ocasión que estaba esperando. A fuerza de hacer de demiurgo, me había metido en un callejón sin salida. Lo que quería ahora era retroceder, restablecer mi relación con todo lo que había hallado de bueno en el mundo. ¿Me pedían que escenificara la esencia de Rusia, la grandeza trágica de su historia, la desgarradora belleza de su literatura y de sus cánticos? Pues haría una historia personal, me brindaban la ocasión de volver a atar los hilos rotos de mi familia, que eran también los hilos rotos de todas las familias rusas.

Nuestra generación había asistido a la humillación de nuestros padres. Personas serias, concienzudas, que habían trabajado duro toda su vida y que, en los últimos años, se habían sentido tan perdidos como un aborigen australiano que tratara de atravesar una autopista. Esto era tan válido para los hijos de la nomenklatura como para todos

los demás. Habíamos visto a nuestros padres, hombres fuertes, nuestros puntos de referencia, vagar erráticos, con los ojos como platos, pasmados ante el hundimiento de todo aquello en lo que habían creído. Los habíamos visto ridiculizados, mortificados simplemente por haber cumplido con su deber. Y encima éramos nosotros quienes los habíamos ridiculizado y mortificado. A todos, creo yo, nos había impactado hasta el tuétano esa imagen. Nadie podía tener la conciencia tranquila. Ahora lo que tocaba era hacerles justicia. A ellos y a sus padres, que habían sido también humillados, porque Rusia está eternamente condenada a empezar de nuevo.

En el transcurso de los años, el Zar había recuperado con paciencia los hilos de la historia rusa para intentar darle una coherencia. La Rusia de Alexander Nevski, la Tercera Roma de los patriarcas, la de Pedro el Grande, la Rusia de Stalin y la de hoy. En esto se basaba la grandeza de Putin, enseguida había cedido a la tentación de encontrar, en la continuidad de la fuerza, la trama que estaba buscando; una intriga carente de brillo, pero no de grandeza, que partía de los *opritchniki* de Iván el Terrible y, pasando por la policía secreta de los zares y la Checa de Stalin, llegaba hasta los Sechin y los Prigozhin de hoy en día.

Habida cuenta de sus orígenes, el Zar quizá no hubiera podido hacer otra cosa. Pero los miembros de la fuerza no habían contribuido en nada a la belleza del mundo, sus historias no estaban hechas para ser contadas, sino para matar. En sus manos, todo lo que la historia rusa tenía de trágico y de maravilloso aparecía bajo una luz pálida, como una sucesión ininterrumpida de excesos y sacrificios. Y ahora se nos pedía que contáramos de qué manera nuestra historia había contribuido a acrecentar la belleza del mundo. Algo de lo que ni los Sechin ni los Prigozhin tenían la menor idea. Me temo incluso que el propio Putin tampoco hubiera sabido por dónde empezar.

En cambio, yo creía saberlo. Sobre todo sabía dónde buscar: en los estantes de la biblioteca de mi abuelo, en sus relatos de caza, en el interior de las novelas que mi padre había releído en los últimos meses de su vida y en la compleja genealogía de locos y artistas de la que Ksenia y yo nos nutríamos cuando éramos jóvenes, cuando Moscú se había convertido en una nebulosa multicolor.

Decidí convocar a mis amigos de aquella época. Muchos no vinieron, algunos no querían plegarse al sistema, otros habrían estado

encantados de hacerlo, pero no en una megaproducción que se presagiaba, dijeron, como la cumbre del mal gusto. Ciertamente, la dimensión de la empresa imponía recurrir a determinados medios expresivos: lo kitsch es el único lenguaje posible si se quiere comunicar con las masas, porque lo simplifica todo y no requiere matices. Pero en ninguna parte estaba escrito que lo kitsch no pudiera distorsionarse ni doblegarse a mis fines.

Nos pusimos a trabajar. No había límites de presupuesto. El Zar no habría escatimado en gastos a la hora de proyectar su grandeza por todo el globo. Elegimos a los mejores en todas las categorías y empezamos a divertirnos de veras. Los diseñadores de vestuario, para la ropa de nuestros personajes, se inspiraron en la tradición, pero también en bocetos de un estilista japonés. Los coreógrafos pusieron en escena la era estalinista de manera grandiosa a partir de las ideas constructivistas, que el Padrecito aborrecía. El vasto *open-space* que había mandado acondicionar para el equipo de creativos —justo al otro lado de los muros del Kremlin, para poder ir allí con frecuencia— me recordaba un poco mis días de productor de televisión. Algunas caras que aparecían por allí eran las mismas, solo que con quince años más. Incluso los jóvenes que habíamos fichado tenían un aire familiar. Mi larga experiencia me había enseñado a mirar con lupa a los que llevaban gafas de pasta, a los de camisetas desteñidas y a los de relojes de cuarzo de los años setenta, en busca del mínimo rastro de auténtico oro. Nuestros jóvenes colaboradores tenían todos en común la chispa que distingue el verdadero talento de la innoble masa de creativos bisoños, aunque, vistos desde fuera, había que admitir que se diferenciaban poco de los jóvenes malcriados que pululaban por los bistrós del centro de Moscú planificando *flashmobs* en apoyo a la oposición al Zar. Sus pelos revueltos y sus chaquetas de terciopelo violeta desentonaban entre los habituales de los salones del Kremlin. Es comprensible que, al cabo de un tiempo, el ministro de Cultura, abanderado de los valores tradicionales, a quien se había encargado la supervisión de los preparativos, empezara a dar señales de nerviosismo. Como la mayoría de cortesanos, miraba siempre con recelo mis actividades, que en ocasiones se solapaban con las suyas y muchas veces las contradecían. Tanto trato con subversivos de diversa calaña, pensaba él, no puede conducir a nada bueno. Y ese Baranov, se preguntaba, ¿en el fondo es él quien los maneja o más bien ellos lo

manejan a él?

Mientras mis relaciones con el Zar parecieron inatacables, no pudo hacer nada, pero ahora que empezaban a agrietarse —no se les escapaba nada a las antenas hipersensibles de los cortesanos—, quizá había llegado el momento de intervenir. Cuando supo que a algunos de los nuestros se les había metido en la cabeza interpretar una canción de los Daft Punk por los coros del Ejército Rojo, el ministro se decidió a llamar a Sechin. Esta fue la razón por la que me vi de nuevo en el despacho del Zar.

En una postura natural, de pie, al lado de Putin, que estaba sentado al otro lado del escritorio, Sechin no había perdido el tiempo.

—Vadia está convirtiendo la ceremonia de inauguración en una farsa. Ha recuperado a todos sus coleguitas de Moscú y se divierten tomándonos a todos por gilipollas.

Desde siempre, Igor lucía su completa falta de humor como seña de identidad. El Zar le replicó en tono distraído.

—Qué le vamos a hacer, Igor, nuestro Vadia es un acróbata. Artista entre los banqueros, banquero entre los artistas, nunca se deja atrapar porque siempre está en otra parte.

Sechin me escrutó como un dentista que está a punto de hacerte daño.

—Cuidado, Vadia, porque tarde o temprano corres el riesgo de no llegar al trapecio y darte de bruces en el suelo.

En cierto modo tenía razón, pero yo aún no estaba dispuesto a ceder.

—Perdona, Igor, ¿no tendrás otro traidor a la patria al que empalar, verdad? Porque aquí estamos currándonos un espectáculo, ¿sabes? El mayor espectáculo nunca visto.

Sechin me miró un instante, estupefacto. Hacía años que nadie se había atrevido a hablarle en ese tono, aparte del Zar. Estaba tan pasmado que no consiguió ni siquiera montar en cólera.

El Zar parecía divertirse. Solía apreciar que sus subordinados entraran en conflicto. Me dirigí de nuevo a él.

—Señor presidente, tres mil millones de personas verán ese espectáculo. La inmensa mayoría de ellas lo ignoran todo de nuestro país. Tan solo saben que antes estaban los rojos y que hoy ya no están. Eso es todo, es inútil engañarse. Nosotros tenemos dos horas para presentarles nuestra Rusia. La que hemos construido y la que queremos. Podemos mostrar un país avanzado, sin complejos, que

integra y refleja el mundo, un mundo que influye y en el que influimos. Una Rusia abierta, segura de sí misma, que suscita emoción por la grandeza de su destino, pero capaz también de hacer sonreír, porque al mundo de hoy también se lo gana con unas dosis de humor. O bien, claro está, podemos distraerlo durante dos horas con *bábushkas* disfrazadas y con los coros militares de Igor.

Putin tiene sus defectos, pero no se puede decir que sea incapaz de juzgar a las personas por lo que son, sobre todo por el modo como estas pueden serle útiles para alcanzar sus objetivos. Si se hubiera tratado de cualquier otro plan, habría escogido el de Sechin. Más fiable, más obediente y más eficaz. Pero, para montar un espectáculo de cara al mundo, tuvo el buen criterio de preferir el mío. No me cabía la menor duda de que sería la última vez, ya se encargaría Sechin de ello. Sin embargo, lo primordial por el momento era poder acabar el trabajo.

Durante ese periodo aproveché el favor del que gozaba para obtener del Zar una última concesión especialmente importante para mí: la liberación de Mijaíl. Me torturaba la idea de que Ksenia hubiera vuelto conmigo porque él estaba fuera de juego. Necesitaba medirme con él en las mismas condiciones de igualdad. Sabía que ahora podía hacerlo. Ya no era el eterno estudiante que me parapetaba detrás de los libros para evitar afrontar la vida; había dejado de mentirme a mí mismo, había salido al mundo, había matado mi primera oca y muchas más que vinieron después, estaba en la cima de mi poderío. Ksenia lo sentía así. Por esa razón había vuelto conmigo. Y también por esa misma razón permanecería a mi lado. La salida de prisión de Mijaíl era el elemento que faltaba para cerrar también ese círculo.

Había numerosos argumentos en favor de su liberación. Después del primer juicio había cumplido su condena en el campo de Krasnokamensk, en medio de un paisaje marciano de colinas de polvo rojo, en la remota frontera entre Siberia y China. Allí había dado muestras de su valor y de su dignidad. Quizá es que solo fuera demasiado presuntuoso más que extremadamente valiente. Una vez había hecho huelga de hambre para reclamar unos cuidados a un excolaborador de su empresa, seropositivo, encarcelado con él. Al cabo de diez días, el fiscal se había visto obligado a ceder. En otra ocasión logró obtener mejores condiciones de trabajo para sus

compañeros de celda, los cuales se pasaban el día en los talleres de costura del campo.

Actualmente, su madre estaba enferma y los médicos le daban un año de vida como máximo. Era una cuestión de humanidad. El Zar era consciente de ello. A los rusos les gusta ser dirigidos por líderes implacables, pero de vez en cuando aprecian los gestos de clemencia. Además, incluso para él, en el fondo también era una cuestión de seguridad. Tras pasarse unos años consolidando un poder sin límites, ¿no se sentía el Zar ya lo bastante fuerte como para mostrarse magnánimo con un adversario que, por otra parte, se había revelado digno de su respeto?

Evidentemente, yo no podía plantear el asunto en esos términos, pero me las arreglé para que Putin viera la cosa más o menos así. Después de tratar con él durante varios años, tenía una vaga idea del modo de influir en sus procesos mentales. Aunque no siempre funcionaba. Sin embargo, en esta ocasión todavía funcionó. En consecuencia, unos pocos días antes del inicio de los Juegos Olímpicos, el Zar anunció la liberación de Jodorkovski, como, antes que él, César había indultado a Claudio Marcelo.

Ksenia se precipitó a la salida de la cárcel. Subió a Mijaíl en su avión, lo acompañó a Berlín, donde se encontraban sus padres, y se quedó con él durante unos días para asegurarse de que era capaz de reemprender una vida normal. Luego le anunció que iba a pedirle el divorcio.

Quizá por primera vez desde que la conocía, Ksenia se había comportado exactamente como yo me esperaba de ella. Era una mujer que habría prendido fuego a una ciudad entera para ahorrarse un solo momento de hastío. Sin embargo, su proximidad me daba ahora una tranquilidad que jamás habría podido encontrar en compañía de una personalidad más apacible. Antes de elegirme a mí, Ksenia me había traicionado y herido tanto como había traicionado y herido a otros muchos. Si había decidido deponer las armas, no era por cansancio o por cobardía, sino al contrario, porque había sostenido y ganado demasiadas batallas.

En la vida no basta con que dos personas se conozcan, esto ha de suceder en el momento adecuado, cuando ambos estén dispuestos a celebrar la comunión silenciosa destinada a unirlos. Nosotros éramos felices juntos y con esa felicidad nos abocábamos al futuro

absolutamente desconocido que teníamos por delante. Ahora tan solo había que disfrutar de la ceremonia de inauguración, cuyo espectáculo se preveía grandioso.

27

Los enmascarados entraron en escena de improviso, desfilando con el paso de la oca al ritmo de potentes tambores que resonaban en la oscuridad. En poco tiempo dibujaron con unas antorchas una esvástica en el centro de la pista. Luego se pusieron a lanzar piedras y cócteles molotov a los agentes de policía. Estos se defendían como podían, pero se los veía en apuros, y cuando los blindados ucranianos llegaron, con las banderas bien visibles, fueron eliminados hasta el último hombre. En ese instante, una voz familiar empezó a tronar por los altavoces: «¡Eternos lacayos de Europa! ¡Esclavos espirituales de Norteamérica! ¡Habéis pervertido la historia de vuestros padres y vendido las tumbas de vuestros antepasados! ¡Habéis arrasado Ucrania a sangre y fuego para realizar el proyecto de Adolf Hitler!».

Mientras tanto, dos gigantescas manos mecánicas pintadas con los colores de la bandera estadounidense elevaban a un modelo ucraniano entre llamas. «¡Queréis más a una tierra extranjera que a la patria, por eso estáis destinados a no reconocer más que la voz de vuestro amo y a postraros ante él para siempre! ¡Pero no habéis tenido en cuenta a Rusia!»

Entonces, una falange de patriotas rusos irrumpió en la pista y empezó a luchar contra los nazis y los militares ucranianos. Destellos, explosiones, cuerpos que caen al suelo. El desenlace del combate es confuso, el humo y la oscuridad impiden saber quién gana. Hasta que, en medio de un estruendo enorme, los Lobos de la Noche, a lomos de sus motos, entran en escena blandiendo la bandera rusa, mientras suena el himno nacional. La niebla se disipa, los nazis yacen por el suelo en un lago de sangre, los altavoces transmiten las palabras grabadas del Zar: «Nacionalistas, neonazis, rusófobos, antisemitas no se han detenido ante nada para tomar el poder. Han recurrido al terror, al asesinato y a la revuelta. ¿Cómo podían pensar que íbamos a ignorar las desesperadas llamadas de ayuda que nos llegaban de los ciudadanos de Ucrania? ¡No podíamos hacerlo, habría sido una

traición! Porque Rusia y Ucrania no son solamente vecinos, como nos han dicho muchas veces, ¡somos un solo pueblo! Kiev es la madre de la nación rusa. El antiguo Rus es nuestra fuente común y no podemos vivir los unos sin los otros. Hemos hecho juntos muchas cosas, pero todavía quedan muchas más por hacer, nuevos desafíos que afrontar. Pero estoy seguro de que superaremos todos los problemas, ¡lo haremos porque estamos unidos! ¡Larga vida a Rusia!».

El espectáculo terminó en una orgía de lanzallamas y de vapores industriales, con láseres que traspasaban las tinieblas y el ruido ensordecedor de unas turbinas que impedía oír el heavy metal proveniente de unos bafles gigantescos, colocados al borde de la pista. El viento de las montañas del este sacudía las banderas de los separatistas y la enorme banderola con «Allá donde estén los Lobos de la Noche está Rusia». Llevado por el entusiasmo, alguien del público disparó al cielo su kaláshnikov, mientras los espectadores contemplaban la escena boquiabiertos, con ese aire extraviado de quienes han perdido temporalmente el oído.

He de admitir que incluso yo mismo estaba un poco aturdido. Unos meses antes, la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos había sido un éxito. Los cuadros animados habían representado las grandes etapas de la historia rusa, las cúpulas de la catedral de San Basilio habían surgido ante la mirada fascinada del público. Natacha y el príncipe André habían bailado en la Corte imperial y, suspendida en el aire sobre un globo azul, una niña rubia había soltado para terminar el globo rojo del comunismo. Las notas de *El pájaro de fuego* de Stravinski habían acompañado el paso de la llama olímpica y el coro del Ejército Rojo había cantado *Get Lucky*. Aquella noche, había regresado a mi hotel con la sensación de haber dado por fin rienda suelta a mi talento. Había creado un mundo fascinante, al menos por unas horas.

Ahora me hallaba frente a un espectáculo un poco distinto. Diríase el plató de una película apocalíptica. Los hachones de gas iluminaban intermitentemente un paisaje lunar salpicado de carrocerías de coches entre las que se movían las siluetas de centauros metalizados que se deslizaban lentamente por la pista. Al fondo, se entreveían los muros coronados por alambradas que rodeaban el cuartel general de los Lobos de la Noche de Lugansk.

—Bueno, Vadia, ¿qué me dices? ¿Te ha gustado el *show*?

La voz cavernosa que hasta un momento antes había estado marcando el ritmo de los tempos claves del espectáculo ahora se dirigía a mí. Zaldostánov se había mudado al Dombás hacía poco, a la primera línea de la guerra patriótica de Ucrania oriental. El Zar no podía, obviamente, enviar tropas regulares para invadir un país soberano, así que habíamos montado un extraño ejército de mercenarios y de militares vestidos de civil; oficialmente, toda esa buena gente estaba integrada por voluntarios, veteranos de Afganistán y de Chechenia, que habían decidido usar sus vacaciones para defender a los ucranianos rusófonos de los nazis del Maidán. Solo les faltaba el gorro de pieles y la amplia túnica negra con cinturón, pero por lo demás nada los distinguía de los cosacos del siglo XIX.

Alexander asumía su papel de líder carismático. Delgado, moreno, parecía estar en su elemento, lo cual no me sorprendió. En las fases más turbulentas, Rusia genera siempre hombres así. Aventureros, cabecillas, personajes que salen de la nada para cabalgar sobre los conflictos históricos. Alexander era uno de ellos. Amaba un mundo sin reglas, donde las cosas suceden y ya está. Sus adeptos lo veneraban como si el dios de la guerra se hubiera encarnado ante sus ojos. Tenían en común la euforia de empuñar un arma para procurarse todo cuanto les estuviera prohibido en tiempo de paz. Sus señas de identidad se componían de gafas de sol, todoterrenos sin matrícula, barba, tatuajes, música estridente y armas semiautomáticas.

Zaldostánov se reunió conmigo en los bastidores del espectáculo que había puesto en escena para celebrar la inminente victoria rusa en Ucrania oriental. Lo felicité por su interpretación del dios Thor. Alexander me lo agradeció con modestia. Se movía con gestos precisos: a una señal suya, una botella de vodka se materializó en un cubo de plástico con hielo, acompañada de una fuente de arenques ahumados y unas gruesas rebanadas de pan negro.

—Querido Alexander, amigo mío, desde que nos vimos he albergado ambiciosos proyectos para ti. Pero verte así, de cónsul romano...

—Ya sabes lo que solemos decir entre nosotros, Vadia: «Aquellos cuyo destino es morir colgados no se ahogan».

El motero se sopló un vaso de vodka. Luego añadió:

—Pero de ti, amigo, dicen que te has reproducido. ¡Ya era hora!

—Todavía no, faltan unas pocas semanas, si todo va bien. Una

niña, si Dios quiere.

Estaba claro que Zaldostánov hablaba en Moscú con gente bien informada. Lo cierto es que a los rusos no les faltan recursos cuando se trata de hallar motivos para brindar.

—¿Has visto las banderas? Ya no sacamos la de la Federación, pensamos ya en otra cosa.

Me había dado cuenta de que, en efecto, durante la representación, los moteros agitaban los antiguos estandartes imperiales con el águila bicéfala, una obsesión de Zaldostánov.

—Ya no somos una república, Vadia, somos un nuevo imperio: conquistaremos nuevas tierras, ya tenemos un zar que nos dirija: ¡Su Majestad Imperial Vladímir Putin!

Luego brindamos otra vez y prosiguió:

—Te agradezco tu visita, Vadia. Hay mucho de que hablar: creo que ha llegado el momento de hacer balance para las próximas etapas.

Contuve una sonrisa. Zaldostánov quería «hacer balance para las próximas etapas»: el águila bicéfala debía de haberle picoteado el cerebro.

—En esta fase creo que tenemos dos posibilidades. La primera sería la mejor: hacemos como en Crimea, organizamos un referéndum y, con el fervor popular, el Dombás vuelve a ser una parte de la madre Rusia. El Zar añade otra conquista a las anteriores, un nuevo paso hacia la reconstitución del Imperio...

—¿Y la otra?

—La segunda posibilidad es menos buena. Si no hay más remedio, proclamamos la independencia de la República del Dombás, en Moscú vosotros la reconocéis, y quizá también unos cuantos más, digamos los bielorrusos y los turkmenos, por ejemplo. Creamos nuestro Gobierno, nuestro Parlamento, en fin, ponemos a nuestros hombres y nos coordinamos para las siguientes etapas.

—Mmm, creo que vamos a tener que optar por una tercera posibilidad, Alexander.

Zaldostánov me miró sin comprender.

—Perdóname, pero me da la impresión de que te estás dejando llevar un poco.

—Pero ¿de qué hablas? Yo estoy aquí, en el terreno, y simplemente te digo lo que necesitamos para consolidar la victoria.

—Precisamente, Alexander. La victoria. Me temo que hay un

malentendido al respecto.

Zaldostánov me observaba con un aire vagamente hostil.

—Los jefes de la milicia local no lo entienden, se siguen planteando objetivos ingenuos, como la victoria. Pero tú no eres tan estúpido, Alexander. Tú comprendes que la guerra es un proceso cuyos objetivos van mucho más allá del éxito militar. La cosa es al revés: necesitamos que nuestro éxito no sea nunca completo, que la conquista jamás sea definitiva. ¿Qué quieres que haga Rusia con dos regiones más? Tomamos Crimea porque era nuestra, pero aquí el objetivo es diferente. Aquí nuestra finalidad no es la conquista, sino el caos. Todo el mundo debe ver que la revolución naranja ha precipitado a Ucrania en la anarquía. Cuando se comete el error de confiar en los occidentales, la cosa acaba así: ellos te abandonan a la primera dificultad y tú te quedas solo en un país destruido.

Y a merced de las hordas bárbaras, habría podido añadir, pero seguía tratando de mitigar la susceptibilidad de mi amable anfitrión.

—Esta guerra no se libra en la realidad, Alexander, se libra en la cabeza de la gente. La importancia de vuestras acciones sobre el campo de batalla no se mide por el número de ciudades que tomáis, se mide por el número de cerebros que conquistáis. No aquí. En Moscú, en Kiev, en Berlín. Piensa en nuestros compatriotas rusos que, gracias a vosotros, recuperan el sentido heroico de la vida, de la lucha entre el bien y el mal y que admiran al Zar, quien defiende nuestros valores contra los nazis ucranianos y la decadencia de los occidentales. Nuestros jóvenes no han conocido el caos de los noventa, alguien debía recordarles que Putin encarna la estabilidad y la grandeza de la madre patria. Piensa también en los ucranianos que, gracias a vosotros, se dan cuenta del error que han cometido: esperaban que la revolución naranja los llevara a Europa y, en realidad, los ha llevado de regreso a la Edad Media, a la anarquía y a la violencia sin fin. Y piensa en los occidentales que, gracias a vosotros, han empezado otra vez a respetar, incluso a temer, a Rusia. Habían creído en el fin de la historia, pero ahora calculan la dimensión de su error. Nosotros no hemos olvidado lo que significa ser hombres, luchar, estar dispuestos a morir. No tenemos miedo a ensuciarnos las manos. Hay una hermosa diferencia entre vivir y tratar de no morir. Ellos la han olvidado, nosotros no. Estamos aquí para recordárselo, Alexander. Todo esto es gracias a vosotros. A ti y a todos los héroes que están haciendo la

guerra en el Dombás. Pero tenéis que comprender que sois los actores de un drama mucho más grande y que va mucho más allá de lo que pase aquí.

—¿Hasta cuándo?

Aunque solía utilizarlo a su favor, o quizá debido a ello, Zaldostánov siempre había sido curiosamente impermeable al poder de la retórica.

—Hasta que eso deje de sernos útil.

Zaldostánov se quedó en silencio por un momento.

—¿Un drama, dices? Me da la impresión, Vadia, de que más bien es una farsa. ¿Crees que no sé lo que está pasando? La gente habla, por aquí, de tus viajecitos a Kiev. Sabemos lo que intentas hacer. Nos utilizas como medio de presión. Quieres que el Dombás siga formando parte de Ucrania, porque a través del Dombás puedes chantajear al Gobierno de Kiev.

Intentaba dominarme, pero la idea de que el muy bruto estaba metiéndose en asuntos que no lo incumbían empezaba a hacérseme insoportable.

—No va a funcionar, Vadia, perderéis el control. Los nuestros no han tomado las armas aquí para dejar que vayas a hacer tus tejemanejes de politicastro en Kiev. Combaten por su patria, quieren que exista Nueva Rusia. Cuando descubran que los utilizas como moneda de cambio con los nazis de Kiev...

—Sí, dime, ¿qué pasará, Alexander? Dime, tengo curiosidad por oírlo.

No pude contenerme. Zaldostánov se calló.

—Te lo voy a decir yo. No pasará nada de nada. ¿No me estás diciendo que te has dejado atrapar por la obra que has contribuido a poner en escena? ¿Puedo, entonces, preguntarte, Alexander, de dónde viene el dinero para esta farsa, ya que hemos decidido llamarla así?

Mirada torva de Zaldostánov.

—De Moscú.

—Y las armas, ¿de dónde proceden?

—De Moscú.

—¿Y las putas? Hasta las putas vienen de Moscú, cuando consideramos que las habéis merecido. Así que, una de dos, Alexander: o sigues disfrutando de la buena suerte para la que has sido designado, por mí además, o decides que no, que esto ya no va

contigo. Que te has convertido en Alexander Zaldostánov, mártir de Nueva Rusia, en lucha para la liberación de los pueblos. Pero te aconsejo que lo pienses bien, porque solo se necesita un instante para tirar del enchufe y luego las cosas pueden volverse muy complicadas para ti.

Un silencio de sala de bacará cayó sobre el cuchitril donde nos encontrábamos. En la pared, un retrato de Stalin y una caricatura de Obama nos observaban con la misma indiferencia. Zaldostánov empezó a darle vueltas en la cabeza con un enfurruñamiento infantil en la cara. De vez en cuando, distraídamente, su mano rozaba la cartuchera que llevaba más bien por adorno; no era fácil saber si estaba meditando sobre mis palabras, si pensaba destinarme una bala o si simplemente estaba demasiado ebrio para tomar una iniciativa.

Entonces se levantó lentamente.

—Sígueme, Vadia.

El motero salió y, sin decir ni una palabra, me condujo hacia una ruina colindante con el descampado que los Lobos de la Noche habían elegido como base. Pasamos por delante de una fila de camiones de basura naranjas que ellos habían convertido en vehículos de guerra vaciando el volquete para colocar en su lugar un mortero. Vistas de cerca, las ruinas perdían su carácter indistinto. Podían reconocerse entre los escombros restos de objetos domésticos, un frigorífico abollado, un picaporte, telas de colores. Zaldostánov se subió a un montículo y removió el suelo con su gruesa Doc Martens como si buscara algo.

—Aquí está, siempre hay al menos una —dijo agachándose para coger un trozo de plástico rosa recubierto de tierra—. Mírala, Vadia. ¿Por qué no se la llevas a tu hija?

Al principio no reconocí el objeto que me tendía. Luego, al tenerla en la mano, me di cuenta de que se trataba de una muñeca. Le faltaba un brazo y me pregunté si lo habría perdido en la explosión o le había ocurrido antes. Esa muñequita rota y sucia debió de tener un nombre en otra vida. Y una niña había jugado con ella tardes enteras.

No dije ni una palabra durante el vuelo militar de regreso a Moscú. Incluso ya en el Kremlin permanecí en silencio. Contestaba a las preguntas que me hacían, nada más, pero no tenía ganas de argumentarlas. Mis argumentos eran siempre pertinentes y me habían

llevado hasta allí. Era el hombre de las soluciones refinadas y había tenido que explicarle a un cosaco cubierto de cartucheras que tenía que proseguir con la guerra, que debía continuar bombardeando hospitales y escuelas, aunque no quisiera hacerlo, aunque no hubiera ningún motivo, porque eso era lo que exigía el sutil propósito que mi sutil mente había concebido.

Más valía que me callase. Mejor aún, que ni siquiera pensara. Liberado de mis conjeturas, la verdad aparecía por sí misma. El Imperio del Zar provenía de la guerra y era lógico que finalmente retornase a la guerra. Esta era la base inquebrantable de nuestro poder, su vicio original. En el fondo, bien mirado, no nos habíamos movido ni un ápice de ahí. Las cosas no habrían podido ser diferentes. Yo lo sabía desde el principio y había elegido acompañar a Putin por ese camino. No lo había hecho por convicción ni por interés. Lo había hecho por curiosidad. Para ponerme a prueba. Porque en el fondo no tenía otra cosa que hacer. Me decía a mí mismo que siempre era mejor eso que cualquiera de las razones que mueven al resto de la gente. La avidez, la frustración, la necesidad de venganza, el fanatismo, el deseo de dominar al prójimo. Yo no cambiaría el mundo, pero impediría que otros en mi lugar lo volvieran peor. Pero las cosas no habían sucedido exactamente así.

Con la guerra de Ucrania pasaba como con todo lo demás. No era yo quien la había querido. Incluso me había opuesto a ella con todas mis fuerzas. Pero una vez que el Zar había decidido hacerla, me empeñé con todo el poder a mi alcance para ganarla. Por costumbre. Por orgullo. Porque me sentía capaz. Al menos así había sido al principio, cuando las bombas de Moscú y la guerra de Chechenia. Cuando el arresto de Jodorkovski y la caída de Berezovski. Cierto que algunos de estos hechos no contaban con mi aprobación. Pero todos habían contado con mi infatigable labor. Me era insoportable la mera idea de perder. Había tenido suerte, casi siempre había ganado. Y ahora tenía por fin en mis manos el trofeo que merecía: una muñeca, sucia de tierra y cascotes, cuyo nombre jamás llegaría a saber.

28

El rostro perfectamente cuadrado de Sechin apareció por el marco de la puerta de mi despacho.

—¿Puedo robarte un segundo, Vadim Alexéievich?

Si Igor había decidido pasar a verme, solo podía ser para darme muy malas noticias. Se remitió a algo que me quedaba lejos, al preguntarme por mi viaje al Dombás, como si por lo menos tres servicios de información diferentes no le hubieran suministrado ya todos los detalles. Luego, mirándome fijamente con sus ojos de ave nocturna, dijo:

—A propósito, Vadim Alexéievich, has oído hablar de lo de los norteamericanos, ¿no?

—¿Qué de los norteamericanos?

—Por lo visto, han preparado una lista de gente a la que se le impedirá pisar su territorio. Tu nombre está en ella.

Sechin no me quitaba ojo, buscando la menor señal de contrariedad.

—Me da la impresión de que vas a tener que olvidarte de Nueva York por el momento.

—Ah, sí, las sanciones por Ucrania. ¿Entonces han decidido seguir adelante con ellas?

—A partir del lunes.

El chequista parecía satisfecho. La confirmación de que mi nombre se encontraba en la lista le había alegrado la mañana.

Evidentemente, eso era un incordio. No se ceñía solo a Nueva York. También afectaba a California, Maine, Boulder en Colorado. La prohibición de pisar suelo estadounidense iba destinada a privarme de placeres que Sechin ni sospechaba.

—También he oído otra cosa.

Al decirlo, Igor puso esa cara de distraído que me era de sobra conocida. Era la que mostraba cuando más concentrado estaba. Iba a hacerme daño de verdad.

—Tu nombre también está en la lista de los europeos.

Qué cabrón. Por eso se había tomado la molestia de venir a anunciármelo en persona, quería ver mi cara en el momento exacto en que supiera que había perdido Europa. En el fondo, me dije, este tipo no sabe nada de mí, salvo el modo de joderme.

Un enorme bloque de piedra se hundió en mi interior. Un trozo de roca. Acababa de desprenderse de mi pecho y se precipitaba ahora en el vacío. Dentro de mí. Caía en una oscuridad sin fondo. Europa. Algo inconcebible. Yo, privado de Europa, ¿se da usted cuenta?

Gasté mis últimos cartuchos para no dar a Sechin la menor satisfacción.

—Pues muy bien, precisamente tenía la intención de explorar lugares nuevos. Pero ¿qué será de ti, Igor, y de tu castillo en Umbría?

Ese castillo era la niña de sus ojos.

Sechin, de repente, adoptó la máscara de una inexpresividad absoluta con la que solía indicar una emoción intensa.

—Bah, son solo unas piedras antiguas, ya sabes. Estoy construyéndome una réplica en el Cáucaso.

El chequista dio media vuelta. Había cumplido su misión. En cuanto a mí, no me quedaban muchas opciones. Descolgué el teléfono y dicté al jefe de prensa la declaración que había que publicar en el momento en que se anunciaran las sanciones: «Considero que se trata de un Óscar a mi carrera política. Eso quiere decir que he servido a mi país con honor».

A continuación marqué el número de casa. Evidentemente, Ksenia no disponía de móvil, pero esa mañana, por suerte, no había salido aún. Convinimos en citarnos en el aeropuerto.

Pocas horas más tarde aterrizábamos en mi ciudad preferida para nuestro último fin de semana europeo. De camino al hotel vimos el desfilar solemne de los edificios de ladrillo rojo que bordean las avenidas de Estocolmo. Allí la nieve no se transformaba en barro negro como en Moscú, permanecía inexplicablemente blanca, como si los suecos hubieran hallado la solución también para ese problema, como para tantos otros. La gente caminaba por las aceras como se hace en Europa, sin prisa y sin miedo. A eso de las cuatro, cuando el fatigado sol de las tardes de invierno se ha puesto definitivamente, la grandeza un poco altiva de las fachadas que destacan sobre la superficie helada del mar se vuelve más afable, dulcificada de golpe

por el encanto de mil ventanas iluminadas que se encienden una tras otra. Las luces desde abajo, pensé, he aquí la verdadera diferencia. En Rusia, apenas si existen. Puedes pasear incluso por los barrios más hermosos de Moscú y de San Petersburgo y ver por todas partes únicamente los inmisericordes haces de luz de los plafones del techo cayendo desde lo alto e iluminando las ventanas. Los plafones son prácticos. Basta con apretar un botón para que todo el cuarto se ilumine con la misma claridad uniforme y brutal. Combinan bien con el televisor, no producen reflejos en la pantalla y casan idealmente con sus destellos azules.

Las pequeñas luces desde abajo, en cambio, no son muy cómodas. Tienes que encenderlas una por una y hacen falta al menos tres o cuatro para generar la misma cantidad de luz que un plafón. Sin embargo, el juego de sombras que aportan a los muebles y a las paredes crea una atmósfera propicia para la conversación y la lectura de viejos libros, el buen fuego y la música de cámara. Cosas estas que, también en los países occidentales, han sido barridas por las pantallas de los móviles. Pero al menos las luces desde abajo mantienen la ilusión. Uno puede observar desde el exterior esas habitaciones agradables, envueltas en una luz tamizada, e imaginarse que en el interior sus habitantes se pasan la vida contándose cuentos de hadas; un lujo que los rusos jamás han podido permitirse.

Tratar de concebir una existencia en una de esas casas había sido siempre una de mis perversiones. Dos días más tarde, la entrada en vigor de las sanciones la convertía en un fantasma imposible. Un exilio a la inversa, el peor castigo para un individuo como yo.

En aquel momento me acordé de Berezovski, de sus últimos años en Londres. Él no había podido desprenderse de Rusia. Para él no había nada fuera que valiera lo que valía el único verdadero placer de la vida rusa: mirar la realidad cara a cara, sin filtro, a la cruda luz de un plafón. Yo, por el contrario, sí habría podido. Allí, en Londres. O en cualquier otro lugar de Europa. Habría podido vivir en una de esas casas del extrarradio, con una pequeña verja de hierro y dos escalones delante de la puerta de entrada. La habría llenado de libros, habría descubierto el mejor café del barrio y también un bar donde beber un whisky por la tarde. Habría dado el mismo paseo casi todos los días, pensando en Rusia de vez en cuando como en una madre amnésica que devora a sus propios hijos. Había devorado a mi abuelo, a mi

padre, pero no a mí. Yo me habría escapado de ella, me habría salvado. O no. De todos modos, ya habría sido demasiado tarde para mí. Pero mi hija, mi hija se habría salvado. Rusia no se habría apoderado de ella.

Sin embargo, he de reconocer que las cosas no sucedieron así. Había llegado el momento de renunciar a la amabilidad de Europa y a sus luces desde abajo que disimulan la crueldad del mundo. En lo más hondo de mí mismo, siempre había sabido que ese momento llegaría; desde la primera vez que mis ojos se cruzaron con la mirada del Zar. No había nada de europeo en esa mirada, nada acogedor. Tan solo la determinación de una necesidad que no tolera ningún obstáculo.

Al día siguiente por la mañana, nos despertamos en la pequeña suite de mi hotel preferido, una especie de casa de campo puesta en lo alto de una isla del centro de Estocolmo. Desayunamos en la galería de madera blanca, frente a la superficie opaca del mar. A lo lejos, las grúas del puerto dejaban entrever la existencia de un mundo activo y turbulento, del que solo llegaba hasta nosotros un vago eco que se perdía entre mi tristeza y el tedio de Ksenia.

Contemplaba mi vida como un buceador en apnea. La veía brillar en la superficie, pero no conseguía respirar. Hacía veinte años que no respiraba. No significaba que esos años se hubieran volatilizado. Al contrario, tenía la impresión de haber vivido mil vidas. Pero nunca había respirado, ni un solo instante: había permanecido en apnea. Ahora empezaba a entrever a lo lejos cuál era mi destino. El punto final donde ya no aparece la necesidad de elegir, pues todas las elecciones posibles ya se han realizado y lo que queda no es más que una simple formalidad.

Había previsto pasar la jornada compadeciéndome de mí mismo. Pensaba que me lo merecía con creces. Pero no había contado con la feroz inteligencia de Ksenia, que, pese a seguir estando a mi favor, suponía siempre una amenaza. Ella jamás me permitiría mentirme a mí mismo.

Estábamos bordeando la costa, en la isla de Djurgården. Al dejar el hotel una hora antes, dimos un paseo abrazados y charlando durante un rato, pero el silencio no tardó en abrirse paso entre nosotros y envolver cada uno de nuestros gestos. Se percibía en la atmósfera que respirábamos y en el viento que traía el aroma de

profundos bosques nevados.

Yo iba delante, inmerso en mis pensamientos, y Ksenia me seguía unos pasos detrás. Frente a nosotros, acurrucada entre los abedules, se podía discernir una casita roja que parecía la vivienda de un buen hechicero, con sus claraboyas en faldón y sus imponentes chimeneas grises. Quienquiera que allí viviera, pensaba yo, había echado a perder su vida.

En ese momento oí un chapoteo detrás de mí. Me di la vuelta, convencido de que me iba a encontrar con un cisne agitando las alas entre las olas. En vez de eso vi a Ksenia sumergida por completo en las aguas heladas, sonriéndome con un aire de desafío. Su ropa abandonada precipitadamente formaba unas manchas multicolores sobre la nieve.

Nos miramos un prolongado instante. Yo completamente vestido en la orilla del mar, ella completamente desnuda en el agua. Sus ojos eran tan profundos como preguntas sin respuesta, pero su boca esbozaba una sonrisa. Empecé a desvestirme. El sombrero gris forrado de piel. Los zapatos ingleses negros que llevaba a todas partes. El traje y el jersey de cuello alto. Ksenia me miraba fijamente, pero cuando iba a lanzarme al agua, se dio la vuelta y empezó a nadar hacia alta mar. Por una vez tuve miedo. ¿A dónde iba? Traté de llamarla. ¿Había olvidado que estaba encinta?

Ella no tenía ninguna intención de escucharme. Lo único que podía hacer era seguirla. Me tiré de cabeza, con estrépito, al contrario que la imperceptible inmersión de Ksenia. Es posible que gritara, los baños en agua helada nunca han sido mi especialidad. Instintivamente empecé a nadar, tanto para no congelarme allí mismo como para alcanzar a Ksenia, quien se había detenido a unos cincuenta metros de la orilla y me esperaba. Cuando estaba a punto de unirme a ella, pareció que iba a huir de nuevo. Pero no. Aguardó mi llegada. Y allí, mientras estrechaba su cuerpo luminoso contra el mío en las aguas sombrías, leí en sus ojos, por primera vez, la majestad del misterio que crecía en ella. Una libertad ilimitada y feroz había sido su único objetivo, por el que en otro tiempo estuvo dispuesta a someterse a la más abyecta de las esclavitudes. Pero ahora nada habría podido desviarla del curso que los astros habían trazado para ella y, aunque fuera aún más cruel que antaño, una ternura nueva había madurado en su seno y yo sentía que iba dirigida solo a mí. En aquel momento,

todas las demás sensaciones me abandonaron como fruta madura que cae de los árboles y únicamente quedó, en lo más profundo de mi ser, la veneración por el esplendor de la vida inédita que vibraba frente a mí. Y, por primera vez en mucho tiempo, pese a que el hielo nos rodeaba por todos lados y la corriente amenazaba con arrastrarnos, tuve la sensación de que podía respirar de nuevo.

29

La familiaridad induce a error. Durante años, en el Kremlin, Stalin y el resto de la nomenklatura habían vivido codo con codo. Habitaban en los grandes pisos que antaño habían pertenecido a los funcionarios del zar y cenaban siempre juntos. Stalin iba a buscarlos para jugar al ajedrez o para una cena íntima entre amigos. Nunca se sentaba en el lugar de honor, pero se colocaba en la cabecera de la mesa y, si hacía falta ir a buscar alguna cosa a la cocina, él se levantaba e iba a por ella. Había también un pequeño cine. Los niños montaban en bicicleta y jugaban con la pelota. Habían crecido juntos, como una familia. Lo cual no impidió a Stalin exterminarlos uno tras otro. De hecho, esa familiaridad le facilitó la tarea. No podían imaginarse que su Koba los hiciera arrestar, torturar y matar. La proximidad los engañó: la ilusión de que una amistad de veinte años impide al jefe hacer lo que debe hacer. Pero las cosas no funcionan así. El jefe sigue su instinto, tiene el olfato del depredador que ha de sobrevivir. Y, en última instancia, lo único que puede garantizarle la supervivencia es la muerte de todos los que lo rodean.

Yo fui el primero en marcharse, simplemente. No me dejé engañar por la familiaridad. La confianza de un príncipe no es un privilegio, sino una condena: quien revela su secreto a alguien se convierte en su esclavo y los príncipes no soportan la esclavitud. Querer romper el espejo que nos devuelve nuestra propia imagen es algo muy corriente. Además, el príncipe puede retribuir los pequeños favores, pero cuando estos se hacen grandes y no se sabe cómo recompensarlos, surge en él la tentación de resolver el problema eliminando su causa.

El Zar nunca fue sensible al afecto, todo lo más a la costumbre. Y a partir de cierto momento perdió incluso la costumbre de verme. En Novo-Ogariovo, mandó talar el bosque tres kilómetros a la redonda de su dacha. Se levanta tarde por la mañana, desayuna huevos frescos que le envía el patriarca Kiril de su granja. Luego hace unos ejercicios

en su gimnasio mirando los informativos en la pantalla. Si hay algo urgente, es allí donde lee las notas confidenciales y transmite las disposiciones pertinentes. A continuación, nada un kilómetro en la piscina. En el borde de la misma, las primeras visitas del día, ministros, asesores, directores de grandes empresas, convocados la noche anterior o esa misma mañana, esperan pacientemente que el Zar salga del agua para tenderle un albornoz y hablar brevemente de tal o cual asunto.

Solo al principio de la tarde es cuando el cortejo presidencial se pone de camino al Kremlin. Las calles se cortan a la circulación desde media hora antes. En cada cruce, un coche de la milicia garantiza que se preserve la soledad del Zar. De Novo-Ogariovo al Kremlin, Putin atraviesa casi toda la capital, paralizada a su paso, llega al despacho y allí comienza la verdadera jornada de trabajo, que a veces acaba con las primeras luces del alba. La existencia del Zar está desfasada con relación a la de las personas normales e impone una torsión a quien deba trabajar con él. Un solo hombre que no duerme por la noche ha obligado a la gente más importante de Moscú a compartir su vigilia hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Conociendo los hábitos nocturnos del líder, unos cien ministros, altos funcionarios y generales permanecen allí en espera de ser llamados. Y cada uno de ellos arrastra consigo a una pequeña falange de ayudantes y secretarias. Por eso, las luces de los ministerios siempre están encendidas y el Moscú del poder ha vuelto a ser insomne, como en la época de Stalin.

La única verdadera obligación de la Corte es la presencia. Estar ahí, siempre, cada vez que exista la posibilidad, por pequeña que sea, de que la mirada del soberano se pose sobre ti. Yo nunca fui de buen grado a Novo-Ogariovo. El ambiente desagradablemente deportivo del lugar me deprimía. Siempre que podía, me dejaba sustituir por otro ¡y bien sabe Dios que candidatos para ello no faltaban! Una vez regresado de Estocolmo, apenas volví a poner los pies allí. Además, por la noche, cuando tenía sueño, había cogido la costumbre de irme a dormir con el móvil apagado. Por un par de veces, el Zar me hizo salir de la cama por el jefe de la guardia presidencial. Era obvio que esa situación no podía durar por más tiempo. El Zar no podía soportar la idea de que su vecindad no fuese la fuente de mi regocijo.

Un día, en el Kremlin, en el transcurso de una reunión en la que yo me encontraba como siempre en minoría, me traspasó con una

mirada absolutamente indiferente, como si yo hubiera dejado ya de existir.

—Te crees el más listo de todos, Vadia. Pero ¿sabes la verdad? A fuerza de querer ser joven demasiado tiempo, uno acaba por envejecer mal.

Tenía razón. Cuarenta años es una edad que no perdona: tienes todo a la vista y ya no puedes ocultar nada más. La verdad es que, incluso estando tan cerca de la cima del poder, nunca dejé de ser un marginal. Creo yo que, en el fondo, una vez más era por culpa de la biblioteca de mi abuelo. En ella adquirí la conciencia de no vivir en el centro del tiempo. Por muy excitante que sea, nuestra época no es más que la enésima versión de la comedia cuyas ínfimas variaciones se despliegan en el curso de los siglos. «De vez en cuando, un hombre se erige entre la gente, hace alarde de su fortuna y proclama: ¡soy yo! Su gloria dura lo que dura un sueño interrumpido, pues enseguida se erige la muerte y proclama: ¡soy yo!»

Sin haberlo pisado jamás, La Bruyère, hace tres siglos, describió el Kremlin de hoy con mayor precisión que el mejor de nuestros periodistas o el de los de ustedes. Si yo no hubiera tenido conciencia de ello, no habría podido cumplir con mi trabajo. Me habría quedado en la superficie. Mi contribución a la causa del Zar habría sido menos eficaz, y si me permite que lo diga, menos decisiva. Pero esto también supuso mi condena. De pronto vi mi vida tal cual era: una lucha sin fin contra el ángel de la negligencia, de la brutalidad injustificada y los apetitos ingobernables. Veinte años consagrados a eso. Como veinte días, como veinte minutos. Ninguna diferencia.

Podría haber formado parte de la banda, por qué no. Pero siempre fui un extraño. Cuando era pequeño, mi abuelo me hablaba algunas veces de esos lobos que abandonan la manada sin motivo aparente. Empiezan a caminar solos. Algunos acaban por formar una nueva manada. Otros no. Se quedan en el bosque o cruzan la estepa, pero siempre solos. Parecen no sufrir por ello. Llevan su vida aparte, con el tiempo desarrollan sus propios hábitos, que difieren de los de la manada. Los cazadores han aprendido a temerlos: saben que los lobos solitarios son más fuertes, más astutos y más agresivos que los demás.

Es evidente que mi abuelo se consideraba uno de ellos. Quién sabe, tal vez tuviera un carácter recesivo, destinado a reaparecer a distancia de una generación. Lo cierto es que no es un carácter

apreciado por la manada, que lo acepta todo menos la independencia. Se dijeron muchas cosas sobre mí después. Que me creía superior. Que me habían pillado metiendo mano en la caja. Incluso que había querido ocupar el lugar del Zar. Para algunos la calumnia es la única forma de imaginación.

La verdad es que siempre he conspirado a favor del poder, nunca en contra. Está en mi naturaleza, algo que mucha gente no entiende. Es cierto que alrededor de los poderosos siempre hay personas que piensan en ocupar su puesto. Pero el auténtico asesor pertenece a una raza totalmente diferente de la del poderoso. En realidad es un vago. Murmuradas al oído del príncipe, sus palabras producen el máximo impacto sin tener que pasar por la agobiante fatiga de medrar. Luego regresa tranquilamente a su biblioteca, mientras las bestias feroces siguen desgarrándose unas a otras bajo la superficie del agua. Tiene una esquirla de hielo en el corazón: cuanto más se calientan los otros, más se enfría él. A veces, lo suyo termina mal, porque lo que menos soportan los poderosos es la autonomía. Pero cuando presenté mi dimisión, el Zar tenía otra cosa en la cabeza. Creo que recibió mi retiro con alivio, ya no me necesitaba. Inventar un orden nuevo exige cierta dosis de imaginación, pero para hacerlo respetar basta con la devoción ciega de los servidores.

Nadie me sustituyó. La labrador retriever es la única asesora en la que Putin confía plenamente. La hace correr por el parque, se la lleva al despacho. Por lo demás, el Zar está absolutamente solo. De cuando en cuando, aparece un guardia, se presenta un sirviente o un cortesano, convocado por cualquier razón. Eso es todo. No hay ni esposa ni hijos a su lado. Y por lo que respecta a los amigos, sabe que, a la altura a la que ha llegado, la sola idea de tenerlos es inimaginable. El Zar vive en un mundo en el que incluso los mejores amigos se transforman en cortesanos o en enemigos implacables, y casi siempre en ambas cosas a la vez.

En Occidente, los gobernantes son como adolescentes, no pueden estar solos, buscan siempre que los miren, da la impresión de que si se vieran obligados a pasar toda la jornada en una habitación, sin compañía, se desvanecerían en el aire como un tibio soplo de viento. Nuestro Zar, por el contrario, vive en la soledad y se nutre de ella. En el recogimiento acumula la fuerza que tanto sorprende a los observadores occidentales. Con el tiempo se ha convertido en un

elemento más, como el cielo o el aire. Ustedes han olvidado lo que significa vivir como adultos, asentados en la realidad. Ustedes creen que un líder es una especie de animador, quieren jefes que se les parezcan, que estén a su nivel. La distancia preserva la autoridad. Como Dios, el Zar puede ser objeto de entusiasmo, pero sin entusiasmarse él mismo, su naturaleza es necesariamente distinta. Su rostro ha adquirido ya la palidez marmórea de la inmortalidad.

A este nivel, nosotros estamos mucho más lejos de aspirar a los bellos funerales de los que le he hablado. El ideal del Zar sería más bien un cementerio en el que destaque solo él, vertical, único superviviente sobre sus enemigos y también sobre sus amigos, sus padres y sus hijos. Tal vez incluso sobre Koni. Sobre todos los seres vivos. «Calígula desea que las cabezas de todos los hombres se encuentren en un solo y único cuello, con objeto de poder reducir a la nada el mundo entero de un solo y único tajo.» Poder en estado puro. Es en lo que se ha convertido el Zar. O tal vez era así desde el principio. El único trono que le traerá la paz es la muerte.

30

Rusia es la fabricante de pesadillas de Occidente. A finales del XIX, ustedes, los intelectuales occidentales, soñaron la revolución. Nosotros la hicimos. Del comunismo, ustedes no han hecho más que hablar. Nosotros lo vivimos durante setenta años. Luego llegó el momento del capitalismo, e incluso en esto nosotros fuimos mucho más lejos que ustedes. En los años noventa, nadie corrompió, privatizó o facilitó la iniciativa empresarial más que nosotros. Aquí se crearon las mayores fortunas, surgidas de la nada, sin reglas ni límites. No cabe duda de que crecimos muchísimo, pero la cosa no fue bien.

Ahora, vuelta a empezar. Su sistema está en peligro porque ustedes ya no consiguen ejercer el poder. Créame, después de haberlo experimentado directamente, no albergo ninguna simpatía por él. Mi abuelo decía que, tarde o temprano, alguien debería reunir todas las estatuas ecuestres repartidas por las ciudades del mundo y expedirlas en bloque al desierto, a un campo dedicado a todos los perpetradores de masacres de la historia: he tendido siempre a darle la razón y le aseguro a usted que los años en que frecuenté el Kremlin no me hicieron cambiar de opinión. Al contrario.

Hoy, sin embargo, el poder es la única solución, porque su objetivo, el objetivo de todo poder en la práctica, es la abolición del acontecer. «Una mosca que, imprevisiblemente, vuele durante una ceremonia humilla al zar», dice Custine. Incluso el más pequeño acontecimiento, sustraído a su control, puede significar la muerte, o la posibilidad de la muerte, para el poder.

La naturaleza humana está ávida de acontecimientos. Los espera, los codicia, por mucho que finja temerlos, pero es evidente que se trata de un gusto que ya no podemos permitirnos. Porque hoy en día, el acontecimiento, incluso el más insignificante vuelo de una mosca, puede desencadenar el infierno. El virus ha sido el ensayo general, pero apenas estamos en el principio. Por esta razón, en adelante la carrera será entre el acontecimiento y el poder. Dado que el primero

coincidirá con la posibilidad, siempre abierta, del apocalipsis, estamos obligados a escoger el segundo. No el falso poder que ustedes ejercen en Occidente: máscaras de payaso que interpretan el guion de una tragedia. No, yo me refiero al poder que vuelve a sus orígenes primitivos, al puro ejercicio de la fuerza. La estatua de mármol que con una mano protege y con la otra amenaza.

Hasta ahora, el poder ha sido siempre imperfecto. Porque ha tenido que basarse en medios humanos para cumplir su promesa. Y el hombre, siempre, es débil.

En toda revolución hay un momento decisivo: el instante en que las tropas se rebelan contra el régimen y se niegan a disparar. Es la pesadilla de Putin, como la de todos los zares que lo han precedido. El riesgo de que las tropas, en vez de disparar a la muchedumbre, se solidaricen con ella es la eterna amenaza que pesa sobre todo poder. Por esta razón, cuando los estudiantes empiezan a ocupar la plaza de Tiananmén, el viejo sabio Deng Xiaoping no reacciona de inmediato. Sabe que está al borde del abismo. No quiere correr el riesgo de servir en bandeja sus tropas a los sediciosos, con sus eslóganes, sus cánticos y esas chicas guapas que sonríen a los militares. Prefiere esperar y manda venir de muy lejos a unos soldados que no hablan mandarín, de manera que no puedan solidarizarse con los manifestantes; estos tardan unos días en llegar, pero cuando lo hacen, son implacables.

Imaginemos ahora que el poder ya no necesite la colaboración humana. Que su seguridad —y su fuerza— estén garantizadas por instrumentos sin posibilidad de revolverse contra él. Un ejército de sensores, de drones, de robots capaces de golpear en cualquier momento, sin el menor titubeo. Eso sería, por fin, el poder en su forma más absoluta. Mientras esté basado en la colaboración de hombres de carne y hueso, todo poder, por duro que sea, debe contar con su consentimiento. Pero si estuviera basado en máquinas que mantuviesen el orden y la disciplina, no habría nada que lo frenase. El problema de las máquinas no es que terminen rebelándose contra el hombre, sino que cumplan las órdenes al pie de la letra.

Conviene mirar siempre el origen de las cosas. Todas las tecnologías que han irrumpido en nuestras vidas estos últimos años tienen un origen militar. Los ordenadores se desarrollaron durante la Segunda Guerra Mundial para descifrar los códigos enemigos. Internet como medio de comunicación en caso de guerra nuclear, el GPS para

localizar las unidades de combate, y así sucesivamente. Todas son tecnologías de control concebidas para someter, no para liberar. Solo una panda de californianos drogados de LSD podía ser lo bastante débil como para imaginar que un instrumento inventado por los militares se transformaría en una herramienta de emancipación. Y muchísimos los creyeron.

Está claro, ¿no? Usted mismo puede verlo. La verdad es que la tecnología militar que nos rodea ha creado las condiciones para la emergencia de una total movilización. En adelante, allí donde nos encontremos, podemos ser identificados, llamados al orden, neutralizados si es necesario. El individuo solitario, el libre albedrío y la democracia se han vuelto obsoletos: la multiplicación de datos ha hecho de la humanidad un único sistema nervioso, un mecanismo formado por configuraciones estándares previsibles como una bandada de pájaros o un banco de peces.

No estamos todavía en guerra, pero ya estamos militarizados. Los soviéticos soñaron con ello. Nuestro Estado se ha basado siempre en la movilización. Éramos una nación fundada por entero en la idea de la guerra, de la defensa de la patria contra las agresiones que podían llegar del extranjero. Todos los sacrificios, todos los innumerables atentados contra la libertad se justificaban así: por la defensa de una libertad mayor, la de la madre patria. El KGB, en los años cincuenta, había proyectado un sistema para vigilar todas las relaciones de cada ciudadano soviético. La *vertushka* de mi padre era el símbolo. Pero Facebook ha ido mucho más lejos. Los californianos han superado los sueños de los viejos burócratas soviéticos. No hay límites en la vigilancia que ha conseguido instaurar. Gracias a ellos, cada momento de nuestra existencia se ha convertido en una fuente de información.

Los nazis decían que las únicas personas que en Alemania seguían siendo todavía individuos particulares eran las que dormían, pero los californianos los superaron también. Los flujos psicológicos de las personas, incluido su sueño, ya no tienen secretos para ellos. Se han convertido en cifras; hasta hoy, para generar un beneficio; a partir de mañana, para ejercer el control más implacable que la humanidad haya conocido jamás.

Por ahora, la movilización ha sido benévola, se ha apoyado en nuestra pereza y nos ha garantizado los abalorios necesarios a cambio de los cuales hemos vendido nuestra libertad. Pero, cuando el próximo

virus surja de un mercado o de un laboratorio, cuando Seattle, Hamburgo o Yokohama sean arrasadas por una bomba atómica sucia o por un ataque bacteriológico, cuando un simple adolescente presa de una aflicción personal, en vez de abrir fuego en su aula, sea capaz de destruir una ciudad, la humanidad entera solo pedirá una cosa: protección. La seguridad a toda costa. A partir de hoy, la diferencia se ha vuelto sospechosa, pronto la más insignificante discrepancia con respecto a la norma se convertirá en un enemigo a abatir cueste lo que cueste. La infraestructura ya está creada. Por ahora es comercial, pero entonces pasará a ser política y militar. El conjunto de instrumentos a nuestra disposición deberá emplearse en combatir el apocalipsis; frente al terror, todo lo demás siempre será tolerable.

Ese día, el mundo estará preparado para el advenimiento del Benefactor de Zamiatin: el de alguien que velará por que no ocurra nada malo. La máquina habrá hecho posible el poder en su forma absoluta. Un solo hombre podrá entonces dominar a toda la humanidad. Y ese hombre será un individuo cualquiera, sin ningún talento especial, porque el poder no residirá ya en él, sino en la máquina, y cualquier hombre, elegido al azar, podrá hacerla funcionar.

Su reinado no será largo. En el fondo, como decía nuestro Brodsky, el dictador no es más que una versión primitiva del ordenador. En un mundo gobernado por los robots, solo es cuestión de tiempo que la cima del poder sea reemplazada por un robot.

Durante mucho tiempo hemos creído que las máquinas eran el instrumento del hombre, pero es evidente hoy en día que los hombres han sido el instrumento del advenimiento de la máquina. La transición se hará de modo paulatino: las máquinas no impondrán su dominio sobre el hombre, sino que entrarán en el hombre, como una pulsión, una aspiración íntima. Ya ahora, la perfección de la máquina ha pasado a ser el ideal de millones de personas que pugnan por fundirse cada vez más con el flujo de la tecnología.

La historia humana termina con nosotros. Con usted, conmigo y tal vez con nuestros hijos. Después, seguirá habiendo algo, pero no será la humanidad. Los seres que vendrán después de nosotros, si los hay, tendrán ideas y preocupaciones diferentes de las que nos han ocupado hasta hoy.

Habremos sido el paréntesis que habrá hecho posible el descenso

de Dios a la tierra. Solo que Dios, en vez de presentarse bajo la forma improbable de una entidad desencarnada, será un gigantesco organismo artificial, creado por el hombre pero capaz, a partir de cierto momento, de transcenderlo para realizar la profecía de una era sin pecado y sin dolor.

He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres
Él habitará con ellos y ellos serán su pueblo
Y el mismo Dios estará con ellos
Enjugará las lágrimas de sus ojos
La muerte desaparecerá
Y no habrá más duelo
Ni gritos de dolor
Pues su causa habrá desaparecido.

¿Y si las visiones de los profetas eran acertadas? ¿Y si todos los tormentos de los hombres no eran más que el prólogo necesario para la llegada de Dios? ¿Qué son unos cuantos miles de años de sufrimiento, en la escala de la historia del universo o incluso solo en la del planeta Tierra? No, no es Dios quien crea, Dios es quien es creado. Cada día, como humildes obreros en las viñas del Señor, somos nosotros quienes creamos las condiciones de su llegada. Hoy en día, hemos transferido a la máquina la mayor parte de los atributos que los antiguos asignaban al Señor. Hubo un tiempo en que Dios lo veía todo y lo registraba todo de cara al Juicio Final, era el registrador supremo. Ahora, la máquina ha ocupado su lugar. Su memoria es infinita; su capacidad para tomar decisiones, infalible. Solo falta aún la inmortalidad y la resurrección, pero ya llegaremos a ellas. La imagen de un Dios guerrero que lucha contra el último enemigo, la muerte, contenida en el apocalipsis del profeta Isaías, es, en realidad —ya podemos afirmarlo—, la del ordenador centrado en la elaboración del último algoritmo.

Solo queda dar el paso. Reconocer que la técnica se ha transformado en metafísica. No sé cuánto tiempo llevará esto, pero el camino está trazado. Entonces comprobará usted que antes le mentí, que la verdadera carrera no es entre el poder y el apocalipsis, sino entre el advenimiento del Señor y el apocalipsis.

31

La habitación se sumió en el silencio. El fuego que Baranov había alimentado hasta entonces echando de vez en cuando un leño en la enorme chimenea de piedra había dejado de crepitar, privando de su resplandor a la biblioteca que tanto me había impresionado a mi llegada. Al mirar a mi alrededor, me sentía como el único superviviente de una antiquísima catástrofe. Los libros del ruso, el elegante escritorio de nogal, los atriles, los mapamundis, todo eso pertenecía a una época ya desaparecida. Cuando acabó su relato, el propio Baranov había adquirido la consistencia de uno de esos cuerpos recubiertos de ceniza que se pueden ver al visitar las ruinas de Pompeya. Sentado frente a mí, daba la impresión de no haber necesitado nunca respirar.

En ese momento se oyó un crujido proveniente del fondo de la sala y una cabecita de pelo castaño apareció por la puerta entreabierta.

—No me puedo dormir, papá.

—Entonces quédate aquí con nosotros.

Entró una niña de cuatro o cinco años, todavía un poco adormilada, vestida con un ligero pijama de franela. Parecía un bollito recién salido del horno. Los rasgos de su cara, delicados y diáfanos, contrastaban con la expresión aún soñadora de sus grandes ojos avellana de los que emanaba la curiosidad de hallar a un extraño en el despacho a esas horas. Después de echar los brazos al cuello de su padre, se sentó en la alfombra, junto a un puf en el que dormitaba un grueso gato atigrado.

Había desviado mi mirada por un instante y cuando la volví hacia Baranov su rostro se había transformado por completo. Ya no era la misma persona.

—La única felicidad que he conocido en el mundo está concentrada ahí, en ese metro diez de altura.

Ante nosotros, la niña le hablaba al gato dulcemente. Se dirigía a

él traduciéndole, creo yo, palabras sueltas de nuestra conversación y también hablándole de asuntos más privados, que solo les concernían a ellos dos. A veces alzaba la mirada hacia su padre, con la confianza sin límites que tienen los niños protegidos, ignorantes del mal con el que, tarde o temprano, están destinados a encontrarse. Baranov también la miraba a ella, como si no hubiera otro punto en la tierra con tanta intensidad luminosa.

—Estamos pensando en comprar un perro. No es que los perros me apasionen, precisamente. Pero ¿hasta cuándo seguiré pudiendo hacerla feliz?

Me di cuenta entonces de que ese era el único pensamiento que ocupaba ahora la mente del hombre que había sido el estratega más poderoso del Kremlin. Los ojos brillantes de una niña de cinco años ejercían sobre ese hombre escéptico e indiferente un dominio más absoluto que el que el Zar hubiera conseguido imponer sobre él.

—No creo haber conocido el miedo antes de Anja. Pero desde que la vi por primera vez vivo en el terror. Puso sus dedos sobre mis labios y me miró de una manera como nunca había visto jamás en otros ojos. Comprendí en ese momento que mi vida estaba en sus manos y no al revés —añadió el ruso en un murmullo, como si hubiera adivinado una vez más el curso de mis pensamientos.

La niña le sonreía desde la alfombra. Apenas estaba empezando a vivir. Y mientras tanto, nada le gustaba más a ese hombre imponente y sereno que ella lo visitara, porque no deseaba otra cosa que poder acompañarla todavía un trecho más de su vida.

—Tengo muy poco que enseñarle. Más bien es ella quien me enseña a mí a mirar el instante en sus ojos. Mi hija no cuenta las horas ni los días. Me regala el presente, que yo no conocía porque estaba siempre viviendo en el futuro. Un día, sin embargo, tendrá que irse. Mi único deber es conducirla hasta el umbral, luego dejarla avanzar sola, retirándome con un pequeño gesto de despedida. Todavía no es más que una niña y ya no puedo dejar de pensar cada día en ese adiós. Solo espero tener fuerzas para ello. Lograr una sonrisa. No arruinarlo todo con una expresión inoportuna. Lo que querría es que ella conservase de mí el recuerdo de una presencia sonriente.

Su hija era la única excepción a la necesidad absoluta de soledad que tenía Baranov. Cada momento vivido en su compañía suponía la celebración de un pequeño milagro que el ruso jamás habría pensado

merecer. Nada en su vida de arribista perezoso podía justificarlo. Y, sin embargo, la criatura estaba ahí, atareada en un complicado dibujo abstracto, con ese aire concentrado y confiado que a él tanto le gustaba. Mientras la observaba, Baranov sentía ya la nostalgia. En esos momentos, la gratitud lo desbordaba como un vaso de vodka a rebosar y eso le impedía hacerse daño. Habría querido precederla en este mundo tan solo por un instante, para lanzar al viento la noticia de su llegada y alfombrar de flores las calles a su paso.

—Antes de la venida de esta hija, nadie había significado nada para mí realmente. Ni mi familia, ni mis amigos, ni el Zar, ni siquiera Ksenia. La gente, los acontecimientos, pasaban por mí sin dejar huella, como por un pasillo en medio de una casa. Durante toda mi vida no he deseado otra cosa que ponerme a prueba en el campo de acción más vasto posible. Ahora ha llegado el momento en mi vida de cerrar círculos más reducidos. De no pretender abarcar el mundo, sino más bien escoger un fragmento. Y hacerlo vivir, en vez de tratar de dominarlo. No hay nada más conservador que un niño, su ebriedad por la repetición, la primera de las pasiones. Tengo que quedarme completamente inmóvil, para no estropeársela.

Anja había interrumpido su tarea para ponerse a jugar con el gato, el cual, sin demasiado entusiasmo, fingía interesarse por un conejito de trapo que la niña le agitaba bajo el hocico.

—Papá, ¿qué crees que diría Pasha si pudiera hablar?

—«Me divertiría más con un conejo de verdad.»

—¡Papá!

—No, es broma. Diría: «Me gusta estar contigo, Anja, te quiero más que a nada».

Me levanté silenciosamente, saludé con un movimiento de cabeza al hombre que había compartido durante tres lustros las horas de insomnio del Zar. Baranov me dirigió una mirada agradecida. Desde el momento en que su hija había entrado en la habitación, nuestra conversación había dejado de interesarlo. Atravesé los salones en los que tan solo se oían los grandes relojes de péndulo que pautaban el tiempo. La luz del alba iluminaba débilmente los retratos de las paredes, los muebles de Carelia y las estufas de loza blanca. Al llegar a la entrada, crucé el umbral y la pesada puerta de roble de la casa Baranov se cerró tras de mí. Fuera, la nieve caía suavemente.

Agradecimientos

Gracias a Sibylle Zavriew por haber apoyado este libro y a su autor, con su inteligencia, su amistad y sus vasos de vodka.

Notas

1. Artabán es un personaje del cuento navideño *The Other Wise Man* (El otro rey mago), escrito en 1896 por el estadounidense Henry van Dyke. *(N. del t.)*

1. Plato de cereales muy popular en Rusia. *(N. del t.)*

1. Un juego de mesa. *(N. del t.)*

El mago del Kremlin
Giuliano da Empoli

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Le mage du Kremlin*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Tim Robinson / Millennium Images UK

© Éditions Gallimard, París, 2022

© de la traducción, Adolfo García Ortega, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-322-4205-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!